

UN ACCESO A LA REALIDAD

N. SRI RAM

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	2
CAPÍTULO I	
<u>Apariencia y Realidad.....</u>	3
CAPÍTULO I	
<u>Integridad en Pensamiento y Realidad.....</u>	5
CAPÍTULO III	
<u>¿Realidad, Objetiva o Subjetiva?.....</u>	7
CAPÍTULO IV	
<u>La Realidad en Nosotros Mismos.....</u>	12
CAPÍTULO V	
<u>Realidad en Nuestro Vivir.....</u>	17
CAPÍTULO VI	
<u>La Ley de la Recta Relación.....</u>	24
CAPÍTULO VII	
<u>La Teosofía, una Síntesis Comprensiva.....</u>	29
CAPÍTULO VIII	
<u>Imaginación y Realidad.....</u>	33
CAPÍTULO IX	
<u>La Forma Pura.....</u>	42
CAPÍTULO X	
<u>El Ser Supremo.....</u>	44
CAPÍTULO XI	
<u>Ser y Llegar a Ser.....</u>	51
CAPÍTULO XII	
<u>Naturaleza de la Sabiduría.....</u>	53
CAPÍTULO XIII	
<u>El camino a la Realidad Espiritual.....</u>	57

P R O L O G O

Forman este volumen un número de pláticas dadas en diferentes lugares, y algunos artículos que tratan de los mismos temas. Se imprimen en esta forma por creerse que pueden ser de interés a los lectores.

El tema de la Realidad es difícil, y lo que está en las páginas siguientes representa el acceso del escritor, y es sólo un intento de su parte por definir lo que él entiende. El punto de mira con respecto a todas las cuestiones tratadas en el libro, es el de un estudiante de Teosofía; y lo que la Teosofía es, como lo ve el autor desde su punto de vista, se explica en uno de los artículos.

Para un verdadero teósofo, que busca la Sabiduría sin ese dogmatismo que siempre anula esa búsqueda, no hay punto final en su comprensión. Buscar implica descubrir, y cada cual debe tener su propio acceso a lo que descubra. Pero el intercambio de ideas tiene un valor, y aunque los comentarios de los lectores no lleguen todos al autor, solicitar esos comentarios es de por sí parte del proceso de intercambio.

Escribir este prólogo sirve para un propósito excelente. Es el de agradecer a mis amigos y colaboradores, la señorita Elithe Nisewanger, el señor M. Subramanian y la señorita Katherine A. Beechey, su valiosa ayuda en revisar y corregir las pruebas de este libro, lo mismo que de otros pequeños volúmenes que llevan mi firma.

N. SRI RAM

Adyar, 1 de diciembre, 1961.

NOTA DEL TRADUCTOR

Abunda en el original de esta obra el sustantivo *consciousness*, para el cual no hay palabra equivalente en castellano; significa la percepción de lo que ocurre en uno mismo y en lo que le rodea, como cuando decimos “soy consciente” de tal o cual cosa. No puede traducirse como conciencia, pues esta palabra equivale a la inglesa conscience que se refiere a la conciencia moral, al conocimiento íntimo del bien y el mal. Por tanto, hemos creído conveniente, en aras de la claridad, inventar la palabra consciencia como equivalente de consciousness, con lo cual creemos no faltar a la semántica ya que en castellano tenemos la palabra inconsciencia para indicar la falta de consciencia.

WALTER BALLESTEROS R.

CAPÍTULO 1

APARIENCIA Y REALIDAD

Este es un tema que se ha discutido casi hasta agotarlo, tanto en la antigua India como entre los filósofos occidentales. Pero en estos días nuestros pensamientos al respecto tienen una base diferente a la de aquellos tiempos. El tono distintivo de la mente moderna, a pesar de sus extravagancias, es más bien científico que metafísico; tiende a basarse en observaciones sensorias y en el análisis a que ahora estamos en condición de someterlas. No estamos viviendo en un mundo tradicional edificado sobre ciertas suposiciones metafísicas, por muy verdaderas que esas suposiciones sean como postulados para un sistema coherente y satisfactorio, o hasta como axiomas para quienes puedan probar mentalmente su validez evidente. Vivimos en una era de empirismo, aunque el campo del conocimiento empírico se ha ampliado y se ha definido tan minuciosamente que los intelectos más adelantados del día pueden construir sobre él una estructura de ilaciones o conocimientos, que se mantiene junta, coherentemente, como un sistema deductivo basado en ciertos principios fundamentales.

Nada puede ser más deductivo y más integrado en el campo científico que las matemáticas; sin embargo, según Sir James Jeans, bien conocido astrónomo inglés y exponente del pensamiento científico moderno, las últimas revelaciones de la ciencia llevan, a la conclusión de que “el universo (del científico) puede describirse mejor, aunque todavía muy imperfecta e inadecuadamente, como consistente de pensamiento puro, del pensamiento de quien, por falta de un término más amplio, hemos de designar como un pensador matemático”. Puesto que todo conocimiento tiende así a integrarse no podremos en adelante aislar un solo punto de mira, tal como el religioso o el filosófico, del científico, y contentarnos con dejar que cada uno desarrolle sus tesis sin la influencia de los otros, si bien cada punto de mira distintivo tendrá interés para sus partidarios.

Podría preguntarse: ¿Hay necesidad de discutir esta cuestión de la apariencia y la realidad, en el moderno mundo práctico? La respuesta es clara en el momento en que nos damos cuenta del imperio tan completo que la apariencia tiene en nuestra vida ordinaria. Por ejemplo, en lo referente al movimiento de la Tierra en torno de su propio eje y alrededor del sol, sólo en fecha comparativamente reciente, por lo menos en Occidente, se descubrió y se aceptó que la realidad es exactamente contraria a la apariencia.

No vemos las estrellas en el cielo, tal como aparecen de día. Sin embargo ahí están las estrellas, y si poseyéramos una vista que pudiéramos proyectar en el espacio como los rayos luminosos, las veríamos como soles resplandecientes de diversas magnitudes, orbe tras orbe, en ruedas cada vez más gigantescas.

Otro caso, todavía relacionado con la materia, pero que toca más intrincadamente con las percepciones de nuestra consciencia normal, es el de la aparente solidez de tantos objetos que nos rodean, tales como mesas, casas, árboles y metales. Las investigaciones científicas, tanto sobre las diminutas partículas que componen todas las cosas, como sobre las infinitas regiones de las estrellas, han establecido ahora que existe un vacío de materia tal como la conocemos, en el universo. Sir James Jeans explica de esta manera ese vacío: “Escójase al azar un punto en el espacio, y las probabilidades en contra de que esté ocupado por una estrella son enormes... Escójase al azar un lugar dentro del sistema solar, y todavía habrá inmensas probabilidades en contra de que esté ocupado por un planeta o siquiera por un cometa, un meteorito o un cuerpo menor. Aún si dentro de un átomo escogemos un punto al azar, las probabilidades en contra de que esté ocupado son inmensas... Al pasar revista a toda la estructura del universo, desde la gigantesca nebulosa y los inmensos espacios interestelares e internebulares, hasta la diminuta estructura del átomo, pocas cosas fuera de espacios vacíos pasan ante nuestra visión mental. Vivimos en un universo sutil; modelo, plano y diseño

abundan, pero la substancia sólida es rara.” La sustancialidad de todos los objetos que vemos o tocamos es meramente una impresión de nuestra consciencia. Así nos vemos obligados a contemplar el hecho de que el mundo familiar a nuestros sentidos no es sino una interpretación de las cosas por los sentidos que poseemos. ¿Quién puede decir lo que esas cosas son en realidad, o qué impresión nos causarán en una etapa futura de nuestra evolución?

La ciencia ha hecho muchas revelaciones dramáticas en el último siglo, lo cual nos prueba que existe un velo, o quizá muchos velos, creado por las limitaciones de nuestra consciencia y de nuestras percepciones. ¿Qué puede haber más contradictorio del mundo material, tal como nos lo presentan nuestros sentidos, que las energías y sistemas de energías en que la Ciencia lo ha convertido?

Si a esto queda reducido el mundo de la materia, ¿qué decir de la naturaleza de nuestra consciencia? La Ciencia moderna comenzó considerando a la materia como la única realidad, y a la mente como producto de ella, pero se ha ido alejando mucho de esa posición. Ha llegado ahora a un punto en sus análisis, en el que la materia no es sino una cortina que parece ocultar algo que es de la naturaleza de la mente o del pensamiento. Materia y mente están más mezcladas que antes en nuestra visión actual, en continuo desarrollo, pero con creciente predominio del elemento mental.

Es evidente que el proceso de la evolución está incompleto, y tenemos que admitir que la mente, con el desarrollo que ha alcanzado hasta ahora en nosotros, no es capaz de traspasar el velo de sombras constituido por los fenómenos que estudiamos. Las antiguas escuelas filosóficas de India apreciaban este hecho. Pero tenían la opinión de que hay un orden más elevado de percepción, latente en nosotros, por desarrollarse en el curso del tiempo, y cuyo desarrollo puede anticiparse ahora mediante métodos adecuados.

El Señor Buddha describió la Realidad alcanzada por El, como Nirvana, que literalmente significa apagar o extinguir el yo personal, el cual se ve entonces como una mera apariencia o ilusión, aunque nos parezca tan real, como reales le parecen sus sueños al soñador. En vista del grado tan alto en que nuestra mente está condicionada por las experiencias pasadas, hay que libertarla de sus continuos impulsos, de la subconsciente involución a que ha sido sometida, antes de que pueda descubrir y expresar su propia y verdadera naturaleza. En las antiguas escuelas de India se entendía muy bien que esta realización es posible mediante el cuidadoso adiestramiento de nuestras facultades mentales y espirituales (estas últimas de un orden de percepción más elevado que el mental), y con la adaptación del cuerpo y el cerebro a ese propósito. Los seis Darsanas se relacionaban en su aspecto práctico con el punto de vista y los métodos de tal realización.

Nosotros no podemos sino especular acerca de la naturaleza de cualquier realidad que trascienda la esfera de nuestro conocimiento y su relación con las apariencias producidas dentro de esa esfera. Los intelectos más elevados de India han tratado estos problemas con una intrepidez que no ha sido superada. Los conceptos metafísicos de India que, como hoy podemos ver, tienen, por extraño que parezca, el poder de aglutinar nuestras opiniones fragmentarias y desarticuladas -logradas no desde una altura dominante, si no desde un nivel más cercano al del suelo- sostienen que la Realidad es indescriptible, pero única y completa e inmutable, y que todos los cambios en el campo de la diversidad, que abarca tanto la consciencia como la forma, no son sino un ejemplar de su composición. Desde el sitio que ocupamos en el cuadro no podemos obtener sino una vista parcial del conjunto, que, sin embargo, es suficiente para indicarnos las probables direcciones de nuestro sucesivo progreso.

Para el hombre religioso, Dios es la única realidad; el concepto que dé a este término dependerá de la manera como se ha desarrollado él mismo, y de la forma que proporcione más satisfacción a sus necesidades mentales y especialmente emocionales. Busca un Dios en quien

espera hallar reposo y felicidad perdurable, como un refugio del mundo de desorden, injusticia y sufrimiento que lo atormenta. ¿Que estas cosas no son sino fenómenos, tras de los cuales hay un plan que incorpora los atributos de justicia, orden y amor que instintivamente buscamos, a la manera como un feo andamio puede ocultar un edificio perfectamente bello? Pero aún así tenemos que reconocerle realidad al andamio mientras dure, aunque no sea permanente.

Por mucho que se incline la actitud de la religión en dirección a un Ser absoluto o trascendente, con quien el individuo sometido a un orden relativo tiene alguna especie de relación, esa actitud está fundamentalmente basada en la necesidad de llenar un vacío y de suplir una necesidad de la existencia individual. No es la necesidad de una fría investigación intelectual sobre la diferencia entre realidad y apariencia. Debido al peso de la indigencia personal, nace la tendencia a la superstición, a apelar al extremo certero de una satisfacción temporal. No obstante, puede ser que las emociones más puras asociadas con la religión, con el compañerismo humano y con el arte, sean tan pertinentes para una posible apreciación de la realidad -sea ésta la que sea- como una percepción puramente matemática. Un conjunto de ondas sonoras puede constituir la música más gloriosa, o puede ser considerado como meras vibraciones del aire en ciertas relaciones, ¿Cuál de las dos es la realidad, y cuál la apariencia? Si consideramos el hecho de que hay en la Naturaleza una infinidad de vibraciones para las cuales no tenemos órganos sensorios adecuados, podemos muy bien imaginar cuánto más grande puede ser la realidad, que lo que podemos concebir con base en nuestra comprensión actual.

CAPÍTULO II

INTEGRIDAD EN PENSAMIENTO Y REALIDAD

Es una verdad extraña, no sin profundo significado, que toda categoría en que podemos pensar implica un complemento que tiene la índole de un opuesto.

Estamos bien familiarizados con el gozo y el sufrimiento, el saber y la ignorancia, el día y la noche, la vida y la muerte, y muchos otros pares de opuestos dentro de nuestra experiencia. Tenemos también el par básico, vida y forma, al cual lo generalizamos y lo refinamos convirtiéndolo en Espíritu y Materia, como las dos cosas fundamentales de la existencia. Lo inmediato va desvaneciéndose, por etapas de proximidad y distancia, hasta convertirse en lo último. No podemos postular intelectualmente ninguna condición o principio, sin implicar una condición o principio opuesto que se necesita para la integridad. (Opuesto, no en el sentido de conflicto, sino de antinomia)

Es tal la naturaleza de la mente, que piensa sobre la base de diferenciaciones. No conocemos mentalmente una cosa a menos que la coloquemos sobre el fondo de lo que ella no es. Cada forma de percepción nuestra ha de tener un contorno, y ese contorno ha de excluir a la vez que incluir. Si no hubiera sino un solo color en el universo, no existiría ningún sentido del color. Conocemos o sentimos un color, sólo diferenciándolo de otros.

Estando acostumbrados a las categorías, percibimos en el fondo de nuestras mentes, en el proceso de nuestro pensar, ciertas categorías que no vemos en el primer plano de los fenómenos observados. Vemos en el primer plano, en el frente (frente tan extenso como lo hagan nuestras observaciones sensorias y nuestras deducciones), una interminable diversidad. El concepto de diversidad implica tácitamente una unidad. La unidad se necesita en la lógica del pensamiento para equilibrar y completar el concepto de diversidad; y cuanto más profundamente sondeamos las bases filosóficas de nuestro pensamiento con respecto a la

naturaleza de la existencia, más nos damos cuenta de la necesidad de ese principio de unidad en el universo, si ese universo es recapitulable filosóficamente y no es apenas un universo de desatinos.

Cuando llegamos a realizar que nuestra existencia tiene el signo natal de la relatividad; que toda manifestación, lo mismo que todo pensamiento, depende de la creación de relaciones, proyectamos automáticamente dentro de la existencia la polaridad de un Absoluto. De nuevo tropezamos aquí, por un paso del pensamiento, con un par primordial de complementarios, a saber, lo Absoluto y lo relativo, en el que lo relativo es lo manifestado, y lo Absoluto lo inmanifestado. En forma similar, esa actividad constituida por el saber o el darse cuenta, implica la dualidad de un objeto del Conocimiento y un conocedor. Todo hecho objetivo implica una condición subjetiva de conocer.

¿Proponemos, entonces, estos conceptos de una Unidad, de un Absoluto, de una Realidad subjetiva, que pertenecen a la especie de un Más allá, meramente como una definición de deducciones, y para alcanzar una sensación de integridad con una mente que sólo puede formular en términos de dualidades?

¿O es que nosotros, o más bien la mente, en tal formulación no hace otra cosa que reflejar desde su ángulo una realidad del universo, una realidad que puede captarse de otro modo por una consciencia que, a diferencia de la mente, puede percibir por un proceso de identidad en el que no hay la separación de la dualidad?

Quienes han podido hablar con autoridad, sinónima de experiencia auténtica, están de parte de esta última suposición, la cual nos lleva a suponer que buscamos integridad y filosofía porque hay una integridad y una filosofía en la naturaleza misma de las cosas de las que nosotros somos parte integrante.

El hombre interpreta el universo de acuerdo con sus conceptos; pero sus conceptos se inspiran en una viviente relación con ese universo del cual él es carne y hueso, como el microcosmo y el macrocosmo; y esta relación hace que gradualmente refleje en él mismo la naturaleza del universo, y lo perciba por medio del conocimiento de sí mismo. Así también proyecta a Dios con su mente que es una parte de él mismo; pero la idea de Dios en lo abstracto, aparte de toda figura de Deidad con que pueda estar investida, existe perpetuamente, rondando oscura y vagamente, por que en esa idea está el punto focal de una Realidad. (Esa oscuridad y vaguedad se va esculpiendo en toda forma concebible, por atisbos de fantasía conformes a su propia índole y calidad.) El hombre busca un Más Allá, porque hay un Más Allá que ejerce sobre él una insistente presión, y cuando él llega al punto de una sensibilidad suficientemente fina, ese Más Allá ejerce sobre él una atracción que influye en su pensamiento.

Una hipótesis no está necesariamente en desacuerdo con la realidad, ni siquiera si envuelve, como en el caso de la Relatividad de Einstein, conceptos que tienen más de símbolo que de experiencia. Suponer una realidad que contiene categorías de concepto, que son una necesidad lógica para nuestras mentes, mucho menos puede considerarse como un acto de pura fantasía.

CAPÍTULO III

¿REALIDAD, OBJETIVA O SUBJETIVA?

Sujeto y objeto son evidentemente los dos extremos de una relación en la consciencia, la cual se identifica con el sujeto pero se da cuenta del objeto y lo exterioriza. El sujeto es el conocedor; y la mente con la que acopiamos y usamos el material de nuestro conocimiento (de lo que llamamos conocimiento), ha sido considerada siempre en India como un instrumento y, por tanto, un aspecto del conocedor y no el conocedor mismo. Cualquier clase de reacción a un objeto externo es parte de nuestra relación con él, y puesto que la vida incluye todas las reacciones, ninguna de ellas puede aislarse de las demás. De ahí que se entendiera que el conocimiento en cualquier sentido no puede separarse de todos los demás procesos cubiertos por el vivir y la manera de vivir.

La mente es en realidad un intérprete y no un conocedor. Al interpretar y presentar las cosas, puede, en su ignorancia, impedir el conocimiento de la verdadera índole y valor de las cosas, así como puede, cuando está iluminada, hacer resaltar y expresar esos valores. Pero a pesar de esta realización, en India misma la corriente del pensamiento filosófico no ha dejado de ramificarse y regarse por estériles arenales de movedizas construcciones y reconstrucciones mentales.

La Ciencia Occidental admite que ha tomado como de su incumbencia únicamente lo objetivo y lo material, limitando esta descripción a fenómenos físicos, tales como los que el sujeto consciente, en su nivel más bajo, puede observar. La cuestión de si la Realidad es subjetiva u objetiva se discute sin tener suficiente información acerca de las envolturas o cubiertas del sujeto y la posible profundidad de ellas, y también acerca de las extensiones internas del objeto con relación a esas envolturas.

El materialista, empleando ese término en un sentido literal, tiende a pensar que todo lo que no sea una experiencia común tiene necesariamente que ser irreal, una mera fantasía o alucinación individual. Puesto que el mundo objetivo de los sentidos es el mundo común a toda consciencia individual, es para él la única realidad. Por tanto, cualquier experiencia individual, tal como las de los místicos de todas las épocas, que trascienda esa realidad objetiva, o la eclipse, tiene que ser una ilusión, debida a al desorden del cerebro o del cuerpo. Sin embargo, debe notarse que el conocimiento de todo fenómeno natural, como lo analiza el moderno físico material, es un acto de interpretación puramente subjetiva, aunque el mismo fenómeno -por ejemplo, los movimiento de ciertas longitudes de onda y frecuencias- parezca producir los mismos, o aparentemente los mismos efectos sobre todas las consciencias que lo perciben.

El sentido de lo que es real es subjetivo para cada individuo, puesto que es su propia consciencia la que clasifica la experiencia al afirmar: “Esto es real para mí.” Cuando un objeto no está presente ante él, aunque continúe teniendo existencia objetiva, es menos real para él, pues su consciencia es incapaz de experimentar plenamente la naturaleza del objeto por el mero recuerdo de él. El recuerdo es una sombra pálida, comparado con la luz de la presencia tangible.

Puede decirse, entonces, que la realidad es psicológica, que es una cualidad perteneciente a una experiencia de la consciencia. Seguramente depende sólo de cierto estado de consciencia; pero no de *cualquier* estado. El sentido de realidad nace de la integridad de un estado en particular, así como de la profundidad y extensión de su conexión con todo cuanto ocupe o llene este estado. Por lo tanto, tiene que ser un estado armonioso e integrado, pues la Realidad más alta está en la más elevada forma de integración o armonía, la cual puede existir solamente en una comprensión total. Una experiencia así es vívida y convincente, pues trae consigo una calidad más profunda que la de las meras impresiones superficiales.

La cuestión íntegra de la Realidad se ha tratado como si no consistiera sino en determinar hasta qué punto la experiencia de un individuo se justifica por una causa excitante que existe objetivamente fuera de él. ¿Puede haber una experiencia interna válida, no provocada por una causa así? Cuando presentamos la cuestión de la justificación por una causa externa, se supone que todos los individuos tienen que reaccionar de igual o parecida manera a los objetos que consideramos como la causa; y no se deja margen para diferencias individuales en cuanto a sensibilidad y capacidad de percibir, y menos aún para peculiaridades individuales. Se les confina a todos dentro del mismo espectro de experiencia, siendo así que en realidad la tendencia total en el crecimiento de la consciencia es a introducir en su expansión más y más tintes intermedios, junto con colores que están por debajo y por encima de la gama común de la experiencia. De manera similar, en el caso de una experiencia interna, lo que uno percibe dentro de cierta esfera de sensibilidad o de sensaciones, no es perceptible dentro de otra.

Una frase de Beethoven, o de cualquier otro compositor de su categoría en Oriente o en Occidente, producirá en una imaginación musicalmente sensitiva una sensación de belleza exaltada, pero para otros sonará meramente como una ordenación de notas. ¿Es la experiencia de tal belleza, de la categoría de la Realidad, o es simplemente una cosa incidental? La sensación de la música, o el placer en ella, depende de una experiencia subjetiva de proporción y orden, que puede tener como medio el color o cualquiera otra sensación variable. La proporción y el orden crean la disposición de ánimo u otro efecto psicológico producido por la música. La experiencia consiste en cierta clase de respuesta, que tiene más de sentimiento que de cualquiera otra cosa; un movimiento de espíritu que casa con la relación en las notas y el orden y proporción en las frases musicales. Suponiendo que en un momento dado no hay sino una sola persona en todo el mundo con la capacidad de experimentar esa belleza musical, ¿quedaría esa experiencia invalidada por el hecho de estar él en una minoría de uno?

Si la Realidad es subjetiva, ¿cómo se relaciona lo subjetivo con lo objetivo? Seguramente esto depende del eslabón conectante, el cual debe ser objetivo-subjetivo; no simplemente una consciencia que esté objetivamente consciente, pues en ese caso nos daríamos cuenta solamente de vibraciones. Lo que llamamos Realidad debe incluir respuestas a vibraciones que están más allá de la escala de nuestros sentidos actuales, respuestas que pueden ser sentimientos sutiles; como también lo que la consciencia afectada es capaz de extraer de esas respuestas.

Si la Realidad es subjetiva, ¿cómo se relaciona lo subjetivo con lo objetivo? Seguramente esto depende del eslabón conectante, el cual debe ser objetivo-subjetivo; no simplemente una consciencia que esté objetivamente consciente, pues en ese caso nos daríamos cuenta solamente de vibraciones. Lo que llamamos Realidad debe incluir respuestas a vibraciones que están más allá de la escala de nuestros sentidos actuales, respuestas que pueden ser sentimientos sutiles; como también lo que la consciencia afectada es capaz de extraer de esas respuestas.

Puede haber una infinidad de sensaciones posibles, dependiendo en parte de las vibraciones y en parte de la naturaleza del órgano interno. ¿El secreto de la sensación depende de la continuidad, resultado de frecuencia y sucesión, o depende solamente del ritmo establecido por la onda simple?

Es un pensamiento fascinador, que no puede descartarse como simple fantasía, el de que un tipo diferente de órgano podría dar una traducción en un lenguaje diferente; es decir, en sensaciones diferentes que podríamos creer que no existen dentro del presente esquema de cosas. Puede uno imaginarse una ejecución de fragancias, comparable a una melodía o armonía. Se nos dice que en un plano más elevado la consciencia ve, oye, toca y siente, todo a la vez. Filosóficamente podemos ver que tiene que haber una síntesis de lo diferenciado. Así,

pues, puede haber una impresión total, en forma de un orden instantáneo de armonía que debe ser, hablando en términos físicos, una multiplicidad de sentidos, sonido, color, etc., todo al mismo tiempo, y que posiblemente incluya también sensaciones desconocidas aquí abajo.

Toda esta cuestión de si la Realidad es objetiva o subjetiva se mira con el telescopio al revés cuando se la discute sobre el supuesto de que lo objetivo es la única realidad, y lo subjetivo no es sino efímeras nubes formadas en el cerebro.

La mayoría de la gente del mundo considera que una sustancia material sólida es más real que un pensamiento, una emoción o un sentimiento, porque esa sustancia es permanente, mientras que las otras experiencias son transitorias, y la sustancia ofrece cierta resistencia que da la impresión de realidad. Pero aún así, la experiencia de esa sustancia, tal como es, es un fenómeno subjetivo; es una modificación de la consciencia. No es cosa inconcebible que pueda haber un fenómeno puramente subjetivo, proveniente de una iniciativa interna, que tenga la misma cualidad convincente que un objeto material.

En la sensación de realidad que la consciencia receptora otorga a las posibles experiencias infinitamente diversas, ¿no existirán grados algunos de ellos capaces de eclipsar y casi desalojar a otros? Es obvio que estos grados dependen de la vivacidad o intensidad de las experiencias, de la medida en que afectan toda nuestra naturaleza y ser. La palabra misma “real” implica un sentimiento subjetivo o un juicio. Puede que en la balanza de la consciencia ocurra un juicio de realidad que pese más que un sentimiento particular. Entre dos cosas podemos decidir: “Esta es más real”, ya sea porque respondamos más intensa y vívidamente a ella, o por que sea más permanente y respondamos a ella más continuamente. En todo caso, nuestra consciencia es el juez (un juez de ánimo muy variable), y su juicio lo da de acuerdo con la experiencia y la comparación de experiencias, cada una de las cuales es real en su lugar y dentro de sus límites. Si esto es así, entonces existen grados de realidad, aunque estos grados varíen teóricamente entre los límites de lo infinito y del cero o la nada.

Concedido que puede haber grados de realidad en las experiencias, ¿cuál es el grado más elevado que podemos concebir? Aparte de los testimonios que tenemos sobre esta cuestión, podemos ver que si existe en alguna parte de nuestra consciencia una experiencia de un Principio del cual se deriva la índole interna de todas y cada una de las cosas (índole que corresponderá en cierto grado con su aspecto externo), esa experiencia incluirá no solamente la índole subjetiva de todas las cosas, sino también posiblemente una unidad dentro de ellas perteneciente al conjunto, e irrealizable en las partes. Sería una experiencia que no podría compararse con ninguna otra, y sólo sería posible esta experiencia si hay algo en nosotros, en nuestra consciencia o alma, capaz de tocar o ser afectado en algún grado por ese Principio universal. Puesto que este último le imparte a cada cosa su calidad interna, la calidad de la vida que mora en él, o de su consciencia latente o parcialmente despierta, cada uno de nosotros también obtiene del mismo Principio la calidad de su individualidad.

La experiencia de ese Principio universal (podemos llamarlo Ser, pues toda existencia se deriva de él) puede llegarle a cada uno solamente en aquel punto al que se haya elevado su desarrollo subjetivo o su consciencia interna. Puede, quizá, llegar solamente en ciertos aspectos a los cuales él sea individualmente receptivo. Puede ser sólo fugaz y parcial, el toque más leve posible. Pero sea cual sea la forma de esta experiencia, toque o encuentro, llevará consigo su propia autenticidad, y aunque el mundo entero rechace con desdén su realidad, será realidad para el individuo mismo. Una experiencia así sería completamente subjetiva, en el sentido de que no puede compartirla con nadie más; pero objetiva también, porque abarcaría tanto la consciencia interna como la naturaleza externa, o sea lo que podríamos llamar el sujeto y el objeto del conjunto, que son los lados inseparables de toda manifestación singular.

El abismo que parece haber entre lo subjetivo y lo objetivo es semejante al que hay

entre uno mismo y los demás. Pues en nuestras constituciones externas estamos separados y somos diferentes, y la unidad sólo se encuentra remotamente adentro. Pero la sensación de esa unidad va definiéndose más, a medida que nos retiramos dentro de nosotros mismos, es decir, dentro de la esfera de una percepción más refinada, alejándonos de la identificación con las cosas externas. Nuestro sentido de la realidad depende de la medida de nuestra consciencia de la unidad, pues la realidad es la unidad que penetra el corazón de todas las cosas diversas.

Nadie puede decir cuál es la naturaleza de la experiencia que es la realidad, excepto los que la conocen, y ellos no pueden comunicarla a otros. Sólo tenemos palabras para las cosas que hemos experimentado en común con otros. Aun para los que conocen una realidad que trasciende mucho a nuestras experiencias más elevadas, puede ser que en gran parte la Realidad sea lo Desconocido. Pero desde el punto de vista de la metafísica que busca resumir todo lo que sabemos del universo en términos de la vida y la consciencia en cada cosa, la experiencia de la unidad debe ser también la experiencia de la totalidad de las cosas, en aquel aspecto en que tal resumen es posible, o sea en el aspecto que está abierto a la Unidad, aunque esté interpretada en diferentes maneras. Ese aspecto es un aspecto de consciencia o percepción cabal que hay en todas las cosas, en el cual (como lo vemos en nosotros mismos) existen a la vez unidad y diferencia, vida y limitación, dando lugar a lo que llamamos lo subjetivo y lo objetivo en nuestra experiencia.

Si la unidad es un resumen de todas las cosas, su experiencia debe incluir la experiencia de toda suma parcial; todos los subtotales incluidos en el gran total. Para una consciencia libertada de la servidumbre del tiempo tal como lo experimentamos en nuestro cerebro, todos los sucesos o experiencias ocurrirían simultáneamente. La totalidad de su comprensión debe incluir todo cuanto puede extraer de sus experiencias con su innato sentido de orden y belleza y su genio para la composición. Si un millón de notas diferentes pueden estar simultáneamente presentes en una consciencia, toda la música que se pueda componer con esas notas, y toda la música que pueda estar presente en esas notas -esperando sólo la batuta mágica que le dé nacimiento- sería para esa consciencia la realidad más gloriosa. La experiencia de todos los objetos posibles subjetivamente, es decir, desde adentro, y desde adentro hacia afuera hasta el límite de su objetividad o manifestación; más la realización de los valores en toda construcción que pueda levantarse sobre ella; y la naturaleza de todo orden o ilación que pueda crearse con ella, todo esto constituiría la totalidad subjetiva-objetiva para la entidad que tuviera tal experiencia.

La Ciencia subjetiva, o la Ciencia del Ser, como se la ha llamado en India, ve en el sujeto o en el ser que experimenta, -que está aprisionado como entidad imperecedera y evolucionante en su marco perecedero- la posibilidad de una extensión por nodos ascendentes, desde cada uno de los cuales contempla objetos externos en un campo más amplio, con extensiones semejantes, que resplandecen con luces diferentes, y que provocan en el sujeto una multitud de nuevos significados.

Hasta que podamos responder con la extensión total de nuestro ser, con la escala íntegra de nuestro ser, a todo cuanto ese ser pueda abarcar dentro del campo de su acción y de su conocimiento directo, no poseeremos la experiencia y los datos necesarios para formarnos un concepto de qué es lo Real, fuera de los lugares comunes conocidos. Hasta que podamos responder así, la Realidad no puede ser para nosotros sino un término, con ciertas asociaciones derivadas de nuestras limitadas experiencias, pero un término que cubre abismos de significados desconocidos e insospechados.

Resumiendo nuestro actual conocimiento de lo que puede ser la Realidad -no de lo que la Realidad es-, la Realidad debe estar en una experiencia más convincente que cual quiera otra. Esa experiencia debe ser un conocimiento de las cosas como son; de uno mismo y de los

demás. Pero esta última distinción no existe en realidad puesto que el Ser más íntimo de uno mismo y el de los demás es una sola y misma cosa. El conocimiento real no se limita a la forma externa, sino que incluye sus extensiones internas y la vida inmanente en ella.

Cada forma distinta está destinada a expresar su propia y específica cualidad de vida. Para que el conocimiento de una cosa sea perfecto y completo, debe incluir, o mejor, debe consistir primordialmente en un conocimiento de esa cualidad, la cual está en la naturaleza de la entidad síquica que esa cosa es internamente. Por consiguiente, el conocimiento no es meramente intelectual, si no que debe tener la cualidad de captación que pertenece a la psique, es decir, la cualidad de sentimiento o apreciación. En el verdadero conocimiento se entrefunden impersonalmente el pensamiento y el sentimiento. Puesto que la naturaleza interna de una cosa debe ocupar su forma externa, el conocimiento de esa naturaleza interna debe incluir el conocimiento de esa forma, así como también el conocimiento de todas las manifestaciones de la vida dentro de la forma. Si el ser más íntimo de cualquier cosa es una sección del Ser universal, el conocimiento de este último, o de la Unidad, debe traer consigo el conocimiento de la multiplicidad, o sea, de todas las particularidades, y la relación entre lo universal y las particularidades. Tal conocimiento múltiple se presta a innumerables formas de síntesis, cada una con su expresión natural en la evolución.

Una síntesis es una unidad, y la unidad inviste a las partes con un significado que no estaba presente en ellas. De este modo, en el proceso de la evolución, que visto de otra manera es un desenvolvimiento, nace a la luz una multitud de significados ocultos -ocultos pero existentes desde el principio-. Nada significativo aparece en la evolución, que no estuviera ya allí desde el principio mismo. De este modo toda la poesía, la, belleza, la maravilla y el significado que sucesivamente y en grado creciente se va desenvolviendo en cualquier proceso o esquema de evolución, está presente en los elementos de ese esquema -su tattva y tanmatra- y en la unidad que desempeña su papel por medio de esos elementos.

La Realidad, aunque única, se manifiesta por grados; pero en cada grado como un todo, suficiente para sí. Desde este punto de vista, la experiencia de la realidad es una experiencia del todo -un todo en significación-, y no meramente como una composición de partes. La realidad que está en el todo se expresa en cada parte completa, la cual es también un todo en sí misma. Imaginar que la realidad está a un lado y lo irreal en el otro, separados por un abismo infranqueable, tal como podemos concebir que existe entre el Absoluto y lo relativo, puede representar cierta verdad en una aguda distinción entre las dos, pero no es la verdad completa de la experiencia práctica.

Si bien la realidad yace en un orden que es una armonía y que tiene significado, ese orden está rodeado de caos, el cual está en proceso de reducirse o de incorporarse en ese orden. En el grado en que una sección del orden total esté completa, y la idea oculta en ella esté manifestada, ya sea en un individuo o en un grupo natural, la realidad está representada allí y puede ser experimentada en la plenitud y belleza de esa sección.

La existencia de un infinito número de secciones en una serie ascendente, haría de la búsqueda de la Realidad una empresa interminable. Si Dios es la Realidad, tocamos la Realidad cuando tocamos la Naturaleza Divina. Pero podemos navegar en El -es decir, en esa Naturaleza- infinitamente, sin alcanzar jamás la otra orilla. El es el océano sin orillas, de pensamiento y sabiduría, que jamás puede ser sondeado, El es lo inconmensurable, cada una de cuyas diversas medidas tiene que ser justa y perfecta; y hay una medida de Su Ser en cada simple unidad de la creación.

CAPÍTULO IV

LA REALIDAD EN NOSOTROS MISMOS

Todos los que han podido penetrar en los reinos espirituales en estado de vigilia, han dicho que es completamente imposible expresar su realidad en ningún lenguaje del plano físico. Uso de propósito las palabras “reinos espirituales”, porque son, desde nuestro punto de vista, no uno sino muchos. Es imposible expresar las experiencias de esos reinos en nuestros idiomas, porque no tienen palabras para ello. Todas las palabras que usamos son palabras que identifican nuestras experiencias pasadas. Si hemos experimentado algo siquiera una vez, para referirnos a esa experiencia tenemos o podemos acuñar una palabra adecuada. Lo mismo con todas las palabras del diccionario; se refieren a experiencias que hemos tenido. Además, a experiencias que otros han tenido; porque el lenguaje es un medio de comunicación. Se usa una palabra en un idioma particular, para referirse a algo que otra persona también podrá entender. Por lo menos algunos, si no todos, habrán tenido esa experiencia. De otra manera, si es algo incommunicable o inidentificable, las palabras no servirán de nada, en lo que se refiere a esa experiencia.

La Realidad, según los que tienen algún conocimiento de ella, es lo Desconocido; lo cual no significa que es una X hipotética y siempre esquiva, que postulemos y podemos buscar pero sin alcanzarla jamás. En un sentido la Realidad tiene algo de eso, porque, como se ha dicho, uno puede entrar en la llama, pero jamás tocarla; es decir, uno puede penetrar más y más en la Realidad, en la Consciencia Divina, pero jamás podrá tocarla en el sentido de llegar hasta su corazón e identificarse uno conscientemente con ese corazón.

El universo espiritual es tan ilimitado, si acaso no más ilimitado (si se permite esa frase) que el universo material. Puede decirse que representa el infinito Ser de Dios y que el universo material es la representación, el cuerpo físico, de ese Ser. Entre estos dos universos existen honduras y extensiones que corresponden a los grados de consciencia que aparecen en la evolución y que el hombre puede identificar en sí mismo. No podemos imaginarnos un interminable proceso de transformación. Por lo menos tenderá hacia un límite que podría ser una unificación del Ser Divino con el Devenir, del eterno sujeto con el objeto, del que todo lo sabe con lo que hay por conocer. O, dicho en frase familiar, la Materia y el Espíritu, en vez de estar separados y opuestos, deben al fin mezclarse y fusionarse.

Esta consumación tiene lugar, podemos suponerlo, al final de un Manvántara o Periodo Divino, y es inútil para nosotros pensar en estos períodos en términos de cifras incomprensibles. H. P. Blavatsky nos da ciertas cifras de fuentes Ocultas y Orientales para representar estos inmensos períodos, llamados Yugas en sánscrito. Pero un período así, no es un mero lapso de tiempo, el sueño de un Rip van Winkle. Comprende un definido proceso de transformación; una serie de acontecimientos sucesivos que representan un cambio definido. Como no podemos, con nuestra actual consciencia limitada, abarcar todos los procesos que nos esperan y que han de cumplirse en estricto acuerdo con las leyes de causalidad, hablar de un billón o de un trillón de años nos da el mismo grado de luz. El tiempo, como medida del cambio y la experiencia, es evidente mente una cantidad excesivamente variable.

Con respecto al proceso de la transformación, no podemos pensar sino hasta cierto límite, que es como el horizonte que podemos percibir desde la cima de una montaña; y ese límite, está donde tipo y arquetipo se unen. Es decir, los tipos de las cosas evolucionan y van aproximándose a los arquetipos, los cuales han estado siempre presentes en medio del proceso como su núcleo dinámico, impercibidos porque todavía no se han objetivado.

Eso es lo que indicaba Platón cuando hablaba del mundo de las Ideas, que a veces se ha interpretado como el mundo de las Formas, porque toda idea distinta de otra debe en cierto

sentido representarse por una forma, ya que si se eliminan todas las formas no queda sino la unidad. Aun en el plano más elevado, el plano de primera manifestación, debe haber una forma de alguna clase, pues la forma es inseparable de la manifestación. Desde nuestro punto de mira, el fin del panorama evolutivo está donde todas las cosas llegan o se reducen a ese punto final, en el que se llenan del significado que han tenido todo el tiempo; sólo que entonces el significado está patente en vez de latente.

Desde un punto de vista, la Realidad es inconmensurable con cualesquiera de nuestras medidas limitadas, y, por tanto, es siempre trascendente. Pero en otro sentido más práctico, la realidad es siempre lo que es real para nosotros. Está inmanente en las cosas. La palabra “realidad” da una idea relativa, que implica la irrealdad de ciertas cosas en que creemos o que hemos experimentado. Si alguien habla de una realidad que es una total abstracción, incapaz de ser realizada dentro de nosotros, entonces esa realidad carece de toda relación para nosotros y nos es incomprensible. No nos sirve para nada práctico, excepto como ficha de juego. Si a esa ficha ficticia se le concede el único valor, entonces todas las demás experiencias quedan desprovistas de su valor real,

Una mente ignorante no cree que pueda haber una realidad que ella no comparta, y pide pruebas de lo que cierta persona ha experimentado como realidad. Eso es proceder al revés, porque todas las cosas se juzgan y se valúan en términos de lo que uno percibe como real, y la realidad no puede expresarse en otros términos que los que sean reales para uno mismo. Pedir pruebas de una realización que todavía no le ha llegado al que las pide, es pedir lo que jamás puede darse.

Una experiencia particular puede ser una ilusión desde otro punto de vista más alto. Aún así, es real, por el momento, para quien tiene la experiencia. Una jaqueca es jaqueca, a pesar de todo cuanto pueden decir los creyentes en el auto-hipnotismo y los que niegan rotundamente lo que se puede considerar malo. Puede uno estar soñándolo, pero ese sueño es real mientras dura. Se sabe de personas que han sufrido físicamente en una pesadilla, lo cual demuestra que la consciencia del sueño tiene relación con el hombre y con su vida física y fisiológica. Los sueños tienen relación con la consciencia vigílica, aunque hasta ahora hemos sacado muy poca cosa de esa relación.

En India se ha sostenido y se ha recalcado una y otra vez la opinión de que todo cuanto experimentamos en el plano terrenal es irreal; que moramos en un universo de maya o ilusión. Pero si bien esto puede ser cierto desde el punto de vista de una Realidad absoluta, estamos en medio de experiencias que nos conciernen prácticamente, y descartarlas como irreales, sin descubrir su irrealdad, no nos ayuda a despertar del sueño que se dice que son. Creo que no nos es posible a ninguno de nosotros llegar de un salto a lo fundamental. Podemos examinar con provecho solamente las experiencias que se nos presentan en el punto donde estamos. Claro que podemos hablar de lo fundamental, tal como podemos hablar de la geometría del espacio y tiempo. Podemos tener una representación mental de lo que se necesita para completar el círculo de nuestra experiencia, para relacionar la experiencia con el propósito. Si existe una conexión entre el futuro y presente, tenemos que relacionar el presente con lo que está inmediatamente enseguida ¿Lo que está adelante es un estado fundamentalmente diferente de lo que estamos experimentando en el presente? Esa es la cuestión que prácticamente nos concierne.

¿Cuál es la naturaleza de esa consciencia que puede conocer o experimentar la Realidad, hasta donde nos es posible tener alguna idea de ella ahora? Si tenemos algún conocimiento sobre una meta, aunque sea en términos de nuestra experiencia actual, tendremos un polo o un eje entorno del cual giren nuestras actividades. Aún si la meta está lejos, podemos verla como por medio de un telescopio de lentes limpios y científicamente diseñados. No

estando la meta lejos de nosotros, sino dentro, lo que hacemos entonces es sentir en nosotros la dirección de la Verdad, cuyas percepciones, por tenues que sean, actúan como un imán o un olor que nos permite seguir un rastro invisible entre el laberinto de nuestra experiencia.

La consciencia que llamamos real es la que ha franqueado definitivamente sus limitaciones actuales, o grilletes, como se las llama realísticamente en Oriente. El Sendero Espiritual, en Oriente, se divide en etapas, en cada una de las cuales hay que desechar ciertos grilletes, y el final de este Sendero se describe como Liberación. Es claro que la Liberación no es solamente un final, sino también un proceso. El final no viene todo de repente, sin causa previa; esta cualidad de repentinidad inesperada se le ha atribuido por una identificación de la consciencia liberada con esa facultad que funciona fuera de las limitaciones de la mente, o sea la facultad de Buddhi.

La visión de la meta puede llegar en un momento -viene veloz y repentinamente- como un rayo de luz que irrumpe por entre las nubes. Pero luego vuelven a cerrarse las nubes. Para tener una inteligencia clara y segura en su serenidad, tiene uno que acabar de una vez por todas con las causas que la nublan. Remover esas causas no es obra de un momento, sino un proceso de discernimiento ejercido sobre todo el terreno de experiencia necesaria. Los pétalos tienen que crecer silenciosamente dentro de su envoltura de sépalos, aunque la floración sea cosa de un bello momento.

La consciencia con la cual podemos entrar en el reino de la Realidad es una consciencia que está libre del impulso, de la acumulación, y de la incesante influencia del pasado. A es te podemos llamarlo Karma, que es a la vez psicológico y físico.

Karma es lo que hemos creado nosotros mismos con tendencias que operan desde adentro y fuerzas precipitadas desde afuera. Ya sea que esa creación ocurra en la esfera de nuestra propia psique, o en esa otra esfera de relaciones más amplias con otras entidades, toda viene del pasado. Tenemos que libertarnos de ese pasado que nos envuelve y nos impide. Solamente cuando la consciencia es capaz de ver y realizar la naturaleza de los lazos que ha atado en torno suyo, es capaz de libertarse de esos lazos y limitaciones que ha puesto sobre sí misma en la senda de su progreso. Entonces se “des-ilusiona”, en el bello sentido de esa palabra.

La consciencia simple -o sea la consciencia en su infancia- es atraída a un movimiento muy sutil, y ese movimiento consiste en una afición, al principio leve, pero luego cada vez más fuerte, al deseo de sensaciones de toda clase. Los primeros movimientos adquieren ímpetu gradualmente hasta convertirse en un torbellino; la consciencia, agarrada en ese torbellino, gira y gira por largo tiempo en viciosa espiral. Esas aficiones tienen una manera de crecer y de profundizarse, porque una cosa nos ata a otras por asociación. Con el tiempo, y mediante el ejercicio del discernimiento que la persona o la consciencia desarrolla inevitablemente, todo este torbellino se aplaca. Lo que podemos hacer, pues, es usar nuestra inteligencia para desembarazar nuestras mentes, conscientemente, de las ilusiones en que hemos quedado sujetos; de las varias formas de condicionamiento por las que hemos pasado. La Liberación, en el sentido de una libertad externa de las circunstancias que nos limitan, vendrá muy pronto tras de la adquisición de la libertad interna.

Puesto que la tierra del Espíritu es la tierra de la Verdad -donde todo es verdadero y no vemos las cosas a una luz falsa o equívoca, donde no hay sombras que puedan tomarse por sustancia- para explorar ese reino, o siquiera para entrar en él, necesitamos una consciencia que esté libre de las limitaciones que se ha echado encima, limitaciones que pueden describirse como una prisión ó una concha envolvente. Son como una concha porque efectivamente impiden, la posibilidad de sentir las vibraciones más finas, las frases más delicadas del idioma de la Naturaleza: la poesía que se encuentra siempre hasta en este mundo fenoménico. La

poesía de la vida no es una fantasía, sino una verdad. Tenemos primero que romper este caparazón, para que tengamos una consciencia o percepción suficientemente libre o fina para captar las formas puras de la Verdad, que se pronuncian para nosotros en este mundo externo en sílabas de Belleza.

En vez de poesía, podría llamársela música, y percibir en esa música un modelo arquitectónico perfecto; un modelo que subyace en todo cuanto está ocurriendo. Se ha llamado a la arquitectura música congelada. La arquitectura es objetiva; la música es esencialmente subjetiva, y en la belleza perfecta se unifican el sujeto y el objeto. El significado que está en la forma, brota a través de la forma misma. El significado es el sujeto que está presente en ese objeto formal. Cuando un objeto, expresión o movimiento, es un objeto de belleza perfecta, la forma, que esencialmente es una limitación, cesa de serlo, y comienza a ensancharse con su significado intrínseco. Cuando una forma es perfectamente bella, comienza a expresar la luz que tiene dentro.

Esa concha creada por nosotros, compuesta de nuestras falsas ideas y fantasías, de los diversos círculos viciosos en que giramos, podemos romperla, o mejor dicho, disolverla, de una vez por todas. Hay la posibilidad de disolver esa estructura, que parece tan hermética, porque existe un rayo, que entra de lo alto, como si dijéramos, desde otra dimensión. Es un rayo del centro espiritual que hay dentro de nosotros; un rayo que siempre ha estado presente y sigue allí, a menos que la personalidad, el hombre de mente material, se haya desprendido completamente de la Divina Luz. Se nos dice que a veces, en casos muy raros, esto puede suceder, pero que no es lo ordinario. Mientras exista ese hilo entre la personalidad y la Mónada o Ser superior, que pasa a través del Ego, existe la posibilidad de discernir entre lo real y lo falso, a la luz del conocimiento que ese hilo trae; y de iniciar el proceso de desilusión, de disipar ese maya que cada uno de nosotros ha creado para sí.

Esto está implícito cuando decimos en términos teosóficos, que Manas, que es inteligencia o pensamientos en vez de estar bajo el mal dominio de Kama o deseo, tiene que retirarse de esa adhesión y unirse con Buddhi. Buddhi es la facultad que está despierta a la Verdad. Puede traducirse como consciencia de la Verdad, por sorprendente que parezca esa posibilidad. Existe en el hombre una consciencia, o la potencialidad de una consciencia que sin fallar da en la verdad; que no puede percibir nada más que la verdad. Esa consciencia es libre, pero en su libertad no se desvía de la Verdad. De hecho, su absoluta libertad de toda imposición externa, es lo que la capacita para expresar la Verdad que lleva dentro. Podemos ver cómo puede ser esto, si nos acercamos a la cuestión desde otra dirección.

Imaginemos una persona cuya consciencia total está tan cargada de apreciación por lo bello que no puede tener ningún pensamiento, ninguna modificación de la consciencia, que no sea bello. Su consciencia es tan perfecta y tan llena del sentido innato de belleza, que no puede moverse sin que ese movimiento exprese alguna belleza. Podemos pensar que eso es teóricamente posible. Al decir “belleza” recordemos que esta no es siempre lo que la gente considera como tal. Solemos confundirla con lo agradable, lo ingenioso o lo intrigante. Cuando algo nos proporciona cierta complacencia, solemos decir que es muy lindo. Pero puede que no haya belleza en esa complacencia. Belleza es Verdad, y Verdad es Belleza. Si la Belleza es divina, y claro que el Logos es todo Verdad, entonces aquel aspecto de todo hombre que es un aspecto del Logos, debe ser bello también. La Verdad está en la vida, y la Belleza en la forma. Si hay la posibilidad de una consciencia tan saturada de Belleza en su sentido más espiritual, trascendente y perfecto, también hay seguramente la posibilidad de una consciencia saturada con la esencia de la Verdad, y no podrá ocurrir en ella ninguna modificación, ni ninguna forma, que no sea la floración de la Verdad.

Generalmente se traduce la palabra Buddhi como Intuición Espiritual. Pero la palabra

“intuición” no da sino una parte del significado de esa palabra sánscrita. Se trata de una Intuición Divina que no necesita instructores externos. No es conjetura, ni corazonada, ni pensamiento deseoso. Es una facultad que sólo habla el lenguaje de la verdad. Toda falsedad ha quedado eliminada de la naturaleza del hombre que es capaz de ejercitar la intuición permanentemente. Es luz pura, ante la cual todo cuanto se llama realidad aquí, no es sino soñar. Todo cuanto nos parece tan real, tan tangible y sólido, en las experiencias de nuestro estado de vigilia, no es sino un sueño. Creemos en lo engañoso, las apariencias, los convencionalismos, y todas esas cosas que no son nada más que máscaras, disfraces y simulaciones -todas ellas contradicciones de la verdad-.

El hombre espiritual es el que ha cortado completamente con todo eso; no hay ilusión ni engaño posibles para el ojo que percibe. Sueño y vigilia son una misma cosa para él; es decir, ha trascendido el estado de vigilia y vive en un estado de sueño en el sentido más maravilloso. Que no es soñar con esa consciencia rudimentaria, ciega e irracional, que constituye nuestro soñar ordinario, sino soñar con una facultad que ha absorbido la esencia de la razón; que no es el soñar del inconsciente, para usar el término de la psicología moderna, sino soñar sueños que en un extremo son sueños y en el otro creaciones.

Si podemos identificar el soñar con la sensación de orden, acción, creación y realización, tendremos el estado de vigilia unido al soñar, que el hombre espiritual ha alcanzado.

En la región de la consciencia, Manas está extrovertida, porque la mente ve todas las cosas como fuera de ella. Considera como objetivo hasta lo que observa dentro de si misma. Manas representa el estado de vigilia, mientras que Buddhi, la intuición, representa el de soñar. Y podríamos decir que Atman, el cual está más allá de Buddhi, representa el estado de felicidad sin sueños, raíz de toda creación perfecta. Podemos considerar a Atman como la raíz que extiende su creación a la región de Manas por medio del tallo de Buddhi. El tallo deriva de la raíz su vida y su impulso. Podemos imaginar el gracioso y esbelto tallo como el de un loto que a cada momento exhibe una flor perfecta, una creación nueva. Manas suministra el material para esa flor perfecta; Manas lo ha ido acumulando.

Existe un cuarto estado mencionado en los libros sánscritos. Trasciende a los otros tres y es una síntesis de todos ellos. Pero de esa síntesis casi todo cuanto podemos imaginar o decir, conduce a conclusiones erróneas.

Está muy bien hablar de tales cosas y es muy agradable contemplarlas; pero ¿qué lugar ocupamos en todo esto? Estamos en la línea divisoria entre la tierra de sombras y la tierra de luz. Es por eso que buscamos lo Real, como en la plegaria: “De lo irreal condúceme a lo Real”. En India se dice que los Devas o Ángeles no arrojan sombra, en parte porque cuando se aparecen son materializaciones no suficientemente densas para arrojar sombra, pero también, creo yo, porque ellos (a menos los más elevados Devas) son formas de luz, de la luz de la Omnisciencia Divina que penetra el universo manifestado. Esa Omnisciencia opera por medio de una infinidad de aspectos, y cada aspecto suficientemente definido es una inteligencia. Este es un pensamiento maravilloso, aunque difícil de captar. Hay millones de millones de Inteligencias Divinas, o Dhyan Chohans, para usar el término usado en las primeras obras teosóficas; son Inteligencias por cuyo medio opera la mente Divina y la Intuición Divina.

De las tinieblas a la luz, es nuestro lema; de las tinieblas de la ignorancia y del egoísmo, a la luz del conocimiento espiritual y de la unidad. Al esforzarnos sin desmayar por disipar lo falso dentro de nosotros mismos, adquirimos verdadero conocimiento. Esta es la única manera de adquirirlo; no por medio de libros o conferencias; aunque todos ellos puedan dar mucha información y teorías valiosas. Si lo que está en la mente de otro se transmite corporalmente a la nuestra y lo aceptamos con ciertas modificaciones, eso no es verdadero

conocimiento. Sólo descartamos nuestras ilusiones cuando vemos claro a través de ellas; al disipar nuestras ilusiones ascendemos al plano de la Verdad, donde la realizamos.

Sólo es posible adquirir cualquier conocimiento espiritual o sabiduría, preparándonos para recibirlo. Se requiere el terreno virgen donde la semilla divina pueda extender sus raíces y crecer. Si el suelo no está puro sino contaminado, y saturado de toda clase de sustancias indeseables, tiene que ser purificado por el fuego y el agua antes de que sea apto para recibir la semilla del conocimiento real. Es por eso que todos los ocultistas y todos los instructores espirituales dicen que la vida del buscador es de máxima importancia. A fin de ganar el verdadero conocimiento tiene que existir la facultad de adquirirlo. Para desarrollar esta facultad que es innata en todo hombre, hay que retirar todo lo que impida que brote y crezca. Y lo que impide la comprensión, el crecimiento espiritual y la realización, es nuestro modo de vivir, de pensar, de sentir y de actuar; de todo lo cual tenemos que desprendernos. Tenemos que romper por completo con el mundo, con sus convencionalismos y métodos estáticos; lo cual no quiere decir que tengamos que hacer cosas ofensivas. Sino que debemos aprender a pensar y actuar solos, leales a la verdad que percibimos, buscándola directamente en todas las cosas y no aceptándola de segunda mano.

Retirarnos del mundo así, de corazón, nos llevará en realidad a uniros más con él en espíritu, de una manera que no existe ahora, para servirlo y redimirlo. Cuanto menos usemos el mundo para nuestros propios fines, y menos dependamos de él como parásitos más capacidad tendremos de amar a los que están en él y de simpatizar con sus luchas. Hay realidad e irrealdad tanto en nosotros como en los demás. La irrealdad está en el tráfico por la ganancia y el placer; la realidad está en la realización individual. Lo irreal es lo que fingimos, lo que toleramos y con lo que nos conformamos por conveniencia y comodidad. Lo Real está dentro de nosotros en las formas creadas por una consciencia pura para expresar la verdad perteneciente a su manifestación.

CAPITULO V

REALIDAD EN NUESTRO VIVIR

El problema máximo para quien busca la Verdad -Verdad que no puede estar aparte de su existencia- es cómo vivir. Esto es así porque sea cual sea la verdad, tiene que experimentársela con la plenitud del ser. Si queda algún elemento de consciencia por fuera de la verdad que experimentamos, necesariamente estará en conflicto con esa experiencia, o restará algo a esa plenitud en la que puede haber el sentido de un estado final. La verdad que buscamos debe llenar completamente nuestro ser, y estar incluida en todo contacto proveniente de las energías que fluyen de ese ser. En otras palabras: debe llenarnos y llenar toda expresión nuestra en pensamiento, sentimiento y acción. Esa experiencia tiene necesariamente que ser interna, pero también debe tener la precisión de una objetividad como de roca. No debe haber sensación de vacío, ni pérdida de realidad al pasar de lo interno a los contactos con las cosas externas.

Esencialmente, la Verdad es un absoluto y depende de una integridad del ser. Pero sólo se puede manifestar en formas finitas y relacionadas. El campo inmediato a que puede descender es aquel en que nuestra propia consciencia se mueve y funciona; el campo de nuestros pensamientos y acciones cotidianos. Descubrir la naturaleza de la Verdad es en realidad retirar el velo que la cubre. Lo que la cubre, o la oculta y eclipsa, son las formas de consciencia que no concuerdan con ella, en las cuales no puede penetrar. Por tanto, tenemos que preparar el suelo para que reciba la Verdad, o sea el suelo de nuestro propio vivir, del cual

no pueden separarse las formas o experiencias de nuestra consciencia.

Puede preguntarse: ¿Percibimos primero la Verdad y configuramos las formas de acuerdo con ella, o primero configuramos las formas como podemos, y dejamos que se manifieste en ellas algo, un aspecto de la Verdad, una nueva idea, algo significativo que hasta entonces no habíamos percibido? La creación de la forma, y el llenar la forma con vida que es una manifestación de la Verdad, son un fenómeno conjunto. Subjetivamente percibimos; objetivamente creamos; y la corriente de vida o manifestación es lo que constituye la unidad de sujeto-objeto. La primera creación en el proceso de auto-realización, que es el descubrimiento de la Verdad oculta, es crearnos o re-crearnos nosotros mismos como un vaso de la Verdad. Nosotros mismos quiere decir nuestro vivir, cada pensamiento y acto. Todo eso tenemos que moldearlo, parte por parte, para que se acerque cada vez más a la meta de nuestra aspiración.

Y esta es una obra de arte, de la más elevada de todas las artes. No es un arte que tenga un objetivo limitado, un simple lienzo fijo y su tema; sino un arte en cuya creación tienen que incorporarse las energías siempre cambiantes que fluyen de nuestro ser interno. Cada pensamiento fugaz, cada fantasía pasajera, puede mejorar o dañar el cuadro, que ha de ser la representación perfecta del ser interno, de la Verdad que hay en uno. Ese Ser interno es una unidad, y así lo sentimos gracias a la perfecta armonía que reina dentro de él. Pero esa armonía se rompe cuando las energías procedentes del ser, que encuentran resistencias de toda clase, se proyectan sobre el telón fenoménico externo, formando el cuadro de nuestra vida. Hacer que este cuadro corresponda con la armonía interna, y crear en nuestro vivir esa perfección que está dentro de nosotros, debe ser nuestra constante tentativa.

La falta de acuerdo entre lo interno y lo externo es la causa de toda nuestra frustración e infelicidad. Debido a ello, internamente batimos nuestras alas en vano; y externamente carecemos del divino astro y del sentido de una dirección inconfundible. Una verdad puramente metafísica, en el sentido de que los rayos que de ella emergen no tocan todos los aspectos de nuestra naturaleza, no es una verdad experimentada o la plenitud de la Verdad; no se sentirá como verdad, debido a la constitución del hombre. El hombre es un todo, y la verdad que le satisfaga debe llenar ese todo; es decir, esa verdad debe estar incorporada en su vida y en cada acto que haga parte de esa vida. No podemos evitar esta conclusión si lo que buscamos es una Verdad que tenga la naturaleza de cosa fundamental o final, y que no sea meramente un medio hacia algo más.

Quienquiera que se proponga dominar el arte de vivir de esta manera práctica, no podrá menos de descubrir lo difícil que es. Basta un pequeño estudio para mostrarnos que existen en nosotros tantos cabos sueltos y raídos, que nos sentimos incapaces de juntarlos y agarrarlos satisfactoriamente.

Las preguntas vitales que debemos hacernos en toda situación, son: ¿Cuál debe ser la naturaleza de nuestra actitud hacia ella? ¿Cuál la de nuestros pensamientos y sentimientos al respecto? y ¿Qué actos debemos ejecutar? Entre el cúmulo de circunstancias que nos bloquea por todos lados, ¿cuál es la dirección del verdadero progreso?

Aún después de haber realizado que la vida es un problema en este sentido, nos falta voluntad para tomar efectivamente las riendas de nuestra propia vida. Le ponemos un lento asedio a la Verdad, sea cual sea la forma en que la contemplamos por el momento. En relación con nuestras experiencias, asume formas diferentes de cuando en cuando. Hasta cuando sentimos que vamos bien dirigidos hacia la verdad que buscamos, parece que no logramos ir más allá del punto ya alcanzado. No hay en nosotros la cualidad de un ataque directo, el espíritu necesario para superar las dificultades y derribar los obstáculos. La tarea es difícil porque incluye muchas tareas y actividades menores; significa un nuevo modo de vivir, una meta y una orientación completamente diferentes a las que hasta ahora hemos perseguido.

Lo que en primer lugar se requiere es que cada uno de nosotros descubra un interés supremo, que gradualmente transformará nuestra vida; y entonces lo persiga sin desviarse. Muchos preferirían llamarlo un objetivo supremo, un ideal o estado supremo. Sin embargo, la palabra “interés” es más penetrante, puesto que puede operar en el campo de nuestra experiencia y actividad normal, a la vez que abarca y hasta encuentra un foco principal en lo que está más allá de nosotros. Si nos fijamos un ideal completamente desconectado de nuestras vidas, entonces la causa de todas nuestras cuitas sigue intocada.

Podremos tener un ideal; puede ser el de entrar en relación con “Dios” o algún gran Ser. Entonces a ese Ser o ideal lo colocamos aparte de lo que consideramos el rebaño común de la humanidad, hacia el cual nos contentamos con ser indiferentes. Quizá hasta despreciamos a nuestro prójimo, porque nuestro ideal está centrado en ese ideal o Ser que profesamos adorar y servir. Hay así una separación entre el objeto hacia el cual miramos -posiblemente para llenar alguna carencia subconsciente- y los contactos e incidentes de nuestra vida diaria. El objeto no es sino una imagen colocada en un compartimiento de nuestros pensamientos; y nuestras actividades, motivadas como antes, continúan deslizándose por los mismos surcos gastados, abiertos por ellas mismas. Los problemas prácticos de nuestra vida, que surgen de las diversas relaciones en que nos encontramos, no se acercan a su solución sólo con cambiar el foco de nuestro interés a un centro separado e independiente que para ello hemos creado.

Todavía nos falta descubrir el verdadero incentivo o la voluntad interna que pueda tener un efecto predominante en nuestras vidas, y que también esté presente en cada circunstancia o incidente. Nuestro ideal debe ser, no el de dejar el mundo antes de haber aprendido a sobrellevarlo y ayudarlo, ni el de escaparnos a algún séptimo cielo; debe ser un ideal que esté siempre presente con nosotros, en cualquier parte y en todas. En cualquier punto de nuestras vidas ese ideal debe capacitarnos para convocar las energías necesarias para encarar la situación del momento en la mejor manera posible.

Todos los libros que tratan del Sendero espiritual recalcan la necesidad de la dirección única; porque si vagamos de aquí para allá; si los efectos de nuestras diversas acciones se cancelan entre sí; si estamos indecisos respecto al rumbo a seguir; si oscilamos como un péndulo entre pares de opuestos, entonces es obvio que no podemos producir un resultado definido o cumulativo. Si no hay la continuidad de aplicación o de proceso necesario para producir cierta consumación, esa consumación tiene que esperar hasta que tal esfuerzo sea posible. Por lo tanto, una de las “joyas de conducta” requeridas para hollar el Sendero, es la virtud de la dirección-única.

Pero esa dirección-única debe ser como el ápice de un coronamiento hacia el cual convergen naturalmente todas las líneas de nuestra acción, aunque cada cual tenga su fin y motivo inmediato. El interés supremo que reine en nuestra vida debe absorber todos los demás intereses, pero sin abolirlos. En verdad debe circular por enmedio de ellos y transmutarlos. Todos los amores menores deben convertirse en canales e integrarse en un amor mayor, y así participar de la naturaleza de este último. La dirección-única del hombre verdaderamente espiritual se manifiesta como una universalidad de interés y simpatía que le produce una mente de millares de facetas, como se dijo de Shakespeare por la extraordinaria penetración que muestra dentro de todo tipo de caracteres, vocaciones y experiencias humanas.

Si hay una constante aspiración (hacia la Verdad, Dios, estado de Ser, o cualquiera otra cosa) que atraiga dentro de su círculo todo lo demás de menor interés, seremos capaces de vivir de momento a momento con una inspiración que jamás cambia de esencia aunque siempre varía en forma. El corazón de la aspiración permanece inalterado, y su cualidad esencial es la misma, aunque su efecto multicolor varía de una a otra circunstancia. Nuestro estado interior debe estar establecido de tal modo que esté siempre abierto hacia el medio del cielo, o, para

variar la metáfora, que gire siempre en torno de una estrella polar que corone con sus rayos benéficos cada aspecto de nuestra vida. El interés que brota de la parte más profunda de nuestra naturaleza es el que es capaz de interminable evolución, y puede abarcar todo interés subordinado y subsidiario que se desarrolle a través de los diferenciadores procesos de la vida.

Hasta que hayamos descubierto ese centro en nosotros mismos, donde podamos quedarnos fijos, pero desde el cual seamos capaces de mirar en todas las direcciones de nuestra vida, y de nuestra actividad y contactos con el mundo externo, la vida tendrá forzosamente que ser insatisfactoria, por un desequilibrio dentro de nosotros que constantemente nos trastorna y nos corroe. Cada uno de nosotros debe tratar de sondear, tan profundamente como pueda, dentro de sí mismo, para ver cuál es su verdadero interés, y cómo definirlo a la consciencia externa de su mente. Estamos interesados en los amigos, en toda clase de actividades, en el arte, en varias disquisiciones intelectuales. ¿Hay en nuestros corazones algo con un valor que pueda igualmente encontrar expresión por todos estos canales?

Existe en lo profundo de nosotros un principio, que en realidad es el corazón mismo de nuestro ser, y que es el origen de toda clase de bien, igualmente para nosotros y para los demás. Si podemos tocarlo, siquiera por un momento, retirándonos de todo lo demás, seremos capaces de extraer de ese momento un sentido de algo de valor imperecedero, presente en todos los seres y cosas, un valor que jamás podremos perder de vista después, en ningún juicio sobre nuestros prójimos, o en cualquier acción que contemplemos tocante a su bienestar, o hasta en el de las criaturas inferiores que están dentro de la fraternidad universal.

Lo que se necesita es la unificación de nuestra naturaleza; la armonización de sus diferentes partes, para que constituyan un todo coherente y perdurable. Si cada uno de nosotros se examina sinceramente sus callados pensamientos, sus reacciones hacia personas y cosas, se dará cuenta de lo lejos que está de ese estado de armonía interna, en el cual únicamente es posible la plenitud, y fuera del cual todos sus actos tienen que ser parciales. Lograr la plenitud en nosotros mismos, es ser capaces de vivir plenamente y aplicar la totalidad de nuestro ser y de nuestra consciencia en cualquier punto de nuestro contacto con el mundo externo. Desgraciadamente hemos desarrollado estratos de muy diversas clases en nuestra naturaleza, una capa de dureza aquí y un estrato de arena movediza allí; de modo que por un lado somos duros y resistentes y por el otro demasiado dispuestos a ceder. Algunas cosas nos inquietan y nos excitan, y otras nos dejan inertes e insensibles. Hay en nuestras personalidades el conflicto de una constante contradicción.

Los psicólogos modernos hablan de un estado de neurosis, en el que se establece un yo artificial ajeno al yo real, y entonces hay una pugna entre esas dos entidades. Lo que ellos llaman el yo verdadero, y cuya frustración piensan que es la causa-raíz de la enfermedad, no es en verdad el ser real desde el punto de vista más amplio de la Teosofía. Pero los elementos de neurosis, es decir de una dualidad que produce conflictos periódicos, están presentes en todos nosotros, aunque no con la exageración de factores con que se presentan en la personalidad neurótica. Acabar con la dualidad que hay en nosotros, en el sentido de energías discordantes presentes simultáneamente en nuestra naturaleza, es la tarea de la Yoga, que literalmente significa unión o reunificación.

La palabra sánscrita “yoga” tiene una variedad de connotaciones; pero el corazón mismo de la yoga, su propósito central, es una armonización; primero de uno mismo, y luego de uno mismo con los demás, que se mantenga aún en medio de la lucha y el conflicto. Habrá diversidad en la superficie, pero el sentido de unidad brota desde adentro, y esa unidad crea un estado de armonía que es como las aguas profundas del océano que permanecen quietas hasta bajo el oleaje embravecido de la superficie. Ese sentido de unidad es el que está en la raíz del amor universal, lo mismo que del interés universal.

Nuestra naturaleza íntegra tiene que penetrarse de ese sentido de unidad. Así nos ponemos a tono con la naturaleza de todas las cosas. Antes de que podamos adquirir esa tranquilidad interna, hay que eliminar las causas internas del conflicto. Sin una purificación de nuestra naturaleza entera es imposible poner en recíproco acuerdo sus elementos constitutivos. Sólo lo verdadero puede estar acorde con lo verdadero: por tanto, hay que eliminar lo falso. El purgatorio precede al paraíso, y el paraíso es una dulce armonía de uno mismo. Las cuerdas de nuestra naturaleza pueden ser pocas, pero es posible tocar en ellas una melodía interminable. Purificación, unificación y dedicación -que es la fusión de lo inferior con lo superior- son las tareas que cada cual ha de cumplir por sí mismo.

La dedicación no es el estado pasivo de meramente sentirse devoto. Ha de ser la expresión de una voluntad interna, que se traduce en un impulso dinámico en toda facultad. Ha de ser una voluntad inflexible pero muy adaptable, que opere en toda dirección. Toda acción que nazca de esa voluntad interna es acción pura. Nuestras vidas, por importantes que las consideremos, no son sino un preludio de lo que está por venir. El pasado es siempre una preparación para el futuro. Todo lo que construimos con la naturaleza externa no es sino un andamio para un templo interno.

Externo e interno: hay en nuestras mentes una división entre estos dos, que no está en la naturaleza de las cosas. ¿A qué quiere nuestra consciencia exteriorizada que nos dediquemos? ¿Al Uno, que es el corazón de todo ser, o a las innumerables multiplicidades que son las expresiones de ese Uno? Es obvio que a ambas cosas. Mientras hagamos una distinción entre las dos, no habremos comprendido rectamente a ninguna de las dos. La acción con un espíritu de amor puro que no provoque reacción, está por encima de los pares de opuestos. El amor al Ser Supremo que está en todo, no puede desligarse de nuestra mejor voluntad y servicio a las manifestaciones de El en quienes nos rodean.

Supongamos que conocemos una grande y admirable persona que provoca nuestra más profunda reverencia. Luego conocemos a otra muy diferente, peregrina sin duda de esta tierra, pero agobiada y manchada, harapienta, hablando metafóricamente. Provoca en nosotros una actitud muy diferente. Sin embargo, debiera haber en nosotros cierto sentido de unidad que nos ayude a aceptar en nuestro corazón a esa grande y admirable persona, codo a codo con esa otra cuya existencia parece no tener otro objeto que mostrarnos las extrañas contradicciones de la vida. Esa es la clase de Igualdad, paridad o equilibrio que el Bhagavad Gita dice que constituye la esencia de la Yoga. Tenemos que observar las reacciones que nos producen las dualidades que causan atracción y repulsión, si queremos libertarnos de sus efectos perturbadores.

¿Estamos interesados en el servicio, o en el auto-desarrollo? Esta es otra pregunta que no tendría por qué surgir, porque debiéramos percibir que el servicio es una forma de acción, y que el desarrollo es su efecto sobre uno mismo. Debíamos entender todo el proceso de nuestro crecimiento y floración en términos de dar lo que hay de valor en nosotros y lo necesitan aquellos con quienes entramos en contacto. Tal manera de ver las cosas con igualdad, aplicada a los procesos de la vida aparentemente diferentes, acaba con todas las antítesis.

Sólo cuando nos damos cuenta cabal en nosotros mismos, no sólo de las fuerzas que operan abiertamente en la superficie, sino también de los motivos sutiles y de los fines que se insinúan, es cuando podemos colocarnos por encima de los opuestos que son los que producen conflictos y dividen la mente.

Se ha dicho que la duda descalifica. La “duda”, en este sentido, no es la de no creer en alguna autoridad o declaración. La duda surge cuando existe un dilema causado por reacciones divididas entre las cuales somos incapaces de discernir.

Un estado en el que no haya división, en el que encontremos un camino seguro, es el de

un equilibrio interno en el que no hay cambios ni deslizamientos. Si podemos responder a cada circunstancia, no con las diferentes partes de nuestra naturaleza, sino con nuestro ser integro, sabremos inmediatamente hacia qué dirección gravita ese ser internamente, y esa será la dirección de una acción perfectamente equilibrada y completa. La palabra “completa” indica la calidad de una intuición pura. En circunstancias difíciles, cuando hay desacuerdo de consideraciones y confusión en el acto de pesarlas y balancearlas, el modo de determinar el mejor curso de acción no es mediante cálculos, ni pesando y balanceando así las cosas, sino recurriendo a ese centro de gravedad que hay dentro de nosotros y que quiere movernos por la línea de la acción recta y perfecta. Es el hilo de Ariadna de la mitología Griega. Un juicio fiel es un juicio instantáneo, que resume perfectamente, aunque ese juicio nazca de mucha elaboración mental previa. Su pivote es ese centro interno donde reside la sabiduría verdadera.

En cualquier situación en que no sabemos cuál es nuestro deber y qué debemos hacer, lo más importante es la claridad del motivo. Si hay recta orientación con respecto a los elementos fundamentales del problema, nos indicará el paso inmediato que debemos dar. Podemos vivir nuestra vida en un estado de amplia ecuanimidad, si hemos descubierto hacia dónde debe orientarse siempre internamente. Para determinar nuestro deber en una contingencia inmediata, necesitamos tener una apreciación del fin o del propósito al que sirve ese deber. Pues lo final y lo inmediato están estrechamente relacionados, si somos capaces de ver esa relación. Lo final no es sino el propósito más profundo, la aspiración fundamental. Está en las profundidades de nosotros mismos, y no en algún sitio distante.

La Teosofía nos revela un Plan capaz de sintetizar en sí lo mejor que hay en cada uno. Desde un punto de vista, el Plan incluye no sólo las Ideas Divinas, los arquetipos, sino el conjunto de la evolución, en la que cada bien menor no es sino un peldaño para un bien mayor. Es un plan de perfección que evoluciona desde el bien menor de que cada uno sea capaz en cualquier momento. Las formas que evolucionan con tanta paciencia y cuidados, no son sino modelos toscos de las figuras finales. En este proceso, cada uno de nosotros tiene un papel consciente, si es por lo menos capaz de pensar en algo dentro de sí mismo que pueda descubrirse como el supremo Bien, la suprema Verdad, la suprema Belleza. Libertar ese algo, es la consumación, “el divino y lejano evento”, hacia el cual nos movemos todos inconscientemente, vacilantes y hasta tortuosamente.

Nuestra gran tarea es descubrir ese algo, en términos de nuestra propia experiencia. No puede ser por meras palabras o frases. Ese descubrimiento hay que hacerlo en el proceso de la vida. Pues la vida es acción, y la manifestación es vida, Sin acción no puede haber realización. Lo que produce la realización es la reacción dentro de nosotros, resultante de la recta acción. Una verdad que no se manifiesta como vida, es una verdad desprovista de poder. Solamente cuando fluye en la forma que la expresa apropiadamente, se manifiesta en esa consciencia que es nuestro ser exteriorizado.

Hay en cada uno algo de valor supremo capaz de infinito desarrollo, que perdura por la eternidad, y ese algo puede ser descubierto en cada incidente y circunstancia de la vida. Cuando una persona lo ha descubierto y ha identificado su corazón con eso, ha establecido la integridad y el equilibrio en sí misma; desde entonces ya no vive como una sombra de su ser plenario confinada en la cárcel de sus limitaciones, sino como un centro radiante cuyos rayos se posan en toda circunstancia y se reflejan desde todos los ángulos. Bajo esa luz todas las cosas se ven en su verdadera naturaleza y revelan su oculta realidad. Entonces es capaz de percibir, dentro y fuera de él, que todas las cosas son una sola en su esencia más íntima.

CAPÍTULO VI

LA LEY DE LA RECTA RELACIÓN

Puesto que sólo hay, en verdad el Uno, todas las cosas han nacido de ese Uno, todas las cosas deben estar relacionadas entre sí. Esta relación es como un modelo subyacente, o una base, como si dijéramos sobre la cual tenemos que edificar. Y toda la evolución es ese edificio. Es una verdad trillada que todas las relaciones ocurren en el campo de lo relativo y no de lo absoluto.

Sólo cuando comenzamos a vislumbrar la luz que brilla desde arriba, empezamos realizar que todo es vida, que todo es ley y que todo es relación en la Naturaleza.

Nuestras relaciones están cambiando constantemente, no sólo de una a otra vida, sino aún dentro del lapso de una sola vida. Una relación de un hombre hacia su hijo como bebé no es la misma que cuando el hijo es ya un hombre. Ni tampoco su relación con su novia o con su esposa durante la luna de miel es la misma que con la que ha sido su esposa por treinta años o más.

Si cada uno se considera a si mismo como es, puede ver que está relacionado por todos lados. Es una unidad dentro de una red de relaciones, un punto en el que se intersectan muchas líneas. Es un punto sobre una esfera, en torno del cual y a través del cual pasan una infinidad de círculos. Los círculos que rodean al punto pueden considerarse como ambientales: los círculos que pasan por el punto como círculos de relaciones de consciencia o de vida.

Consideremos estas últimas líneas. Algunas están vivificadas, otras no. Galvanizar cada una de esas líneas es la culminación del proceso evolutivo.

Es interesante esta pregunta metafísica: ¿Son las líneas radiaciones del punto, o es el punto el sitio de unión de las líneas? En otras palabras. ¿Es la individualidad creación de las fuerzas, o son las fuerzas rayos de la individualidad? ¿Es el Logos un centro para la Luz del Logos, o es esta Luz la ampliación del Logos?

Nuestras relaciones son externas e internas, porque el Universo es externo e interno. Las relaciones externas son relaciones de Karma, la ley de interacción; las relaciones internas son relaciones de afinidad, de Espíritu, de Rayos, sub-Rayos, sub-sub-Rayos, y así sucesivamente. A medida que lo externo y lo interno se aproximan entre sí; a medida que el Cielo y la Tierra se unen; a medida que tiene lugar la conjunción del Espíritu y la Materia (que ahora están en oposición), todas las cosas se re-agrupan. Esta reagrupación es un proceso dentro del tiempo.

Las relaciones externas son de tiempo, lugar y circunstancia. Entre las relaciones de la materia y las relaciones del Espíritu, están las relaciones que experimentamos de momento a momento, o sean las relaciones o reacciones de nuestra consciencia. Son estas las que especialmente nos interesan, pues las que pertenecen al Espíritu, a la Realidad pura, están más allá de nuestro alcance por el momento. Y las que nacen de la materia, el karma pretérito, tenemos que tomarlas como vienen.

Nuestras relaciones son con personas, tanto como con cosas, y ocurren en todos los tres planos: del pensamiento, de la emoción y de la acción física. Todas nuestras instituciones no son sino cierta estabilización de relaciones, que fijan el modelo para la acción externa, que determinan su naturaleza dentro de ciertos límites. Lo externo está obligado a seguir a lo interno, tal como la corteza se amolda a los contornos del árbol vivo. Por ejemplo, si hay un sentimiento interno de igualdad con los demás, no habrá desigualdad duradera en las condiciones externas.

¿Cómo estamos relacionados con los de más en nuestros pensamientos y sentimientos?

¿Cómo respondemos internamente a su presencia? ¿Cómo obramos sobre ellos con nuestros pensamientos y propósitos callados? Estos se manifestarán en la conducta externa.

El mundo externo es un mundo de conflictos, especialmente ahora. Fundamentalmente, estos conflictos son de opuestos: Oriente y Occidente; capital y trabajo; de color y blanco; ideas de la juventud y de la madurez; nuevo y viejo; hombre y mujer; y así sucesivamente. En toda relación entre opuestos, la primera fase es de indiferencia, debida a falta de Contacto interno o externo.

La siguiente es una forma de contacto que resulta en una tensión, la cual conduce a la prevalencia del uno sobre el otro: dominio de uno, y represión o explotación del otro. Esto da nacimiento primero al descontento por parte del reprimido; luego a resistencia y rebelión, y finalmente a una ruptura completa de la antigua relación. Puede haber todavía más conflicto, pero ahora será más como entre iguales, con pactos de remiendo, compromisos e inseguridad. Con el tiempo todo esto alcanzará un equilibrio, una relación de armonía, y cooperación con buena disposición de espíritu, y conservando ambas partes su libertad.

Este drama de conflictos lo vemos en las relaciones raciales y estatales, como por ejemplo, entre Inglaterra e India; también en las relaciones entre capital y trabajo. En esta última estamos en la etapa de los pactos y compromisos. Vemos el conflicto también en la relación entre hombre y mujer, si bien aquí el proceso es muy sutil. A las mujeres ya no se las considera como bienes muebles, pero todavía no son tan libres como se cree; todavía no gozan de libertad en muchos países orientales, ni participan en el manejo de los asuntos nacionales y mundiales.

Toda nueva idea pasa por variaciones similares en el tratamiento a que es sometida. Primero se la trata con indiferencia; luego, si es suficientemente importante para turbar las condiciones antiguas, sufre mofa y persecución; y, por último, cuando la nueva idea prevalece -como debe suceder si es verdadera- es aceptada hasta con orgullo. Hasta los tiranos son aceptados cuando triunfan, y entonces obtienen el apoyo del pueblo. Las ideas científicas de Copérnico, la libertad de los pueblos oprimidos, y la tolerancia religiosa, son casos históricos sobresalientes de incompleto cambio en la actitud general.

En cualquier pareja de individuos hay un elemento de oposición, pues no hay dos personas exactamente iguales. La diferencia se hace sentir cuando surgen situaciones, y cuando se presenta una tercera persona o cosa. Todos hemos oído hablar del triángulo en relaciones materiales y (así llamadas) amorosas. Cualesquiera dos individualidades son opuestas dentro de cierto ángulo.

Todos los opuestos son en realidad complementarios. Son causa de conflictos en tanto que la consciencia se identifica con la forma externa y así queda sometida a ella. Las formas son diferentes, pero no necesariamente dividen. Sin embargo, lo hacen en tanto que la consciencia es infantil (o sea ignorante) y crédula. La antítesis “yo y otro” nace sutilmente y crece presentándose en innumerables formas. Es un hábito mental, debido a una consciencia extrovertida. La exteriorización de las consciencias participantes en la unidad, tiene que ser salvada como por un puente de vibraciones. Pero en este mundo externo las vibraciones son variadas y discordantes. Nuestro problema es un problema de vibraciones. Estas vibraciones son de diferentes gamas, y, por tanto, a diferentes niveles. Una división mayor es aquella que en Teosofía establecemos entre el Ego o Alma Espiritual, y la personalidad. La respuesta del Ego es siempre armoniosa. Los Devas que se comunican en sonido en los niveles de la creación pura e ideal, conversan musicalmente; sus cambios de colores crean formas de armonía.

Todas las relaciones cambian, porque son un proceso de la vida, y la vida es cambio y

continua actividad y respuesta. Cuando una forma deja de responder, está muerta. Los cambios se deben a Karma, cuyos lazos tienen que disolverse todos; se inician también a voluntad. Karma es una ley de equilibrio, de acción y reacción; una ley mecánica, pero que, en la esfera de la actividad responsable y de los efectos conscientes, se convierte en una ley moral. Vemos los cambios debidos a Karma en las relaciones de vidas sucesivas. Aun dentro de un solo período de vida hay un cambio continuo. Si las relaciones son superficiales, los cambios producen interrupción. Cambios rápidos pueden proporcionar variedad de contactos, pero no conducen a profundidad de comprensión. Nuestras dificultades con otros se deben en gran medida a falta de profundidad, de contacto interno, de una relación completa. Cada uno está encerrado dentro de sí mismo, en un capullo de sus propios pensamientos, tejido bajo una luz engañosa, y rodeado por una corteza de egoísmo y un juego de luces falsas.

Si nuestras vidas están estancadas, es por que no hay una corriente de interés hacia los demás; no hay una comunión verdadera con la vida que nos rodea; cada uno de nosotros está dentro de un recinto egoísta, separado, solitario, inerte, convirtiéndose en una concha endurecida. Nuestras relaciones con los demás carecen de vida en gran parte; son relaciones de forma, de aislamiento y conflicto, turbadas y parciales en sus inter-acciones.

En cualquier relación verdadera tiene que haber cierta realización: primero, de la dignidad de la otra persona, de su igualdad en dignidad con nosotros, y de la dignidad de su verdadero estado; y, segundo, de su diferencia con nosotros, que exige comprensión y simpatía.

En toda relación externa hay una diferencia de niveles: social, intelectual, de experiencia, de función organizacional (gerente y obrero), etc. Cada una de tales diferencias produce su propio sesgo en la relación entre las partes, y en las actividades que surjan de esa relación. Mostrar en esas actividades la apropiada cualidad interna del alma, es el propósito de esa relación. Así surgieron las virtudes del feudalismo, como también las de la familia.

Todas las diferencias naturales tienden a caer bajo ciertos tipos, que son especializaciones. Cada uno de estos tiene su propio valor. El cuerpo masculino da ciertas experiencias complementarias de las del femenino. Cada temperamento (debido a la variada mezcla de cualidades de los Rayos) tiene su propio encanto, sus cualidades especiales. Cada raza, cada religión, cada cultura, da al alma un baño de cierto tipo de influencia necesario para hacer brotar su redondez completa. Cada época de la vida tiene su propósito. En cualquier esquema de vida científicamente preparado, cada parte recibirá debida consideración, la ayuda que necesita, la oportunidad para dar su calidad especial.

Una recta relación debe permitir que cada diferencia alcance su brillo apropiado. En un orden relativo, el mejor lugar para cada individuo es aquel en que puede rendir su máxima utilidad y significado, así como cada nota en una composición musical está colocada donde produce el mejor efecto en relación con otras. La relación más efectiva, donde todas las longitudes y ángulos son diferentes, es aquella que puede indicarse por una línea curva de perfecta belleza. En la antigua India la sociedad se basaba en la aceptación de las diferencias naturales, y buscaba el funcionamiento ideal de cada parte lo mismo que del conjunto, lo cual requería la comprensión interna del lugar y de las funciones de uno mismo, así como de las leyes externas que las determinan. Todo esto estaba comprendido en la palabra Dharma, que también se traduce como moral. El objeto de la relación era el servicio, conducente al progreso; partiendo de las limitaciones creadas por acciones pasadas, se avanzaba hacia una esfera de deberes más elevados y de responsabilidades mayores, donde se reconocía que los deberes y los derechos tienen su lugar en toda relación.

La ley de la relación, lo mismo que la ley del péndulo, tiende siempre a restaurar el equilibrio perturbado de la Naturaleza. Hay el impacto externo y la respuesta. La respuesta puede ser sabia y considerada; o puede ser, como sucede en la mayoría de los casos, el fruto de

una mente que reacciona automáticamente Puede ser opaca e insuficiente (Tamásica), o excitada y excesiva (Rajásica), o armoniosa, inteligente y completa (Sátvica). En este último caso, la acción tenderá a disipar la antigua reacción, y poner los platillos en equilibrio. Tal es la acción recta que resulta en una relación recta.

La Única relación recta es la de la fraternidad, porque todos somos copartícipes de una misma Vida. Nuestra fraternidad es con todas las formas de vida, inclusive los animales, los criminales y varias vidas invisibles. Nuestra relación actual con los animales es obviamente torcida. Inevitablemente habrá que resarcirla de alguna manera, pagando nuestra actual explotación de los animales y las crueldades que les infligimos. Sin duda que somos tiernos con nuestros animales favoritos, porque nuestro sentido de posesión ayuda a que sintamos afecto por ellos. En la antigua India, especialmente entre los Jainos y los Buddhistas, se tenía como un supremo ideal la indañabilidad o Ahimsa hacia todas las cosas vivientes, aunque ese ideal no es de fácil aplicación. Ahimsa parece una virtud negativa, pero toda negación de algo malo o falso libera automáticamente una realización positiva.

La unidad y la diferencia se suman en la fraternidad, que es una relación concreta y amplia. La fraternidad reconoce las diferencias, como en la familia, pero jamás olvida la unidad. Es en realidad una exteriorización de la unidad. La fraternidad es la clave para resolver todos nuestros problemas; es una relación pura, pues no hay en ella posesividad. La posesión es para la gratificación, y conduce al conflicto. Cualquier relación en que una parte utilice a la otra para su gratificación es esencialmente una relación falsa, que suele disfrazarse bajo una simulación de amor. Un amor así no es sino una afición nacida del goce. Esto no quiere decir que el goce sea malo por sí mismo. Puede ser puro, la experiencia de una armonía; o puede ser egoísta, un predicado que tiene siempre como sujeto simple el “yo”. El deseo de sensación es lo que hechiza al pensamiento, haciéndolo que considere lo falso como verdadero: somete a Manas a las modificaciones del principio astral, Kama Rupa. Esta ilusión se extiende por asociación a otras cosas, como vemos en el arte que se vale del atractivo sexual. La fraternidad excluye la idea de utilizar a otro con el propósito de obtener para uno un beneficio, o de explotar al otro; implica justicia, cooperación y libertad.

La relación justa, constructiva y feliz, es esencialmente una relación de libertad. Una relación así permite más al individuo ser él mismo en verdad; o por lo menos le ayuda a estar menos condicionado. Sólo puede haber comunión de corazones en un estado de armonía, de vibraciones sincronizadas y de inter-acción enriquecedora, sin ninguna posibilidad de discordia, de parasitismo o dominación. La relación del hombre liberado hacia todos los seres y cosas es una relación libre. El no se apegas; no incurre en deudas. Está libre de Karma, y su progreso es conforme a la ley del Espíritu, la ley del sacrificio gozoso, que es dar. Ha limpiado su consciencia de todo elemento del sub-consciente que se extiende como un acordeón hacia todo su pasado, sección por sección. No está condicionado ni encerrado en sí mismo. Ha libertado el presente del pasado. Es el verdadero yogui, que es un centro de vida palpitante, nunca más apagado o inerte. Vibra como un maravilloso timbal, y todas las cosas que le rodean vibran en consonancia con él. Es uno con todas ellas en los movimientos de su consciencia. Su relación es universal.

La profundidad en la relación pertenece al Ego inmortal, que es eternamente puro e inegoísta. Es el Ser sin-yo. Su relación con otros Egos semejantes es una relación puramente espiritual. Lo que es espiritual está siempre fuera del alcance de las manos estropeadoras del Tiempo. En este maravilloso universo en que vivimos y nos movemos, casi siempre incomprensivamente, lo único que es inmortal es lo que es digno de la inmortalidad. El verdadero hombre es inmortal, porque es el hombre espiritual y participa de las cualidades divinas del Espíritu. Su humanidad es un reflejo de su divinidad, y es inmarcesible porque se renueva sola. Es un joven perpetuo, porque lleva en sí una fuente de vida creadora.

El verdadero amor pertenece al Ego divino y es inmortal, porque el amor puro es la relación perfecta así como la más dinámica, desde el punto de mira de la visión interna. Y así, cualquier cumbre de afecto, de amor, o de cualquiera otra forma de exaltación espiritual, una vez tocada, se registra y se retiene para siempre. Ningún bien se pierde. Es un caso de “la eternidad que afirma el concepto de una hora”, o, más estrictamente, de un momento fugaz pero perfecto. Pues cada momento es un punto que se desvanece y que florece en eternidad cuando se le permite nacer y ocultarse sin que se adueñe de él el pasado o ese reflejo del pasado que es un futuro anticipado.

¿Qué podemos hacer desde donde estamos, para alcanzar ese estado? Tenemos que examinarnos a nosotros mismos constantemente para ver hasta dónde vamos rectos y en qué estamos torcidos; examinarnos en todas nuestras relaciones con personas y cosas. ¿Qué es lo recto en las relaciones? En relación con las cosas, no debe haber apropiación de lo que no pertenece rectamente a uno. En relación con los seres vivos, la base es no causar daño; y, además, evitar contactos promiscuos o que manchen, y ser veraces en la acción, y practicar el amor más elevado, más puro y en que más se sacrifique uno mismo.

Jamás podemos tener recta relación con otros hasta que nuestros pensamientos sobre ellos expresen esa relación. La relación depende de una actitud fundamental, y esa actitud es la principal determinante del pensamiento, y no el Incidente que provoque el pensamiento. La actitud es como una cuerda sonora; los pensamientos son sus vibraciones al ser tocada por los incidentes. Con toda persona y toda cosa hay una relación que conduce al verdadero progreso acorde con la Voluntad Divina. Debe incluir armonía, equilibrio, una reacción feliz que acreciente la mutua importancia; un acercamiento sensitivo, y el contacto de alma a alma que produce una chispa que prende fuego en cada alma. La recta relación es la incorporación de una Realidad que está fuera del tiempo, en una forma identificable. Existe en todos los planos - del pensamiento, del sentimiento y de la acción-. Estar perfectamente relacionado con todo, es ser perfecto.

CAPÍTULO VII

LA TEOSOFÍA, UNA SÍNTESIS COMPRENSIVA

La Teosofía, como lo indica la palabra, es la Sabiduría Divina; pero sólo podemos tener un concepto de esa Sabiduría de acuerdo con nuestras propias capacidades. Para nuestros propósitos, pues, podemos definirla como la Sabiduría declarada en todas las cosas; una Sabiduría que debe tener una relación con las cosas que observamos, con nuestra experiencia práctica.

En cualquier concepto que nos formemos de Dios como Realidad, o del hombre y el universo en relación con Dios, no podemos ir en contra de los hechos, o sea de nuestras experiencias, cualquiera que sea la explicación de esas experiencias. Entre esos hechos innegables se cuentan las observaciones de la Ciencia; pero no las deducciones de ellas, de las cuales hay muchas, ni tampoco las teorías, que cambian de cuando en cuando, y que deben seguir cambiando a medida que se despeja algo más de esa “X” que la Ciencia deja por fuera. Varias de esas incógnitas se han ido presentando ante la Ciencia en su progreso. Las deducciones y teorías deben juzgarse sobre sus propios méritos, y cada uno de nosotros debe sentirse libre para juzgarlas. Bien puede ser que ciertas teorías científicas concuerden con la opinión oculta en ciertos puntos, o que hasta se identifiquen esencialmente con esa opinión oculta, aunque se expresen en otros términos. La palabra “oculta” suena misteriosa, pero significa solamente “lo oculto”; y lo que está oculto a nuestra limitada visión y percepción en

la Naturaleza es inmensamente más que lo que está descubierto y patente en la superficie.

La Ciencia, en el sentido moderno, se basa en observaciones y ha crecido sobre ellas. Pero lo que se observa no es sino una apariencia, una forma. Detrás del frente o fachada de esa forma hay una serie de factores causativos. Y el intento de conocer algo de esos factores y de sus creaciones a diferentes niveles, es lo que da origen a lo que se llama Ocultismo.

Hay algo que trasciende a las formas que podemos observar en cualquier plano de materia; y ese algo pertenece a la naturaleza de la vida o consciencia, al lado subjetivo. El Ocultismo estudia tanto ese lado subjetivo como el objetivo. Cuando la vida o consciencia se manifiesta por medio de una forma, en cualquier clase de actividad observable, entonces la Ciencia puede tomar esas actividades y hablar de esa vida o consciencia en términos de esas actividades. Pero la visión científica está limitada por el hecho de que existen límites definidos para las facultades de observación física que el hombre ejerce. Sólo conocemos el mundo externo dentro de ciertos sectores definidos en una escala de vibraciones que se extiende por cada uno de sus extremos mucho más allá de nuestro actual alcance normal. Teóricamente, esta escala puede ser infinita. Puede existir en algún medio desconocido una onda que corresponda a cualquier longitud que podamos postular, hasta donde sabemos.

Si tal es el caso, ¿no es posible que lo que consideremos como experiencias subjetivas de una persona, por ejemplo sus sentimientos místicos o religiosos, tengan también un lado objetivo, pero que ese lado objetivo esté en un nivel más sutil o más elevado que el de las vibraciones que afectan nuestros sentidos normales?

La Ciencia construye desde abajo. El edificio Oculto incluye los cielos en expansión, la vida y la Tierra. Pero el fundamento de la estructura global debe consistir en datos objetivos; fundamento en el sentido no de un comienzo, sino de lo que es real para todos nosotros, es decir, los hechos objetivos. La estructura bien puede tener su origen en la cúspide, en el ápice del coronamiento de la cúpula central. En otras palabras, puede ser una estructura colgante de un punto en la cúspide, una estalactita muy notable. Esto nos parece absurdo. Es tan absurdo como la idea de que la gente al otro lado de este globo está colgando con la cabeza hacia abajo, y los pies hacia arriba. Arriba y abajo son términos relativos que deben entenderse como dentro y fuera, o como lo unificado y lo diferenciado.

Si en esta visión de un movimiento desde el centro hacia la circunferencia, introducimos el concepto de una disminución de espiritualidad y un aumento de materialidad, obtenemos la verdad como la ve el Ocultismo. Si lo que llamamos estructura es un movimiento desde arriba hacia abajo, sus extremos más bajos deben concordar con los datos, colocados como bolos en este nivel que nos parece pequeño. La Ciencia o Filosofía Oculta intenta transmitir los hechos, y explicar con la mayor precisión todo lo que existe, todo lo que podemos observar, todos los fenómenos, naturales y humanos.

El cimiento está correcto sólo cuando los datos están completos; entonces pueden levantarse los muros; es decir, podemos hacer una estructura de deducciones lógicas, hasta cierto punto y obtener alguna idea, si no de los diversos pisos de la casa del Padre (para usar un término Cristiano), y de su techo o la forma del techo, por lo menos sí un concepto unificado de la luz del techo. De esa manera obtenemos una idea diagramática y necesariamente esbozada del edificio, idea que puede no estar equivocada, hasta donde ello es posible. Cualquier declaración científica, suficientemente amplia para definir un campo completo de hechos, tiende a volverse abstracta -geométrica, ecuacional, etc.-, y falta de contenido vital, de experiencia y consciencia vivas.

La Sabiduría Divina debe incluir todo lo visible y lo invisible, todo lo perteneciente a la vida y a la forma, lo subjetivo y lo objetivo. Supongamos que conocemos todo esto, en cierto

grado; ¿formará ese conocimiento un todo completo, una síntesis? Sólo puede haber una síntesis en el campo del conocimiento si hay cierta coherencia o armonía en lo conocido, o sea en el Universo. Las cosas se mantienen unidas de cierta manera bajo la presión de fuerzas que actúan con forme a ciertas leyes. Podemos conocer esta condición, analizar sus partes. ¿Pero existe en el universo un principio causante de una armonía mayor, más profunda y más fundamental, que produzca una unión final de todas las partes, y las coloque dentro de cierto orden que pueda describirse como una síntesis fiel y completa, poseedora del más alto significado?

La Teosofía, que es una versión moderna de la Sabiduría Antigua con respecto a estas cosas, responde a esta pregunta en forma afirmativa. Einstein, antes de llegar a sus teorías, se movía bajo el sentimiento de que la Naturaleza debe ser un todo, y de que debe haber armonía y cierta uniformidad en sus operaciones. Esto era fe, y lo condujo a un punto de vista que produjo notables resultados. Sean sus opiniones susceptibles o no de radicales modificaciones, su fe la comparte plenamente el Teósofo. La explicación Teosófica tiene el mérito de observar todo cuanto ocurre, a la luz de principios que, partiendo del más elevado punto de auto-realización, y siendo deductivamente sólidos, exhiben la más elevada armonía y proveen un esquema que no excluye ningún hecho observado o experimentado. Estos principios constituyen un conjunto lógico y son una especie de átomo metafísico indeseintegrable. Mas es un átomo en el que cada uno de nosotros tiene que soplar el aliento de sus propias realizaciones conscientes, y entonces el átomo se ensanchará para formar un universo muy maravilloso.

Hay en el universo un principio de Unidad, que es la unidad de toda vida. Todo lo que está manifestado surge de cierta polaridad entre este principio de Unidad y el principio de Diferenciación, representado por la Materia en todos sus grados. Otros nombres de esta polaridad son Espíritu y Materia, los cuáles son inseparables en todos los niveles y en todas las formas. Es sólo la manifestación del Espíritu la que varía, en grado y en calidad o naturaleza. Y esta suposición fundamental es la que distingue a la Teosofía de todas las filosofías materiales y puramente empíricas. Debido a esta suposición, puede describirse la Teosofía como una filosofía espiritual.

Existe vida por doquiera, aunque en grados diferentes, hasta en lo que consideramos como materia muerta e inerte. La consciencia está inherente en la vida. En el hombre esa consciencia se ha desenvuelto en auto-consciencia, y por ello el hombre puede conocer ciertas verdades pertenecientes a su naturaleza psíquica y espiritual, verdades que son subjetivas para su consciencia física. Es decir, el hombre puede ahondar en su consciencia y descubrir la verdadera naturaleza de sí mismo.

La más importante de estas verdades es la de la unidad de todo cuanto existe. En la verdad de esta unidad, que es dinámica, reposa la posibilidad de una síntesis perfecta. Todas las cosas están evolucionando hacia un estado en que su alma, su verdadera naturaleza vital, se hará más manifiesta; un estado más perceptivo, más dúctil y capaz de auto-armonización. Cuando este proceso esté completo, todas las cosas habrán alcanzado su propio orden, un orden que producirá cooperación mutua y mayor solidaridad, sin que ninguna de las cosas sacrifique su propia calidad espiritual distintiva,

Al evolucionar cada cosa de este modo, se hace más capacitada y alcanza sus verdaderas relaciones con las demás, es decir, las mejores relaciones posibles. Nosotros podemos realizar esta posibilidad en el género humano. En un sentido especial, todos los hombres son uno. Dada la inteligencia necesaria y un espíritu de comprensión mutua, es posible que los individuos, grupos y naciones, diferentes como lo son, cooperen entre sí, con el efecto de enriquecer grandemente la vida de cada cual y de constituir un espléndido conjunto humano,

La Teosofía extiende este concepto al universo entero. El Universo está animado por la misma Vida, que es la Vida de Dios, aunque en el hombre está desenvuelta en grado más alto que en los reinos inferiores. Existe una unidad de Espíritu. Este Espíritu, reflejado en la materia, se manifiesta en múltiples aspectos. Cada aspecto es una individualidad distinta que en cada caso se manifiesta en cierta forma. Nada puede manifestarse sin una forma.

El Espíritu es trascendente y siempre intangible en todos los niveles objetivos. Despide rayos infinitos que constituyen el alma de cada forma, aunque una forma difiera de otra en capacidad y naturaleza. La manifestación de la individualidad, que es la naturaleza de la vida encerrada, no es estática sino progresiva. Esto es evolución, la cual, según la Ciencia, es una evolución de especies, y según la Teosofía es una evolución de formas, compañera del desenvolvimiento de la vida.

La vida inmanente es una y múltiple. Una, desde el punto de vista del Espíritu que es el centro; múltiple y diferente, desde el punto de vista de la Materia o expresión que representa la circunferencia.

La síntesis de que hablo no es meramente una síntesis en nuestro conocimiento que nos da una mejor comprensión, sino una síntesis en la Naturaleza misma. Si pensamos en la vida que está dentro de las cosas, hay la posibilidad no meramente de una síntesis que es una unión, sino hasta de una integración, la cual es más que unión e implica una unidad. Puesto que el Uno se ha vuelto muchos, los muchos pueden volver a convertirse en el Uno dentro de una consciencia realizada. Pero del lado de las individualidades, que son distintas, la síntesis debe significar armonía perfecta, productora de simpatía, cooperación y felicidad.

Siendo éste el punto de vista Teosófico, puede acoger todo cuanto haya de verdadero en cualquier filosofía o religión o ciencia. Estas, especialmente la Religión y la Ciencia, han parecido ser opuestas entre sí en el pasado, pero meramente representan diferentes ángulos de acercamiento. La Ciencia se acerca desde afuera a las cosas del universo y registra sus observaciones. Luego establece las relaciones en lo que ha observado. También propone teorías para explicar esos hechos, tales como la Teoría de la Relatividad. La Filosofía opera en el plano de la mente, tomando en cuenta todas las experiencias mentales; examina la validez de esas experiencias, extrae de ellas conclusiones, y trata de arreglar estas en cierto orden para iluminar los procesos naturales. La Religión se ocupa de ciertos tipos de esas experiencias, los más profundos, y formula teorías o ideas para explicarlos. Puesto que fuera de nuestras experiencias no existe nada sobre qué construir, y toda experiencia es terreno de estudio, en Teosofía estudiamos Ciencia, Filosofía y Religión.

Sabiduría es mucho más que conocimiento, el cual ordinariamente no es sino conocimiento de hechos y procesos. Nuestra sabiduría consiste en el uso que hacemos de esos hechos y procesos. La Sabiduría no consiste en mera ingeniosidad, ni siquiera de parte de Dios. No hay nada más maravilloso que la ingeniosidad de la Naturaleza. Mas todo, ¿con qué fin? Hay un hondo propósito en la Naturaleza, el cual es el auto-desenvolvimiento de todas las cosas, de la naturaleza oculta en ellas. En este desenvolvimiento hay Gozo, hay Creación, hay Belleza.

La Sabiduría de Dios está en Su naturaleza que se manifiesta a través del universo y es inseparable de él. Esa Sabiduría es la que ha producido las muchas formas con el impulso de la Vida Una. Las formas se hacen más y más significativas a medida que se cargan con el poder de la unidad. Más significado, más poder más individualidad, significa una integración más verdadera e íntima entre los elementos que componen esa forma. La Sabiduría final de Dios está en la síntesis que resulta de todas las formas en evolución: en cierto orden que alcanzan ellas, que es un orden perfecto.

Desde el punto de vista de esta Sabiduría, la construcción de todo el universo, su naturaleza, puede expresarse en términos extremadamente simples. Puesto que todo es lógico y procede en una ilación natural, todo es simple en el centro. Se complica en la circunferencia. En el principio, Espíritu y Materia, los dos polos manifestados de la única Realidad absoluta; toda vida es el juego del Espíritu sobre la Materia, o la interacción entre ellos. Imaginemos al Espíritu como el centro, y la materia física densa como la circunferencia. La Materia existe en grados diferentes de finura y sutileza, sobre los radios que conectan el centro con la circunferencia. Y así hay en este universo materia de diferentes grados y tipos, y hay formas de cada tipo de materia, constituyendo mundos diferentes. Todos estos mundos son, como si dijéramos, secciones relacionadas de un solo mundo.

La evolución es infinita, pues no hay límites para la potencialidad del Espíritu que está realizándose cada vez más en las formas. Cada ser humano individual y cada especie de vida, representa una manifestación progresiva del Espíritu, una manifestación que continúa aún después de la muerte del cuerpo físico, porque el Espíritu es inmortal. Deben existir en el universo, y los hay, Seres que habitan principalmente en los mundos sutiles, y en quienes ese desarrollo que está ocurriendo por doquiera, ha alcanzado un estado más alto; y quienes, por consiguiente, son semejantes a Dios en Poder, Sabiduría y Amor. El Hombre está destinado a crecer de manera semejante. Todo esto, aunque aparentemente teórico, se deduce en forma extremadamente lógica de premisas simples, responde a innumerables preguntas, y tiene mucho terreno racional en qué apoyarse.

Nuestro conocimiento de la Sabiduría Divina tiene por fuerza que ser parcial y limitado en extremo. Nuestro horizonte, desde cualquier altura de donde podamos dominarlo, tiene que ser un fragmento minúsculo de una esfera infinita. Sin embargo, la visión que logramos es amplia. Por lo menos tiene un contorno definido. Por lo menos tiene un contorno definido. A ese contorno se le ha dado el nombre de Teosofía y dentro de el podemos incluir cualquier conocimiento que nos venga. Pone todo nuestro saber dentro de cierto orden, dándonos una idea cada vez más llena del significado de los procesos en que nos vemos envueltos. Esta comprensión tiene que ser tanto de la vida como de la forma. Pues la vida es el agente sintetizador. Y el conocimiento de la vida puede venir solamente con la percepción de los demás, con una comprensión de ellos que sea sensitiva, simpática e imaginativa, y con cierta liberación de las ataduras a nuestro propio ser limitado y separado.

Es posible tener cierto conocimiento del todo, sin un conocimiento de las partes; tener algún conocimiento de la vida, sin mucho estudio de las formas. Pero se conoce más de lo que existe en la unidad cuando el conocimiento se despliega en acción, cuando se objetiviza en formas. La forma perfecta es aquella por medio de la cual se revela plenamente la naturaleza innata de una cosa. Hacia una forma así, perfecta en todo sentido, están moviéndose firmemente el hombre y todas las cosas de la naturaleza y del Universo.

CAPÍTULO VIII

IMAGINACIÓN Y REALIDAD

La imaginación es una facultad que sobrepasa los niveles de la observación y del razonamiento; es por excelencia la facultad que construye puentes en el mundo mental y aún en el físico. Es en realidad un poder Divino, pues crea en la mente cosas que luego pueden materializarse en una u otra forma. Observamos con los sentidos, si bien no es esta una actividad puramente sensoria puesto que la mente entra en toda observación. Cuando miramos una superficie, digamos las paredes de un edificio, y formamos una imagen o cuadro en tres

dimensiones, esa imagen está construida con los elementos de las impresiones que recibimos de esa superficie. Tenemos las impresiones de línea, color, altura, anchura, textura, etc., que se fotografían primero en nuestra visión y luego en nuestro cerebro; pero la perspectiva del con junto nos la da la mente. Así tenemos el uso de la imaginación en la observación misma de las cosas; de otra manera todo lo que obtendríamos no sería más que fragmentos in conexos de impresiones.

La imaginación no es idéntica en todos sus aspectos con la visualización. Esta última es más bien un enfoque adecuado; cuando lo gramos enfocar correctamente podemos producir una imagen perfectamente clara, como lo sabe todo fotógrafo. Pero la imaginación incluye la captación de ideas más elevadas y sutiles que parecen estar subyacentes o presidir invisiblemente sobre lo percibido en el primer plano, y la materialización de esas ideas. Es con la imaginación que penetramos más allá de la línea divisoria entre lo conocido y lo desconocido; no hasta el corazón de lo desconocido, o toda su inmensidad, pero si hasta su horizonte cercano donde las cosas existentes allí son apenas tenues sombras que sentimos a medias, pero que llegarán a revelársenos bajo la simple luz de la objetividad. Sentimos algo que parece manifestarse ante nuestra visión, asumiendo forma objetiva. Es con la imaginación que percibimos un trasfondo, y grados de diferencia que traen ante la vista nuevas figuras y contornos. La imaginación se requiere para percibir una analogía entre procesos situados distantemente y ver en ellos reflejos de una relación común invisible. También es con la imaginación que podemos captar en cualquier medida la naturaleza interna de una cosa, guiados por sus señales y manifestaciones externas.

Si consideremos el proceso del raciocinio, todo razonar, todo pensar es hacer explícitas las relaciones que están implícitas en las diversas cosas o hechos observados; pero es con la imaginación con la que construimos un edificio y armamos un todo de partes diferentes. La palabra misma “imaginación” implica la creación de imágenes. Todo pensamiento se mueve por medio de imágenes. Aún si pensamos en una abstracción, un símbolo matemático, por ejemplo, también asume una forma o figura en nuestras mentes. Así puede decirse que la imaginación es superior al raciocinio, porque crea y no meramente registra. Para que levante un edificio que se sostenga sobre el terreno de los hechos, tiene que marchar mano a mano con su hermana más prosaica: la mente lógica.

¿Qué sucede, exactamente, cuando imaginamos? Imaginamos con base en impresiones recibidas, concernientes a cosas que oímos, vemos, tocamos, olemos, gustamos y sentimos. Claro que estamos recibiendo constantemente nuevas impresiones. Pero cuando tratamos de crear, seleccionamos algunas experiencias y las elaboramos arreglando en otra forma los elementos de esas experiencias. El material no es nuevo, o sea original, pero lo que configuramos con ese material es nuevo.

Cuando hablamos de la imaginación como de un don especial, un atributo noble, pensamos naturalmente en la imaginación y las proezas de los genios. La imaginación es la que da alas a la mente. Hablando en verdad, creamos con la imaginación y la voluntad a la vez. Ellas son las dos facultades por cuyo medio son posibles las más grandes proezas en todo campo; son las gemelas celestes, como dos espléndidas curvas que se unen en una bella cúspide. En el campo de los descubrimientos científicos, en toda literatura grande e inspiradora en toda forma de arte creador, podemos ver la obra de la imaginación en un interminable despliegue de sombras y expresiones posibles.

Existe aquello que puede llamarse la imaginación científica, que siempre ha desempeñado un gran papel en el logro de nuevos descubrimientos e inventos. Ejemplo notorio, el inalámbrico y la radio. Antes del invento del inalámbrico por Marconi, hubiera sido sorprendente hablar de que hay en el espacio algo, ya sea éter u otro elemento, capaz de

conducir ondas en torno del globo, y que esas ondas podían transformarse y retransformarse en sonidos audibles a enormes distancias. ¿Cómo llegó Marconi al concepto de su invento? Tuvo que imaginar primero la posibilidad de viaje de ciertas ondas a través del espacio estando familiarizado con el fenómeno de las ondas; y luego la de que un tipo de ondas se transformara en otro, habiendo visto la similaridad entre los movimientos de unas y otras ondas. Juntó varios elementos de experiencias previas en un nuevo orden, de modo de producir un nuevo efecto. El inalámbrico fue posible como materialización de la forma construida por la imaginación de Marconi, claro que después de diversas pruebas e incidentes físicos.

La teoría de la relatividad, de Einstein, es un caso notorio de hipótesis imaginativa. Ciertas partes de ella no son aceptables sobre la base de un razonamiento con base en nuestra experiencia práctica, pues cuando habla de espacio curvo y de universo finito está adelantando proposiciones totalmente ajenas a nuestra experiencia. No obstante, su teoría ofrece el mejor método que la Ciencia ha encontrado hasta ahora para explicar y predecir fenómenos. Se sostiene porque ha respondido a las numerosas pruebas prácticas a que ha sido sometida.

La naturaleza de la imaginación debe estar de acuerdo, naturalmente, con la naturaleza de la persona que imagina. Por tanto hay muchas clases diferentes de imaginación. El lunático, por ejemplo, forma imágenes de cosas fantásticas de toda suerte, que son las creaciones de una imaginación desordenada y enfermiza. Un enamorado imagina, diríamos, o puede percibir, una gracia y belleza divina en el objeto de su amor. Debido a una sensibilidad agudizada ve lo que otros no pueden ver, y hasta algo que él mismo posiblemente no había visto antes o no verá después. Un poeta usa otro tipo más de imaginación atribuyendo a las cosas externas toda clase de sentimientos humanos y reacciones a menudo muy maravillosas.

Puede argüirse justificadamente que cualquier cosa que no hemos experimentado nos otros mismos, sino que sólo la hemos imaginado, es meramente una proyección de nosotros mismos; que con una mente condicionada proyectamos algo a lo cual le atribuimos una existencia independiente u objetiva. ¿Hasta qué punto es nuestra imaginación, pues, una creación real, y hasta qué punto es meramente una proyección de uno mismo?

¿Le es posible a un ciego congénito, por ejemplo, imaginar los gloriosos colores de un atardecer, por muy vivida y comprensiva mente que se le describan esos colores? El no puede interpretarlos sino en términos de tacto o quizá de fragancia, y por tanto todo el cuadro aparecerá ante él en términos extrañamente engañosos. Cuando se nos presenta o se nos describe algo completamente fuera del campo de nuestra experiencia, es casi imposible para nosotros visualizarlo como es. Por eso parecería imposible imaginar una fragancia enteramente nueva, una que hasta entonces no hubiéramos oído jamás. Claro que uno puede imaginarse porciones de varias fragancias conocidas entremezcladas, pero eso no sería una nueva fragancia, hasta entonces desconocida, que la Naturaleza pueda producir o que pueda ser elaborada sintéticamente por procesos químicos. Es obvio, pues, que la imaginación tiene sus limitaciones definidas.

Esa limitación es evidente con respecto a cualquier idea o cosa perteneciente a un plano más allá de nuestra visión normal o de aquel en que operan nuestros sentidos. Todo lo que pertenece al lado subjetivo de la Naturaleza, a distinción del objetivo, todo lo que se relaciona con la consciencia del hombre, pide el uso de la imaginación. Si queremos conocer la relación de lo visto con lo no visto; si deseamos tener siquiera un concepto fragmentario y parcial fuera del muy limitado campo en que se mueven los sentidos, tenemos que recurrir a la facultad de formar imágenes. ¿Cómo podríamos darnos siquiera leve cuenta de la índole o de los procesos de la consciencia de un mineral, de una planta, de un animal, o hasta de otro ser humano, excepto por medio de una comprensión simpática? Aún entonces, no podemos imaginar lo que otra persona piensa o siente, saliéndonos de lo que nosotros mismos hemos pensado o

experimentado, ya sea consciente o subconscientemente. Podemos seguir los movimientos de un animal y, por identificación en pensamiento con ese animal, imaginarnos nosotros mismos como haciendo esos movimientos, y así ver cómo es afectada nuestra consciencia por esta imaginación.

Supongamos que alguien trata de describir la naturaleza de una experiencia que ha tenido. ¿Cómo comprenderemos esa experiencia? Sólo podemos hacer uso de una imaginación basada en nuestra propia experiencia. Tal imaginación puede ser inexacta y fracasar en darnos una comprensión fiel de la experiencia de esa persona. Pero es la única facultad que tenemos para ese propósito, si bien al utilizarla podemos hacernos sensitivos a la descripción como una placa foto gráfica, tal como podemos en verdad hacerlo hacia cualquier objeto o persona presente ante nosotros, y de este modo reflejar en nosotros la experiencia relatada, o la persona o cosa, según el caso. Normalmente a ese intento se le describiría como un esfuerzo de la imaginación. Pero ahí la imagen es un espejo de lo que se presenta al conocimiento de la consciencia; ahí la imaginación es pasiva y no activa.

La imaginación no sólo tiene sus limitaciones sino también sus peligros definidos. Con respecto a lo oculto, a lo que está oculto en un estado puramente subjetivo, la imaginación puede fácilmente ser mero anhelo. En ese caso es una proyección de lo que ya está en nosotros como en un estado de ensueño. El ocultismo no significa cargar con un cúmulo de antojos favoritos. La imaginación puede ser volátil, errática, desquiciada y hasta enferma y mórbida. Vemos ejemplos tales en muchos tipos de personas sicopáticas, en locos que sufren de ilusiones torturantes de su propia inventiva. Hasta en la vida ordinaria, cuando el elemento personal entra en algún recuerdo, afecta las líneas y sombras de la impresión hecha por los acontecimientos mismos, cobra y exagera sus diferentes partes, y así tuerce y deforma todo el cuadro.

Necesitamos reconocer estos peligros y limitaciones a fin de realizar que nuestras ideas acerca de la naturaleza de la consciencia en los planos superiores y cualquier cosa que percibamos con esa consciencia, se exponen a ser sumamente parciales, aunque represen ten alguna verdad. Siempre sucede que la visión de una persona asume la forma de su acondicionamiento particular. En las experiencias religiosas, la forma y el colorido, se parados del contenido activo de tales experiencias, casi siempre provienen de elementos de la fe y de las leyendas que han moldeado el pensamiento del experimentador. Cuando hablamos de Dios, del Nirvana, del Atman, etc., no hay palabras que cubran estas realidades, ni aún siquiera la posibilidad de pensamientos justos acerca de ellas, y meramente estamos creando imágenes de acuerdo con nuestra naturaleza y capacidad.

El hombre, cuando piensa en Dios crea una imagen a semejanza de si mismo. El Dios de un salvaje, por ejemplo, está limitado por la imaginación del salvaje. Esas limitaciones se aplican a toda cosa que trascienda nuestra experiencia, ya sea Dios o la cuarta dimensión. ¿Cuántas personas pueden en verdad visualizar la cuarta dimensión en su consciencia cerebral, aunque puedan deducir su existencia por analogías? Sólo es posible alcanzar la verdad perteneciente a los niveles más finos del ser, a los planos superiores de la consciencia, cuando la mente se ha librado absolutamente de toda especie de acondicionamiento, de toda clase de prejuicios y predilecciones.

Al tratar de imaginar el estado llamado Nirvana, probablemente imaginamos un estado de bienaventuranza y paz, semejante a algo que hemos experimentado, y luego lo elevamos conceptualmente, por una serie de peldaños mentales, a una potencia mayor. Usamos las palabras como los símbolos en álgebra, y las elevamos hasta cierto punto. La substancia de nuestro pensamiento se basa en la experiencia pasada, pero se la envuelve en un número de palabras y símbolos para indicar los aspectos generales del concepto o quizá sólo la dirección

que el concepto representa. El Señor Buddha describió el Nirvana como ni Ser ni no-Ser. ¿Qué podemos sacar de esa declaración, conforme a nuestra experiencia? Así sucede con todas las cosas que están completamente más allá de nosotros. Se dice que cuando la gente le hablaba de estas cosas, El permanecía callado. Nosotros formulamos algo que, no es sino un mero rótulo o símbolo de la Realidad y nos contentamos con el símbolo.

Sin embargo tenemos que reconocer que no podemos abstenemos de la creación de imágenes en nuestros procesos mentales. Sería una forma muy rigurosa de Tapas (palabra sánscrita que significa un esfuerzo vehemente y consumidor) negarse uno todo pensamiento excepto la observación de lo que existe. No podemos abstenemos de prever los problemas de la vida práctica para vivir inteligentemente. Sería necio detener el proceso de apreciación imaginativa representado por la música, la literatura y la ciencia. ¿Por qué, entonces, sólo en lo referente a la comprensión del hombre y de la Naturaleza habríamos de rehusar el mirar más allá de lo inmediato, restringiendo así lo verdadero a lo inmediato? La imaginación nos eleva a superiores niveles de pensamiento y así nos inspira a vivir más fina, más noble y más bellamente. Es la imaginación la que ensancha la mente más allá de sus herméticos recintos, la saca de sus surcos, y la guía hacia aquellos lejanos horizontes donde nos da la bienvenida una luz muy diferente a esa luz opaca de la experiencia cotidiana.

Necesitamos imaginación, y necesitamos también salvaguardias contra esos peligros y excesos en los que nuestras experiencias pasadas, y nuestros gustos y aversiones, causan estragos en nuestro pensamiento. Lo que imaginamos debemos sostenerlo tan ligeramente como el científico avanzado sostiene hoy sus teorías, y, lo mismo que él, debemos estar listos a someterlas a toda prueba práctica. Sería bueno no estar demasiado ciertos ni presumir de conocer muy íntima mente verdades y estados del ser que están más allá de nuestro alcance. La intensidad de emoción y vivacidad puede ser para nosotros un índice de validez: pero la vivacidad no depende solamente de la verdad intrínseca de la experiencia sino también de nuestras reacciones personales, las que a su vez dependen de nuestros deseos conscientes e inconscientes, de nuestras aspiraciones y expectativas.

La objetividad es un requisito en el científico, y la necesita igualmente el ocultista científico. Pureza de vida; exactitud de observación; firmeza en el raciocinio y cuidadosa definición del pensamiento; precisión en el uso del lenguaje, y veracidad en todas las cosas, inclusive en la conducta; eliminación de todo parcialismo y prejuicio; dominio de si mismo en todo respecto; la impersonalidad o desapego que nace de la anchura y universalidad de simpatía; gracia y exactitud hasta en las acciones físicas; todas estas cosas las necesita el hombre que quiera percibir solamente lo Real con su imaginación libre. Tenemos que hacer de nosotros mismos un Stradivarius viviente, con perfecta resonancia y tono para la música del Espíritu.

En la antigua Escuela Pitagórica las matemáticas y la música constituían dos partes de una sola disciplina empleada para impartir verdades universales. La imaginación de lo Bello, por medio de la ciencia-arte de la música, se desarrollaba lado a lado con la rigurosa lógica de las matemáticas. Estas dos ciencias tienen leyes que gobiernan su desarrollo. Se ha dicho que un análisis del universo y de su construcción revelará un pensamiento matemático. Aún está por descubrirse cómo el sonido, o vibración, en formas rítmicas, melódicas y armoniosas, subyace en la evolución del universo. Pero el concepto de que el sonido o vibración es la base de la arquitectura universal, está implícito en el vocablo “Logos”. También en la Escuela de Pitágoras se hacía mucho énfasis en la vida sencilla, abstemia y bella. Era esencial que todo estudiante viviera una vida pura, sobria y controlada. Además habla de dedicarse al estudio de la Sabiduría Divina por amor a ella misma y no como un medio para un fin personal. Se le enseñaba a acercarse a la Sabiduría por medio de una mentalidad bellamente modelada por la práctica de las matemáticas y la música.

La Sabiduría Divina es Teosofía y si Dios usó la imaginación para crear, nosotros también estamos obligados a usarla, a fin de comprender Su Sabiduría. Tenemos que apelar a ella para comprender aquellas cosas que pertenecen al arte y poesía de la creación. En la Teosofía hay el intento de trazar un esquema, naturalmente muy fragmentario, del universo; pero ese esquema tenemos que llenarlo con nuestro pensamiento. Existen descripciones que nos dan una idea de lo que puede significar para nosotros la perfección, y que así nos permiten construir en una imagen de belleza el tipo de perfección que nosotros mismos podemos alcanzar individualmente. Tenemos que estirar nuestra consciencia para obtener una vislumbre de algunas de las glorias de esos mundos superiores, a los que todavía no tenemos accesos. Todo esto no puede ser malo mientras lo que busquemos no sea un fin personal, sino la Verdad, lo Bueno y lo Bello, aunque nos equivoquemos en seguir el medio dorado, el camino de perfecto equilibrio, libre, tanto de exceso como de defecto.

Podría preguntarse si hay algún valor en que alguien que haya experimentado cosas que están fuera de nuestro alcance, nos las describa. La respuesta debe ser afirmativa, si esas descripciones nos dan una visión del todo del cual nuestras experiencias son parte. Pues solamente a la luz del todo podemos percibir la importancia de la parte. El todo se nos revela “como en un espejo oscuramente”, a fin de permitirnos examinar la parte que tenemos al frente, en vez de dejarnos en el eclipse de una ignorancia total. Nuestra consciencia se mueve apenas en un pequeño arco del círculo completo, y la Teosofía nos revela la naturaleza de ese círculo, e ilumina un poco las extensiones del arco. Las impresiones que nos formamos de las cosas que están más allá de nuestro alcance cotidiano tienen que ser como bocetos, y sin embargo, si somos prudentes y cautos pueden representar una verdad en ese modo fragmentario. Pueden servir de base para un cuadro que continuaremos pintando por largo tiempo. Aún si esa base no nos da sino un sentido del inmenso valor del cuadro, tiene su lugar en el proceso de nuestra comprensión.

Más aún, una descripción de una verdad que todavía no hemos realizado, puede servir de guía a una imaginación que de otra manera vagaría en el yermo, y así ayudarnos a obtener una idea de la dirección que debemos seguir. Nuestra imaginación se ensancha, no meramente por el crecimiento de nuestra capacidad mental (de la capacidad de recordar experiencias pasadas y de saber un creciente número de cosas que pueden reordenarse de nuevas maneras), sino también por el crecimiento de la sensibilidad a todo lo que nos rodea en el mundo en que estamos. Estamos en un rinconcito de un ilimitado cosmos viviente, y apenas muy poco de ese rincón está en verdad abierto a nuestra experiencia actual. En cuanto al resto, que yace oculto en profundidades inconmensurables, podemos sentir vagamente ciertos aspectos de nuestro vecindario inmediato, pero son un fragmento infinitesimal de lo que es posible sentir aún con relación a ellos. De manera similar, las ideas que tenemos acerca de la naturaleza de las cosas en su interminable diversidad, no son sino polvo precioso de un infinito almacén.

Si comparamos la sensibilidad de un salvaje con la de un hombre culto, la diferencia es mucho mayor de lo que podríamos imaginar. Esa diferencia es cuestión de crecimiento que no puede lograrse en el decurso de una sola vida; un crecimiento en riqueza de ideas y sentimientos con relación a toda clase de cosas. Hay un continuo crecimiento de sensibilidad en el proceso de la evolución, que podemos acelerar muchísimo, aumentando así el caudal de nuevas experiencias, tanto en volumen como en variedad. Cada individuo va desenrollando, como si dijéramos, desde su porción subjetiva, una cinta cada vez más sensitiva, sobre la cual se registran todas las cosas externas en forma de percepciones y sensaciones. A medida que más y más de esta cinta va descendiendo dentro de la consciencia física, hay una nueva y cada vez mayor capacidad para registrar las vibraciones que vienen del mundo externo y una interpretación de esas vibraciones en formas de nuevas experiencias subjetivas.

Hay otra razón para que una descripción de lo que hay del otro lado pueda ser de valía

para nuestra limitada consciencia física. Lo que conocemos con las partes más sutiles de nosotros -y conocemos algo con ellas- puede, por un tirón magnético desde este lado, por la creación de una gravitación, superar los obstáculos para que ese conocimiento llegue á la consciencia física. Cuando aquí abajo llegamos a una verdad que toca la consciencia espiritual, ello no es sino el recuerdo o reconocimiento de una verdad que hemos conocido en otra parte y más de cerca.

Todos los intentos por imaginar cosas que están más allá de nuestra experiencia actual, es obvio que desarrollan nuestra capacidad para saber. Nuestros sentimientos, nuestras experiencias y nuestras impresiones, todo modo de percibir, y la manera como el mundo externo nos afecta, todo esto crece continuamente, y al reunir así más y mejor material, nuestras ideas e ideales crecen a la par en belleza y en veracidad.

¿En dónde encontramos el material para cualquier concepto ideal? En nuestra experiencia, desde luego. Tomemos como ejemplo las figuras geométricas, un punto y una línea recta. No existe en ninguna parte un punto sin longitud, anchura, altura o profundidad; ni existe en verdad una línea recta. Estos son simplemente conceptos ideales, basados en la línea y el punto que conocemos. Son cosas crudas que conocemos, pero de ellas abstraemos la cualidad de la línea y del punto, y luego refinamos el concepto hasta el grado máximo posible. Por medio de la imaginación trazamos, aunque vagamente, un límite en alguna parte, y a eso lo llamamos el punto geométrico y la línea recta geométrica. Tales conceptos ideales son la base de las matemáticas, que han demostrado su valor en todos los desarrollos de la Ciencia moderna, en sus inventos y en los milagros que ha realizado. La Ciencia se apoya totalmente en hechos matemáticos.

En el Ocultismo, que es un conocimiento del Universo, que abarca la naturaleza de la vida y de la consciencia lo mismo que la de la materia, nos ocupamos no sólo de medidas y cantidades sino también de estados y cualidades. Pero como algunas de estas cualidades se manifiestan por grados, también subimos por peldaños en nuestra imaginación hasta el límite con el cual identificamos cierto estado definido.

Lo ideal es siempre una creación de la imaginación. Al principio hay que crearlo del material existente, reunido por la parte más elevada y sensitiva de nuestra Inteligencia. Con este material se construye un ideal cuya contemplación es atractiva. Gradualmente el ideal crece en belleza y poder a medida que el material con que está construido se hace más rico, más delicado y de mejor calidad. Cuando pensamos en un Hombre Perfecto -ya sea el Cristo o cualquier otro Gran Ser- la imagen que formamos es más bella, más digna y serena e inspiradora, a medida que somos capaces de realizar en nosotros mismos más de esas cualidades.

Así como las matemáticas se basan en conceptos últimos y limitadores, también necesitamos conceptos de moralidad para formar el cimiento para construir un sistema ético perfecto. Nuestros ideales de Belleza, Virtud y Bondad son el cimiento de cualquier moralidad genuina (no meramente convencional) que poseamos. La Bondad pertenece a la esencia de la Moral; la Belleza, a la esencia del arte; y sobre tales conceptos ideales de Bondad y Belleza basamos nuestro conocimiento del verdadero arte y de la verdadera moralidad. Cuando creamos un ideal y lo investimos de las cualidades más elevadas que hemos sentido o experimentado en la parte más sensitiva de nuestra consciencia, estamos en realidad reconociendo su valor y haciéndonos más sensibles a ellas. Al contemplar ideales de pureza, serenidad, belleza, virtud, bondad, etc., y fijar toda nuestra atención en ellos, experimentamos más plenamente la naturaleza de esas cualidades.

Huelga decir que cualquier concepto sobre una realidad abstracta tal como la de nuestro propio ser superior está inmensamente coloreado por la índole de nuestra propia Imaginación, y

por tanto de nuestra propia índole. No es posible que tengamos un concepto del Ego espiritual distinto a nuestro concepto de sus cualidades. Cuando pensamos en ese Ego, tenemos que pensar no en una forma, un rasgo, una peculiaridad sino en las cualidades que deben pertenecer a la naturaleza y consciencia del Ego. Al Ser superior sólo puede “sentirsele”, si es el Ser espiritual; y cualquier imaginación desprovista de ese “sentimiento” no puede darnos la realidad de él. Un hombre que no haya sentido algo de la cualidad de la belleza no será capaz de tener ninguna idea de la belleza. Un hombre que en toda su vida no haya sentido ni una partícula de simpatía o bondad hacia alguien, no será capaz de formarse una idea de esas cualidades si le habláramos sobre ellas. De ahí que para que nuestras ideas de las cosas correspondan en algún grado con la realidad, deben tener un poco de la cualidad de esa realidad, y ese poco debe ser cuestión de experiencia. Así pues la efectividad, poder y valor de nuestra imaginación dependen de la cualidad que somos capaces de impartirle a cualquier acto de imaginación.

Cuando se trata de un concepto sobre el Ser más elevado -la Mónada- es sólo por medio del máximo refinamiento de la imaginación que podemos esperar alcanzar siquiera la más vaga, idea de las cualidades que pertenecen a él. La Mónada es indivisible y primaria, así como la línea recta o el punto son algo primario que no puede refinarse o idealizarse más. No podemos ir más allá de esa sencillez y absolutividad que es la Mónada; pero podemos tener alguna tenue y distante idea de ella cuando somos suficientemente puros para reflejarla en nosotros mismos, porque ella es una parte de nosotros: nosotros mismos en la más profunda realidad. Podemos por lo menos enviar los rayos de nuestra inteligencia y de nuestra imaginación en la dirección en que ella existe, por oscura que sea. Si no podemos tocar la realidad misma si podemos, con la saeta de nuestra imaginación, trazar una marca que indica la dirección de ese punto supremo.

La imaginación debiera operar menos sobre la base de experiencias pretéritas, y guiarse más por otra facultad con la cual debiera aliarse en el proceso de abstraer las cualidades o la esencia con que creamos nuestros conceptos ideales. Miramos un cuadro, lo analizamos en todas sus partes, y sentimos y decimos que es bello. Pero, ¿con qué hemos percibido la belleza? Esa valuación no se basa en alguna clase de raciocinio, sino que viene de algo más sutil que la mente, de una fuente más elevada y oculta. Cuando miramos o tocamos un objeto, obtenemos cierta sensación muy diferente de la sensación o magnetismo perteneciente a cualquier otro objeto. La cosa no puede en realidad sentirse con una imaginación que sólo puede trabajar a base de experiencias pasadas, ni puede sentirse con la razón, ni ser observada con cualquier otra facultad de la mente. La cualidad, naturaleza, vida o esencia de una cosa -ya sea un metal, un árbol, un trozo de madera, un cuadro, un animal, un ser humano- solamente puede sentirse subjetivamente con aquella facultad superior, a la que sólo podemos llamar Intuición, una forma de conocimiento directo.

Hablé de tratar de imaginar una fragancia enteramente nueva. ¿Cómo puede ser posible, igualmente, imaginar una melodía enteramente nueva, no una modificación o semblanza de otras melodías conocidas, sino algo que produzca un efecto enteramente nuevo? Es posible mediante la facultad de la Intuición o Buddhi, crear cosas que son enteramente nuevas: pues cuando se desarrolla la facultad, crea centros en la consciencia de donde emergen ideas que son nuevas y veraces, y porque son veraces son también bellas. La intuición juega realmente un papel en las estimaciones de nuestra consciencia, mucho mayor de lo que generalmente se supone. Es una facultad que aún no hemos desarrollado, y por tanto tenemos poca idea de todo su alcance y posibilidades estando todavía apenas en la etapa del desarrollo mental. Pero aún ahora, y más de lo que nos damos cuenta, se infiltran en la mente ideas de la consciencia intuicional o Búdhdhica.

Se ha dicho que la naturaleza del Ser es conocimiento. Ser, conocer y gozar son los tres

aspectos del Espíritu o Ser Divino, de acuerdo con la filosofía India. Esa facultad que llamamos Buddhi es conocimiento en su naturaleza misma, de modo que toda actividad suya expresa una verdad oculta. Lo que ella capta es la esencia, lo “aquello” de las cosas, y no meramente lo que ellas parecen ser. Cuando la mente está perfectamente sosegada y cesa de hacer imágenes que no son sino prejuicios, deformaciones o preconceptos, cuando se ha convertido en un espejo perfecto ni convexo ni cóncavo, es capaz de reflejar esa verdad que es la naturaleza misma del Espíritu. Podrá crear, moverse y funcionar a la luz de esa verdad.

Podemos entrenar nuestra consciencia hasta ese punto en que todo movimiento, toda simple construcción suya, sea un ejemplo de Belleza; y la Belleza perfecta es siempre una revelación de la Verdad. Así como cada curva en el espacio sigue una ley o ecuación matemática, así también todo movimiento de belleza incorpora una ley que es la fórmula y el carácter de su ser. La Belleza consiste en su fidelidad a la ley. De ahí que antes de que nuestra imaginación pueda moverse espontáneamente por caminos de Verdad y Belleza, tiene que ser una imaginación que se mueva de acuerdo con una ley no impuesta desde fuera, sino inherente en ella misma; no ha de ser una imaginación operada por acondicionamiento previo, sino una imaginación que sea ley de si misma, en el sentido de que en su naturaleza misma esté operando una ley secreta, que es la Sabiduría de Dios

Cuando no hay deformación ni falsedad en la naturaleza de una persona, entonces con seguridad no puede haber falsedad en su imaginación, y lo que ella conciba será por su propio impulso libre. Cualquier cosa sujeta a compulsión se corrompe y ya no es pura. Por tanto, una naturaleza pura tiene que ser una naturaleza inherentemente libre, es decir, incondicionada; entonces toda modalidad de funcionamiento de esa naturaleza ha de resultar en una expresión de la Verdad.

Lo que podemos hacer con la imaginación depende mucho de su adiestramiento. Nuestras instituciones educacionales necesitan incluir en sus *pénsums* el entrenamiento científico de la imaginación del niño, sin darle ningún sesgo, excepto en dirección hacia la Verdad y la Belleza. Hasta ahora el desarrollo y adiestramiento de la imaginación no se ha considerado como un arte educacional, excepto quizá entre artistas. Parte del entrenamiento que necesitamos es el de libertarnos de toda clase de deformaciones que hemos aceptado como parte de nuestro ser normal. Somos incapaces de pensar recta y fielmente, pues, como se ha dicho, la mente es el matador de lo Real”. Mas es posible controlar de tal modo el funcionamiento de la mente que se la convierta en un espejo cada vez más claro, que refleje cuanto de la Verdad nos sea posible en nuestro actual estado de desarrollo.

Lo que podamos hacer con la imaginación depende de la pureza de nuestra vida y de nuestros motivos; de lo ‘veraces, bellos y sensibles que seamos. ¿Es nuestra imaginación la de una mente terrenal, teñida por el deseo? En tal caso sólo reflejará nuestra relación con la tierra. No es suficiente imaginar simplemente; tiene que ser recta imaginación. El primer paso en el Noble Octuple Sendero es la recta imaginación, lo mismo que el recto pensar y la recta resolución, y tenemos que afirmarnos en esa rectitud si queremos que nuestra imaginación provenga de la mente celestial, una emanación de Atma-Buddhi, que puede escudriñar todas las cosas con su pura luz interior.

La imaginación debe convertirse en una facultad cuyos rayos puedan proyectarse hacia el cielo, hasta el arquetipo y las maravillas de la Mente Divina. Debe ser como el moderno radar, un rayo que pueda recorrer el espacio para descubrir esas formas ocultas que están envueltas en las tinieblas, que rodean lo que actualmente llamamos nuestra visión. Algún día seremos capaces de proyectar los rayos de la Verdad que llevamos dentro, y para la cual nada es impenetrable, de tal modo que conoceremos la naturaleza de cada cosa como es. En la consciencia del Atman, al convertirnos en canales de su influencia aún aquí abajo, podremos

ver todas las cosas bajo una luz que revela sus riquezas ocultas. Todas las cosas del universo nos revelarán entonces su significado, y podremos conocer ese significado y regocijarnos en él.

CAPÍTULO IX

LA FORMA PURA

Toda idea, inclusive toda emoción, que brota dentro de nosotros, busca una expresión natural, porque tiene en sí, en algún grado, el impulso vital sobre el que ha escrito el científico y filósofo Bergson. Representa un impulso vital, y la vida crea en todo plano su propio instrumento para transformar su potencialidad inherente: su propia forma que exprese lo que contiene. Cuando ninguna otra fuerza extraña desvía de su curso las fuerzas empeñadas en esta expresión, la idea encuentra su recta incorporación. La expresión puede ser en el nivel mental, en el emocional, o en el físico, en palabras o en gestos. Dentro de estos últimos pueden clasificarse los movimientos de la danza, porque cada movimiento es expresivo, ya sea un movimiento estudiado o un movimiento espontáneo, si tiene ritmo, si fluye en una figura especial y da una impresión total o integral. Toda persona desarrolla gestos y posturas, inconscientes en su mayoría, como podemos observarlo en la vida corriente, debido a esa acción natural dentro de la persona.

Cuando la idea es bella en el verdadero sentido, es decir de acuerdo con una norma verdadera (aunque en esta cuestión no se pueden trazar normas), la expresión o gesto será también bello. Pero cualquier fuerza extraña a la expresión de la idea, como la que se introduce cuando la persona es ego-consciente, inmediatamente rompe o perturba el flujo de esas fuerzas de la idea, que si se dejaran solas crearían la forma adecuada, la forma que una idea toma por su propia iniciativa cuando desciende al nivel físico, ya sea en palabras, en movimientos, o en alguna obra de arte, se asemeja a la acción de un instinto. La idea, que cuando es bella tiene a la par los aspectos de pensamiento y sentimiento, creará una forma adecuada y fiel si esa forma resulta de la fuerza creadora de la idea, o sea si a la idea se la deja crear su forma propia, su propia incorporación, a la manera como un instinto natural encuentra su propio camino, sus propios medios para cumplirse.

Asociamos cualquier clase de pauta con una mente, y por tanto podemos preguntar: ¿Hay una mente operando en los procesos de la vida, velada en el instinto, si bien no es la mente de la entidad que demuestra ese instinto? En todo proceso de la vida está la Mente Divina o Universal: la mente de un matemático puro aplicada a la construcción del universo fenomenal, construcción que es continua o de momento a momento.

Es la vida la que crea, como enseñaron los Upanishads hace largo tiempo; y el mejor efecto es un efecto natural, porque es integral; y este se produce cuando la idea pura está libre para trazar su propio camino hacia la forma de manifestarse. Como podemos ver en el plano físico en la estructura del cerebro físico, del ojo o del oído, la construcción es perfecta cuando se deja libre a la Naturaleza, la cual no ha agotado todavía su inventiva sino que está todavía en el proceso de sacar a luz un inagotable almacén.

El individuo que aspira a dar expresión a una idea desempeña mejor su papel cuando está pasivo a ella, en el sentido de estar puramente sensitivo a ella, sin introducir ningún elemento positivo o personal, ajeno a esa idea; así se convierte en un canal para la auto-creación, mediante la cual, la idea se vierte en su forma apropiada. Esto implica que debe estar, abierto y limpio el terreno para que la idea fluya en los detalles de su expresión. Dicho en otras palabras, deben estar fácilmente disponibles el material que busca expresarse, los enlaces y asociaciones necesarios en los medios de usar el material, y la necesaria plasticidad o técnica.

Los instintos son fijos y repetidores, aún los bellos y maravillosos. Pero el hombre se ha elevado a un nivel donde la expresión instintiva tiene que combinarse con la variación y la originalidad. Tiene en si un poder, por ahora latente, excepto en raros casos, para crear centros de acción instintiva en su propia consciencia; es decir, para dar a luz ideas, cada una de las cuales puede florecer en niveles inferiores en formas de belleza y maravilloso efecto; efecto y belleza no creados por la mente del individuo, sino pertenecientes a la idea misma. La obra creadora de todo maestro en arte, cuando podemos rastrear su génesis, se verá que consiste en que concibe la idea en un momento de inspiración y luego sigue la corriente natural de su desarrollo, representando esa corriente en el medio que emplea sea cual sea. Esta es acción pura en un plano de consciencia al que no obtienen entrada las influencias perturbadoras provenientes del juego de la mente y de la materia a través del medio de la sensación. Es acción desde su propio centro, de una consciencia integral que no ha sido dividida por el apego a elementos de la personalidad que implican atracciones y repulsiones.

Como idea y forma están relacionadas naturalmente, la forma debe seguir la idea. Si la forma es idealmente bella, la idea que es su ente subjetivo debe tener una verdad poseedora de un valor singular, como criatura que es de la Realidad, del Ser que es perfecto, diferente al Devenir que es evolución. La frase “idealmente bello” se usa para diferenciar entre la cualidad verdadera, y lo que puede considerarse como bello, lo cual varía según los individuos. Por la misma razón, la expresión “forma pura” usada en el título de este capítulo es preferible a la frase “forma bella”; porque el concepto de Pureza no deja la latitud de comprensión e interpretación que se encuentra en el de Belleza. Nada es ideal o verdaderamente bello que no sea puro, en el sentido estricto de la palabra.

Verdad en la idea, y Belleza en la forma son los correlativos internos y externos. Cada uno da testimonio del otro. Son los dos aspectos, subjetivo y objetivo, de la misma manifestación global.

Es profundamente interesante anotar que Platón, en su visión de las Ideas llamó a las Ideas “Formas”, mostrando así que puesto que cada idea, por subjetiva que sea, tiene una individualidad, esa individualidad es la forma en el plano de ideación; aún en ese plano nos encontramos ya en el mundo de las formas.

En cualquier intento de crear lo idealmente bello aquí abajo en el nivel físico, se tiene buen éxito en la medida en que la forma refleje el ideal. La visión y la intuición del contemplador es guiada de la forma a la idea, por sutil, distante e indefinible que sea; y de esta guía no se necesita que sea consciente el creador de la forma, ocupado solamente en su creación. La guía es por canales subconscientes, por sugestión, delicada e imperceptible. La idea que está representada en la bella forma de un gesto, postura o movimiento, cómo en la Bharata Natya, la danza clásica del Sur de India, o como en el ballet Occidental, el cual busca líneas y formas idealmente bellas y por tanto ha alcanzado una gracia pura y clásica incomparable con cualquier otro tipo de danza occidental, no es necesariamente el sentimiento o acción o cosa que se expresa en las palabras o leyenda que acompañan la danza. Las palabras pueden cambiarse enteramente u omitirse, pero las formas tienen su propio valor intrínseco, y sugerirán diferentes cosas a mentes diferentes: desde el punto de vista de la idea que está tras de la forma, estas sugestiones a las mentes individuales son diferentes acercamientos a la idea que, puesto que es abstracta, es sutil como una verdad matemática, capaz de simbolizar diferentes hechos fenomenales.

La creación de belleza ideal en una forma, ya sea de pensamiento, de palabras música, escultura, pintura, arquitectura o danza, tiene este efecto: toca, en quienes la contemplan o la escuchan, aquellos centros de consciencia que son receptivos a la idea reflejada en la forma, y así ayuda a la consciencia a ser activa en un plano más cercano a la Realidad, al que

normalmente no alcanza, y del cual desafortunadamente se ha excluido ella misma.

CAPÍTULO X

EL SER SUPREMO

En toda época ha habido hombres cuyas mentes se han dedicado a especular sobre el origen y fin de las cosas, la unidad fundamental de la Naturaleza, la substancia original de donde todo ha surgido, la fuente de toda la energía que se exhibe en innumerables formas en los fenómenos de la Naturaleza.

Una persona habla del Fuego como origen de todos como el Dios principal, la sustancia subyacente de las cosas; otra habla del Agua, el gran abismo, como matriz y cuna a la vez de la Naturaleza. Otros hacen referencias similares al Éter, al Aire y a la Tierra. Los modernos eruditos se desconciertan con estos términos, que para los antiguos filósofos no tenían el sentido literal que ordinariamente les asignamos sino cierto sentido técnico y amplio. Cuando diferentes filósofos presentan y alaban estos diferentes símbolos como el principio más importante para el universo, como por ejemplo en los antiguos himnos Indos están acercándose, cada uno a su propia manera, a las mismas verdades centrales.

Entre los diversos términos empleados por los antiguos filósofos de Occidente, tanto anteriores como posteriores a Platón, hay uno que en la literatura Teosófica moderna ha alcanzado gran profundidad de significado e importancia, en contraste con las débiles e inciertas interpretaciones de los eruditos modernos, y es la palabra “Logos”. Este término ha sido interpretado de diversas maneras en los contextos de las antiguas escrituras, como la Fuente de vida e inteligencia; la Ley de los procesos mundiales; el Mediador entre Dios y el mundo; la Razón Divina; el Unitario Principio Cósmico, etc. Todo esto aturde en extremo a una persona que no haya sido ayudada a captar el espléndido Todo, del que tales descripciones son facetas diferentes, ya sea por medio de una enseñanza tal como la que tenemos en la Teosofía moderna, moderna en su forma, pero en esencia también la más antigua Sabiduría, o por algún instructor que sepa la verdad acerca de estas cuestiones.

Cuando se comprende la verdad, cada una de estas ideas del pasado entra a ocupar su lugar propio, y quedamos en situación de adquirir un concepto más cabal sobre ellas sintetizando todo cuanto tienen de verdadero. Todas las ideas que resumimos bajo el título de Teosofía están estrictamente relacionadas entre sí, formando un conjunto racional, de modo que al considerarlas podemos dejar que la razón, y no la fe ciega, sea nuestro guía. Tenemos, sin embargo que aceptar ciertas verdades temporalmente como hipótesis, debido a su naturaleza misma y a nuestra limitada comprensión.

La razón implica el establecimiento de relaciones, y todo lo que podemos conocer debe estar relacionado con nosotros en alguna manera. Pero lo que hay por conocer no es lo mismo que lo que conocemos ahora. Sabemos muy poco aún acerca de nosotros mismos. Más cuando hemos seguido en cierto grado el consejo “Conócete a ti mismo”, ese conocimiento debe llevarnos por medio de relaciones existentes, a todo otro conocimiento. Con la ayuda de la Razón Divina que llevamos dentro -y que es mucho más que la razón que utilizamos- podemos entender lo que esa Razón ha creado, o más bien el reflejo de esa Razón en el universo tal como lo encontramos. Cuando llegamos a un Absoluto tan falto de relación con todo lo que conocemos que no podemos derivarlo de ninguna manera de las premisas que conocemos, entonces es cuando necesitamos hacer un verdadero acto de fe. Aún entonces, si aceptamos el Absoluto es porque esa verdad atiende a una necesidad de nuestro pensamiento, y es sugerida por procesos lógicos que nuestra experiencia encuentra válidos.

El Fuego y el Agua simbolizan primero que todo -aunque tenían otros significados también- la energía del Purusha o Espíritu universal, y la receptividad de la Materia-Raíz o Mulaprakriti respectivamente. El Agua fue desde antaño un símbolo adecuado de la Materia, debido a su divisibilidad y tendencia a cambiar. El ingreso del Fuego divino en ese estado de Materia, considerado igualmente divino, causa todas las modificaciones en el universo tal como lo conocemos. Según Heráclito, a quien se tiene por originador de la idea del Fuego, todas las cosas están en flujo; declaración ésta que encuentra pleno apoyo en los fenómenos evolutivos y en los análisis de la Ciencia. Esta transformación universal, a que hace referencia también el Buddhismo bajo la verdad de la Impermanencia es el resultado de la operación de la Energía única, la cual asume diversas formas en el proceso universal, entrando en diversos estados o combinaciones de materia. El Teósofo puede penetrar plenamente en la interioridad de la declaración de que el Fuego es el más puro de todos los elementos y es la raíz de todos los fenómenos.

La energía que se describe como Fuego baja del nivel espiritual, y siguiendo un camino descendente, entra primero en los niveles psíquicos, también simbolizados por el Agua, y luego en la Tierra de densa materialidad. Más tarde reasciende de la Tierra al Agua, y otra vez al estado original de Fuego puro. Esto de acuerdo con la visión cíclica de la manifestación que comienza arriba. El ascenso sigue al descenso en el ciclo de la existencia terrenal del hombre, lo mismo que en el ciclo de la manifestación cósmica.

La palabra “fuego” se ha usado para indicar cierta intensidad de la acción divina, pero la acción puede ser constructiva o destructiva. La Energía una, que es la Shakti de Shiva en la cosmología Inda, bajo ciertas condiciones construye o regenera, y bajo otras destruye. Hay Fuego en toda planta y árbol, pues en todo proceso de crecimiento hay fuerzas trabajando intensamente para producir la forma del momento siguiente.

La idea del Fuego como símbolo de la Deidad y como un Principio omnipresente en la Naturaleza, se encuentra en el Zoroastrismo. El primer Zoroastro habló del Logos como Fuego. Estos antiguos símbolos no se han usado arbitrariamente, sino que tienen un significado profundo, y quien investigue la naturaleza de los símbolos podrá descubrir algo de la naturaleza de las cosas simbolizadas. Así, cuando se habla del Fuego, significa que hay una cualidad ígnea, irresistible, en la causa del cambio o transformación que tiene lugar a todo momento. El Fuego, que incluye también el fuego eléctrico, todo lo consume excepto a sí mismo. Seca las aguas (aunque no la fuente de las aguas, que es eterna), cuando llega el momento de que un universo particular termine.

La manifestación, por venir de adentro, es evidentemente resultado de una voluntad de manifestarse, para la cual se ha usado también la palabra “deseo”, como indicativa quizá de un movimiento descendente. Sin embargo, no es una voluntad ciega, sino una voluntad que equivale a una Inteligencia perfecta. Las fuerzas que emanan de esa voluntad realizan las obras de esa Inteligencia en todas sus ramificaciones. Si estas fuerzas se totalizan como Energía, es la Energía de la Ideación cósmica, o como dice H. P. Blavatsky: pre-cósmica. Siendo periódica la Ideación cósmica, al surgir de la Mente Divina trae consigo el diluvio de ideas de la Mente Divina. En este modo de ver, la Mente -que naturalmente no es la mente que conocemos, sino su nómeno- está hasta detrás de la vida en el universo manifestado. Ese es el orden evidente para nuestra mente diferenciante. Pero son dos aspectos de una Realidad, contemporáneos y consubstanciales. La Existencia (Sat) es inseparable, en la filosofía Inda, de la consciencia o pensamiento (Chit) según sea el caso.

Ordinariamente consideramos la fuerza como mecánica, ciega y brutal; y pensamos que la inteligencia, la auto-determinación, la voluntad y el pensamiento, son algo totalmente diferentes a la fuerza. Así es como lo vemos en este mundo más inferior, donde la verdadera

naturaleza de las cosas está velada espesamente para nuestra visión; pero a medida que ascendemos del nivel denso a uno más sutil, hay una creciente unificación de diferentes procesos que parecería Imposible aquí abajo. Al adelantar hacia el origen de las cosas, que es una Fuente sempiterna, la fuerza y la inteligencia no son dos cosas separadas, sino que toman más y más sus características reciprocas. Es una evolución del todo inteligente, operada con fuerzas diferenciadas.

Cada fuerza obra como un instinto en la Naturaleza, de acuerdo con una oculta ley de acción, una oculta inteligencia que parece saber cómo ha de actuar, cuál es la meta por alcanzar, y cuáles son los medios por los cuales puede lograrse ese fin. Una Inteligencia, en su cualidad espiritual, no está sentada, como si dijéramos, incapaz de hacer otra cosa que buscar un agente que haga su voluntad. La Inteligencia y la Voluntad obrando de consumo, configuran los medios junto con el fin, y así dan nacimiento a la certeza de acción que no se desvía de los planes de esa Inteligencia. El poder de ser una causa eficiente, se mezcla con la Inteligencia Divina, universalmente presente en la Naturaleza. Pero una causa menor actúa siempre dentro de los límites señalados por una causa mayor. Hay una jerarquía de Inteligencia, y una jerarquía de causas.

Según los filósofos ya mencionados, todas las cosas suceden por medio del Logos, el Verbo, por cuyo medio se manifestó la Razón Divina o la Sabiduría Divina. El es la causa de las causas, el generador de Luz y Vida, según Filón, el filósofo alejandrino cita do por H. P. Blavatsky. Ahí está el concepto de la filosofía Hindú, de Brahmán en sus dos aspectos, con y sin cualidades. En este último aspecto se le considera como el Purusha Supremo, el Potente Hombre Universal. Pero en los conceptos mencionados antes, el Logos es una Ley o un Principio que rige y gobierna los procesos mundiales, y no una Persona; punto este que también refleja un pensamiento prominente en el Buddhismo. Si consideramos al Logos y al mundo como separados, el mundo está en un constante estado de devenir. Este devenir está sujeto a la Ley, la cual es la naturaleza del Logos, pero también está impelido y guiado misteriosamente por El desde dentro de todas las cosas abarcadas por los procesos mundiales. Su naturaleza, Su ley, opera a la vez dentro y fuera para cada ente y unidad individual.

Una de las ideas que encuentran muy difícil de comprender los modernos escritores sobre este tema, es la de que la materia y Dios son dos aspectos de una unidad mundial. Esa idea se encuentra en la Escuela de los Estoicos. Ellos enseñaron, como aparece en “Las Cartas de los Mahatmas a A.P. Sinnett”, que la materia y Dios, o cualquier otro término que se use para este último, no están separados, sino que son en realidad dos aspectos de una misma Realidad, si por Dios quiere entenderse el Logos que se manifiesta, no el Dios que es todo en todo. La manifestación es siempre dual, o sea que toma la forma de acción o movimiento desde los dos polos del Espíritu y la Materia, y todo cuanto encontramos en el universo es el resultado de estos dos movimientos, centrífugo y centrípeto. El uno asciende y el otro desciende, encontrándose en los puntos perfectos de entrada a las esferas inferior y superior, respectivamente.

Uno de los significados que se da a la expresión “Logos” es el de que El está presente en cada cosa, que El contiene en la forma de Su presencia la fórmula del desarrollo de ella. En cada cosa que es individual, en cada tipo, en cada especie, existe un modelo que determina su evolución. Cada modelo es diferente de los demás. La semilla del loto tiene en sí la forma completa del loto; y así todas las demás cosas, para cada una de las cuales existe una forma final de perfección. Puesto que hay innumerables cosas en el universo, y cada una lleva dentro de sí la forma de su singularidad, hay innumerables Logoi. Si bien puede concebirseles como diferentes entre sí, como la rosa es diferente de la palma real o del loto, no son otros tantos Logoi sin relación entre sí, sino todos son factores de un Logos: emanaciones de la Unidad.

Esto puede describirse como monismo panteísta. Representa un concepto de la Unidad en la pluralidad. Si hay verdad en la idea de unidad, también la hay en la de pluralidad, hasta donde alcanzan nuestras percepciones. Es difícil entender la relación del Uno y los Muchos, concebir estos Logoi como Potestades independientes y a la vez como aspectos o rayos del único Sol central e inextinguible.

Se ha dicho que la doctrina de la Trinidad es un misterio profundo. ¿Cómo surge la Trinidad de la Unidad? También, si hay siete Logoi, como los siete colores del espectro o las siete notas de la escala musical, por cuyo medio pasan la luz y la vida, ¿cómo surgen estos Siete? Al Logos se le ha descrito como el Oculto de lo Oculto y el Señor de todos los Misterios. Cuanto más ahondamos en estas descripciones, más hallamos en ellas. Las ideas son profundas, porque el concepto del Logos abarca tanto. El resume en Si mismo el total del universo en su aspecto subjetivo o vital.

Si imaginamos al Logos como un punto, el cual en verdad carece de dimensiones, ese punto es el centro de una radiación infinita. Pasan a través de ese punto una infinidad de líneas, que también son un concepto puramente geométrico, pues jamás podemos en realidad ver una línea consistente de puntos colocados en ese orden. A través de cada punto pueden trazarse innumerables líneas. En este símbolo, el punto está conectado con el universo externo por estas innumerables líneas. Si consideramos al punto como el origen o el Primer Logos primero en manifestarse, entonces estas líneas son Inteligencias que emanan del Logos, así como poderes o aspectos de Su Ser.

Primero pensamos en el punto y luego en las líneas. Pero donde está el punto están también simultáneamente las líneas de las cuales el punto es el centro común de intersección. Si consideramos al Logos como la Unidad, El es también una multiplicidad de Inteligencias que parecen separadas de El, pero que en realidad no lo están porque son aspectos de El. Tenemos que reconciliar en este concepto la independencia, la individualidad de las Inteligencias operantes, su unidad espiritual. El punto es el origen y centro, como también una síntesis. Es el inicio de una manifestación total, como también el de todas las manifestaciones individuales y en él se sintetizan y se resuelven finalmente todas las manifestaciones individuales.

Los Siete que forman el Uno son distintos del Uno, pero no están separados. Constituyen centros separados de acción: cada centro tiene su individualidad propia. Sin embargo, perfectamente coordinados, son como centros de un mismo cuerpo o cerebro que actúa como un conjunto. Los Siete son manifestaciones del Uno -no creaciones- que aparecen simultáneamente con el Uno.

La naturaleza extraordinaria de este fenómeno se demuestra en el principio de la mente, la cual fue descrita por Platón como un compuesto de lo mismo y otro. Cada hombre es una entidad individual, libre de trazar su propio camino, aunque limitado por su propio Karma, pero que está evolucionando por medio de esas mismas limitaciones para unirse libre y voluntariamente con la Fuente de donde ha caído. Cuando se ha reintegrado así, podemos concebirlo como un centro de pensamiento y acción independiente perfectamente coordinado con los demás centros en la esfera mental del Logos separado y sin embargo uno con El. En el conjunto la unidad y la multiplicidad son hechos y son simultáneos. La unidad crea la diversidad, si pensamos en su acción sobre la materia, pero en la unidad misma hay multiplicidad.

En un libro publicado recientemente bajo el título El Cuarto Evangelio y la Doctrina del Logos, por R. G. Bury, el autor da algunas definiciones de Filón acerca del Logos y usa los adjetivos “intrincadas” y “sorprendentes” con respecto a ellas. Las definiciones son, desde luego traducciones, que como sucede con mucha frecuencia, fallan en transmitir de un lenguaje a otro el sentido original, como ha sucedido con la mayoría de las palabras sánscritas de

sentido filosófico. Filón se refiere al Logos como “La mente o razón de Dios”, y también como “la suma de las Ideas que constituyen esa Mente”. En otro lugar habla del Logos como “Segundo Dios, la Deidad Inmanente”. Es obvio que entiende por primer Dios al Uno que existe por sí sólo, ó sea el Absoluto Brahmán sin cualidades. Si entendemos que Dios significa el Uno que existe por si solo, quien también es el Todo, el Logos el Verbo es una emanación de El. “En principio era el Verbo. El Verbo era uno con Dios”. Aquí hay una distinción clara ente el Verbo y Dios, aunque también se dice que “El Verbo era Dios”.

El Logos mismo es a la vez transcendente e inmanente. Shri Krishna, hablando en el Bhagavad Gita como Logos, dice: “Habiendo establecido este universo con un fragmento de Mí mismo, permanezco”. Aún pensamos en el Logos Solar, no es la totalidad de Su vida la que está incorporada e Su sistema, sino solamente un fragmento. Sus actividades fuera del sistema son mucho más grandes que dentro de él, se nos dice.

Con respecto a cada Logos del orden de los Logoi, sólo puede expresar un fragmento de Si mismo en cualquier sistema que cree, por la razón simple de que expresarse o manifestarse significa una limitación.

No podemos separar la Mente Divina de las Ideas Divinas, porque es una Mente perfecta. No está desorganizada o sin organización, escudriñando, extraviándose, como nuestras mentes. Manas es el principio pensante. Cuando el pensamiento es perfecto, y comprende todo cuanto necesita ser comprendido en perfecto orden, entonces, es un universo de ideas; y eso es la Mente Divina. El contenido de esa Mente Divina es subjetivo para nosotros; constituye los arquetipos hacia los cuales evolucionan todas las cosas.

Una tercera definición es: “El Logos es el Hijo primogénito cuya Madre es Sabiduría”. Este es Horus, el Hijo de Osiris e Isis. La Madre es la Materia-Raíz o Mulaprakriti. El que tiene las cualidades del Espíritu siempre libre e incognoscible, y sin embargo manifiesta las cualidades en las limitaciones de Forma o Materia, puede ser considerado como engendrado por ambos.

En un cuarto término, El es la imagen o copia de Dios; también el mediador entre Dios y el mundo material. El Logos manifestado tiene que ser una imagen de El mismo en la Forma Inmanifiesta, y es el lazo entre la Deidad Absoluta y el mundo de Materia. Se deduce que la idea del Logos surgió como un medio de salvar el abismo entre Dios, que mora por siempre en el Cielo, y la Tierra. Cielo y Tierra indican aquí respectivamente, el estado trascendente y las limitaciones de la inmanencia.

Hijo, mediador (pero no en el sentido de la teología Cristiana), agente, instrumento; todas estas son descripciones que se usan para dar idea del estado y funciones de El. Se ha descrito al Logos como la Individualidad o Ego único, del cual todos los Egos individuales son reflejos. Puede considerársele como un Ego en el sentido puramente filosófico, porque El es el foco de la Mente Universal. También se le ha dado el título de Hombre Celeste, porque El es el prototipo del hombre terrenal formado a Su imagen. En las Stanzas de La Doctrina Secreta por H. P. Blavatsky, se dice que “El resplandece como el Sol”, lo cual trae a la mente la descripción como “Montaña de Luz” en los libros hindús, y también que “El es el Flameante Dragón de Sabiduría”.

Estas sorprendentes descripciones, y muchas otras posibles, muestran que los nombres de El son innumerables, como se ha dicho de Vishnú, el Omni-Penetrante en la cosmología Hindú, también llamado Maha Vishnú en Su aspecto super-cósmico, porque Su naturaleza es tan múltiple en su unidad. Como dice el Bhagavad Gita, “Como maravilloso lo considera uno; como maravilloso habla otro de El; como maravilloso oye otro de El; empero, habiendo oído, ninguno en realidad comprende”

En todos los conceptos con que se ha rodeado la realidad de lo que El es, por los que han tenido una lejana vislumbre de ella en alguna forma directa o indirecta, la dificultad que más que cualquiera otra parece haber atormentado al pensamiento cristiano primitivo, es el lugar que ocupa el Espíritu Santo en relación con El. Las palabras mis mas “Espíritu Santo” sugieren una influencia sutil, intangible, impersonal, pero poderosa. No puede ser que esta influencia, con el poder que emana, sea independiente del Logos, pues El es el principio y fin de todas las cosas creadas. La influencia tiene que fluir a través de El o desde El. El ha nacido de la Luz, como Hijo de la Luz, o El es la Fuente misma de la Luz, el Padre de las Luces, puesto que El es ciertamente el origen de toda Luz manifestada.

La relación del Hijo con el Padre debe ser un misterio para nosotros hasta que alcancemos el plano de ese misterio y pasemos más allá de él, esperanza ésta que podemos alimentar como creyentes en la Inmortalidad; y hemos de alcanzar ese plano con esa naturaleza de nuestra individualidad que es capaz de elevarse hasta allí. En el Bhagavad Gita, Shri Krishna habla de Sus dos naturalezas: la naturaleza de Materia, que podemos identificar con nuestros conceptos de la Naturaleza, y la naturaleza Divina, que es una Luz omnipresente que da sobre la Materia imprimiendo en ella las Ideas Divinas.

Estas ideas son sumamente interesantes. Pero lo interesantes y prácticas que sean depende de lo reales que sean para nosotros. Cada uno pone en todas esas ideas el contenido de su propia consciencia. Una idea como la del Logos puede ser la más maravillosa idea concebible, si se le da un significado extraído de las riquezas de nuestra propia consciencia. O puede ser muy pobre en contenido, y entonces no es sino una palabra a la que se inviste de significados que no tienen ninguna relación con ella, o que hasta pueden ser el reverso de la Realidad.

Hay una diferencia entre la Metafísica y el Ocultismo. La Metafísica es lo que está más allá, de la física y trata de explicar tanto la mente como los fenómenos de la materia, con las verdades que postula. En Ocultismo tratamos con la fuerza, la realidad y la vida. La Metafísica no necesita diferir del Ocultismo en su aspecto teórico, pero a veces difiere. Todo cuanto no nos afecta vitalmente tiende a volverse irreal. Todo lo que se dice acerca del Logos, por ejemplo, puede parecerles a algunos remoto e irreal. Eso se debe a que aún no han captado la realidad de ello. Pero el Logos no es algo lejano y abstracto; El es una realidad que existe aquí y ahora. El está en el corazón de cada uno, como el Poder que opera allí. En nuestros corazones es donde podemos sentir Su presencia. Cuando la sintamos así, El será para nosotros una formidable realidad, al lado de la cual todo lo demás se desvanecerá en la más completa insignificancia.

CAPÍTULO XI

SER Y LLEGAR A SER

La Naturaleza toda es una Transformación, pues representa un proceso universal al que se aplica esta palabra desde el punto de vista de que algo que está dentro de cada cosa -la vida, la naturaleza de la cosa- se transforma. La palabra “Transformación” implica una continuidad. Lo que ha llegado a ser lo que es, es en esencia lo mismo que era, aunque diferente. El cambio que ocurre lo describe la Ciencia desde otro punto de mira como evolución, sin esta connotación psicológica. Los tipos viejos han desaparecido, pero de ellos ha emergido algo

nuevo y mejor.

Todo individuo presenta externamente en su naturaleza, el aspecto de una Transformación. Está cambiando constantemente. Esto es cierto no sólo con respecto a cada hombre, sino a cada cosa o vida en la Naturaleza.

Sin embargo en medio de esta Transformación hay un estado que puede describirse como Ser. El Logos, cuya Vida es la Vida Una, se manifiesta en cada cosa individual como un estado de Ser en esa individualidad. Si El se manifiesta en cada cosa, no podemos sino considerarlo como perfecto en cada una de Sus manifestaciones. El debe ser perfecto, ya sea en la infinitud, o en medio de las limitaciones que definen lo finito. Toda individualidad, toda forma, ha de tener una definición, y está necesariamente limitada por esa definición.

Shri Krishna en el Bhagavad Gita, hablando como una Encarnación del Logos, dice: “Yo soy el Ser que está en el corazón de todos los Seres”, y procede a describirse como la esencia de cada tipo distintivo de Ser que se encuentra en el universo. Esa es la Inmanencia Divina. Si El está allí tiene que estarlo sin quedar implicado en la transformación, sino en un estado de perfección adecuado a cada cosa, o sea en ese estado que representa la perfección que ella ha de alcanzar. En un estado ya perfecto no hay necesidad ni causa de cambio.

Si podemos imaginar el Ser Divino morando de alguna manera misteriosa o mística en cada individualidad, debe estar allí en un estado que, debido a su misma perfección no admita cambio. La perfección es un fin en si misma, no un medio para un fin, aunque sea una perfección limitada. Representa una cima más allá de la cual no puede uno ir, aunque haya otras cimas.

Hay, desde luego, innumerables estados que constituyen el proceso de transformación para cada cosa individual, y algunos permiten más que otros la revelación de la naturaleza del Ser interno. Aunque todos sean Dioses (¿No sabéis que sois Dioses?”) la Divinidad está más manifiesta en unos que en otros. En cada estado de Transformación el Ser Divino está manifiesto en un grado proporcional a ese estado.

El uso de la palabra “grado” no implica imperfección. El estado de Ser en cada cosa puede imaginarse como un círculo perfecto el cual se ha usado como símbolo de eternidad porque en un círculo no hay ni principio ni fin. Puede haber una infinitud de círculos, de tamaños que varían desde el infinito hasta un punto. Pero sea cual sea el tamaño, cada círculo es completo en sí mismo.

Imaginemos, pues, una serie infinita de círculos concéntricos, que representan todos al mismo y único Ser, pero desde un punto de mira que continuamente crece. Desde otro punto de mira que incluye una nueva dimensión, pueden considerarse estos círculos como secciones de una esfera perfecta, perpendiculares a uno de sus innumerables diámetros. Todas esas secciones que serian infinitas en número, constituirían la totalidad del Ser en ese diámetro, el cual no es sino uno entre un número infinito de diámetros posibles. Así pues, la naturaleza del Ser, desde cualquier dirección que nos acerquemos a ella, o sea por medio de la cualidad innata de cualquier forma-arquetipo, es una y sin embargo infinita, inmutable en su unidad, pero variable en su revelación de sí misma.

¿Qué puede significar Ser, para nosotros? Ser es un estado fuera del tiempo; un estado de integridad en el que no hay vacío alguno; un estado como el que experimentamos en un momento de amor total o de belleza perfecta. Es un estado absoluto que cuando ocurre, rompe la continuidad de lo relativo. Nuestras mentes se mueven por asociación de una cosa a otra. Pero de vez en cuando la consciencia -que difícilmente puede llamarse mente- cae en un estado que es completo en sí mismo. Cuando la experiencia es así completa, no tiene relación de continuidad con lo antecedente o con lo que sigue después. Una continuidad necesaria

implicaría en toda su extensión una falta de plenitud propia, y por tanto imperfección. Y así por el momento se interrumpe la sucesión que llamamos tiempo.

La absolutividad consiste en un estado no dividido, o sea una unidad. Si existe la unidad de todo, y el Logos conserva Su naturaleza de unidad en cada manifestación Suya, no hay partes siquiera en esa manifestación, en el sentido de elementos de ella en vías de Transformación. Lo que es una unidad está perfectamente integrado, es siempre un absoluto.

El estado de ser en cualquier individuo es un reflejo del Ser universal, una integridad que está incluida en una integridad mayor. Hasta cuando se refleja ligeramente es una consciencia receptiva, despierta una sensación de unidad, de comunidad, si no de comunión, con todos los demás seres. El sentimiento de que lo otro es diferente y separado, se olvida por el momento. Lo otro es diferente, si, pero no separado. Este sentimiento interno no está muy lejano del amor; pero es amor sin posesión ni auto-gratificación.

El amor lleva consigo el significado de una fuerza que se irradia, una objetividad subjetiva, una intensa radiación. Pero un estado de Ser sugiere encierro en sí mismo. ¿Es el estado que se llama Ser, un estado de encierro en uno mismo, o un estado de irradiación? Es ambas cosas. Cuando hay la condición de armonía, está encerrado en sí mismo, y sin embargo esa armonía puede tener el efecto más encantador sobre todos los que sean receptivos a ese efecto. Es como el fuego de una piedra preciosa, que es a la vez tranquilo y brillante.

Cuando hay integridad, un sentido de plenitud, hay felicidad absoluta. En nuestra experiencia normal, el estar enamorado representa este estado, porque cuando una persona está enamorada, si es un amor puro y no meramente una forma de lujuria, si es el amor que busca dar y no tomar o apropiarse, no hay en esa persona el deseo de salir de ese estado. Está supremamente contento. En esa integridad hay Belleza eterna e inmortal, porque la experiencia de lo Bello es siempre una experiencia completa.

Aunque Ser y Transformación son dos estados muy diferentes, debe haber una relación entre ellos. Si no la hubiere, no estarían en condición ni siquiera de discutir la naturaleza del Ser. Esa relación puede describirse como de conocimiento puro desde el nivel del Ser. Bajo la luz que emana del estado de Ser existe la posibilidad de comprender el proceso de Transformación,

La Luz que entra en la Transformación crea la posibilidad del Discernimiento. La mente iluminada por esta luz no coloca una meta fuera del estado del Ser. Si deseara algo fuera de ese estado, sería un deseo falso. El único deseo verdadero es una expresión fiel o natural del Ser, cuya expresión también es Ser. Pues si Ser es un estado completo, no existe nada perteneciente a él fuera de esa integridad. El deseo de algo fuera de la experiencia del momento pertenece los niveles de lo incompleto. En el Hombre Perfecto, en el estado de Ser perfecto, no puede existir tal deseo. Todo deseo, toda codicia, todo temor, toda ambición, es una deformación, no de ese Ser que es una armonía integral sino del aura, de la envoltura externa, de ese medio reflejante y transformante en que está envuelto. La voluntad del Ser puro es una auto-realización perfecta, el desarrollo o expresión de esa armonía que El es, en formas cuya esencia íntima está implícita en el espíritu de esa armonía.

No “transformarse” no implica una condición estática, ni contentamiento consigo. Ser es siempre potencialmente un estado dinámico. Genera movimiento. El Ser único, donde permanece enroscada la serpiente de la Eternidad, es la causa de las energías universales. Lo que causa un movimiento falso es aquella transformación que sueña con la glorificación y expansión de sí mismo.

Cuando se usa la palabra “Ser”, como al hacer referencia al Ser Supremo o Logos, introducimos en el concepto que formamos cierto sentido de ego-idad, una nota de auto

afirmación humana, -yo soy yo- que es nuestra constante experiencia de nosotros mismos. Pero el puro Ser no incluye semejante auto-proyección consciente. Ser es simplemente existir (prescindiendo por el momento del significado de “ex” en la palabra “existencia”). No hay discordancia entre el Ser en cualquier forma, y su trasfondo universal, como tampoco la hay entre el Logos y el Parabrahmán o Mulaprakriti.

La perfección hacia la que toda cosa está evolucionando, junto con la perfección de todo otro ser, constituye una totalidad, porque ellas son aspectos del Ser Uno que es perfecto. La perfección de cada cosa es un estado de la Perfección total. El Ser de uno y todos es el principio, el corazón, y el fin de su Transformación. La consciencia que está fuera del tiempo reposa en ese Ser, que es uno con todo otro Ser, expresando cada uno nada más que un estado del Ser Uno. Cuando la consciencia no está ocupada en una transformación, el Ser permanece, y ella está absorta en ese Ser.

CAPITULO XII

NATURALEZA DE LA SABIDURÍA

¿Qué es Sabiduría? ¿Qué es la Sabiduría? La Sabiduría es la sabiduría de Dios, la sabiduría o conocimiento pertinente al Ser. La sabiduría de Dios es Su naturaleza, aunque puede también considerarse como característica de Sus métodos. Si la naturaleza del Ser, de cada Ser (los dos términos son equivalentes, designan la misma Realidad), es en esencia igual a la naturaleza de Dios, entonces conocer al Ser es conocer a Dios, por lo menos en principio.

Cuando decimos sabiduría o conocimiento, ¿son la misma cosa? No. Pero en el caso del Ser, conocer es ser sabio.

Todo conocimiento se dividía en un tiempo entre para (superior o supremo) y apara (inferior). El conocimiento de todos los objetos y de todas las ciencias es el inferior. El conocimiento de Aquello que conoce todo lo demás, es el superior, o sea el de Dios o el Ser, siendo ambos idénticos en esencia. El conocimiento del Ser es sabiduría, porque el Ser contiene la esencia de todas las cosas.

Cualquier cosa que uno sepa, la sabe siempre dentro de uno mismo. El conocimiento es un fenómeno subjetivo. Todos somos uno. Por tanto el conocimiento de todos está integrado en uno. Creo que si los pensamientos más verdaderos, y los más bellos, presentes en todas las mentes en cualquier momento, se pusieran juntos, formarían una unidad perfecta y muy maravillosa.

En el Ser en su pureza, y debido a su sensibilidad, existe un registro de todo cuanto lo rodea. Es la más sensitiva de todas las cosas sensitivas. Cualesquiera rayos que pasen a través de él, traen un mensaje, que queda registrado en su indeleble cinta. Y hay rayos que emanan de toda cosa individual, claro que no en los niveles que nosotros percibimos, que atraviesan el cosmos. En el Ser está un conocimiento del alma de todas las cosas.

La sabiduría de Dios está en todo. El está en todo. Su naturaleza lo penetra todo. Su profundo propósito y Su inteligencia están siempre en todo.

Una de las maneras de definir la Teosofía es la de la Sabiduría que está en todas las cosas separadamente y en conjunto. Puede que no seamos capaces de percibir la sabiduría oculta en cada cosa, pero allí está. Se es susceptible a esa sabiduría solamente en la medida en que el corazón de uno esté puro y abierto.

Todas las cosas están evolucionando en este universo evolucionante. Hay en cada una

un diseño que está saliendo a luz, o creciendo, desde nuestro punto de vista. Pero hay también un andamiaje que confunde el plan, no para la mente del Arquitecto sino para nosotros que observamos el edificio desde afuera. Pero en algunas cosas la construcción ha llegado a cierta etapa de perfección. Esas cosas nos permiten asomarnos a la mente del Arquitecto. Tal es, por ejemplo, el loto, la rosa, o cualquier bella forma viviente. Todas las cosas viven, desde el punto de vista Teosófico, aunque hay grados de vida y acción.

La sabiduría no es conocimiento, porque para nosotros el conocimiento pertenece a la forma. La sabiduría es el conocimiento de lo que la forma contiene. ¿Cuál es la importancia de cualquier forma o cosa? ¿Es su utilidad? Tendemos, naturalmente, a juzgar por su utilidad para nosotros. Pero ese es un modo de ver limitado en extremo, homocéntrico, individualista. Cada cosa en la naturaleza tiene una importancia en sí, que está contenida en su propia existencia y funcionamiento. De ahí el precepto de no matar, en lo posible. Hay en cada cosa una cualidad innata, que está buscando salida.

Esa cualidad o naturaleza innata de la cosa está en su vida, en lo que la mantiene unida. No me refiero a la vida del material de que está compuesta esa forma, sino a la vida en esa forma que la integra. Vemos la distinción en el caso de un cuerpo humano, si bien aquí llamamos alma a la vida moradora en él. Usemos la palabra “alma” si es más clara. El alma, suponemos se adapta a la forma en mayor o menor grado. La forma es lo que es, o está en camino de ser lo que es -o sea en el camino evolutivo- debido a la naturaleza de lo que la anima.

La sabiduría de Dios, cuya vida está en esa alma, fluye hacia la forma, me imagino por medio de esa alma: fluye en el sentido de que el modelo de la forma, sus procesos, toda su naturaleza, hasta lo que ella simboliza, todo esto expresa algo de la naturaleza de esa vida, su sabiduría, es decir, la sabiduría manifestada en ella. Incluyo lo que ella simboliza, porque un símbolo es un signo en la Naturaleza que refleja la Idea-arquetipo o Divina.

El verdadero objeto de la existencia de una cosa puede, desde luego, ser el servicio que presta, su papel en el proceso evolutivo, su acción sobre todas las otras cosas. Puesto que toda cosa es cierta corriente de fuerzas, cada cosa ayuda a todas las demás, directa o indirectamente. Esto se sigue de la verdad de que todas las cosas están relacionadas,

Pero cada cosa existe también para sí misma como una expresión de la vida de la Divinidad interna, cumpliendo con su propia existencia parte del designio Divino. El fin más elevado es siempre un fin en sí mismo. Existir en la eternidad, si no en el tiempo, es un fin de tal clase.

Vemos esa verdad en un objeto de belleza. Existe por sí mismo, como una auto-revelación de la belleza de Dios. El fin más elevado a que sirve, hasta donde podemos ver, es esa revelación. No necesita ninguna otra justificación para existir. En la forma de belleza más elevada, o sea cuando la revelación es perfecta, está la más elevada significación.

Seguramente la Sabiduría implica un conocimiento de la significación de las cosas, significación para un orden externo a la cosa, y significación de la cosa en sí. Significación incluye propósito, el cual es continuo. El propósito que fluye desde el principio hasta el final y que se revela al final, sería el propósito más profundo y más perdurable.

Existe un propósito en cada cosa, propósito en la totalidad de las cosas, propósito en el proceso universal. Cuando se realiza este propósito como el propósito innato en uno mismo, hay sabiduría. Todos los propósitos subordinados surgen del propósito original único, el cual puede describirse como auto-realización. Y así llegamos otra vez al Ser. El conocimiento de esa realización, que implica acción, depende del conocimiento del Ser

Es cierto, a la inversa, que el conocimiento del Ser depende de la acción. Pues

naturaleza y acción son correlativos y al fin y al cabo sinónimos. Si no hay un flujo de fuerza, o si hay una falsa dirección en la acción, ello significa que la naturaleza que rodea al Ser no es su naturaleza, y al Ser sólo puede conocerse por medio de su naturaleza.

Así pues, la sabiduría no es cuestión de estudio, sino de vivir, de acción. Hablamos acerca de la sabiduría, pero con ello no nos hacemos sabios, excepto en la medida en que sintamos el estímulo de serlo. La sabiduría no es conocimiento, sino que depende del uso que hacemos del conocimiento. Surge del conocimiento guiado por el amor. Pues amar es una manera de saber -el que ama tiene un conocimiento divino del amado, divino en calidad- y es un estado de integridad, un fin en sí mismo. Estar enamorado de un individuo es reaccionar plenamente a él o ella, directamente, sin el efecto oscurecedor del yo que interpone una barrera. Usar el conocimiento con bondad es hacerlo resplandecer con un valor que refleja la Eternidad en el tiempo.

Todos pensamos que sabemos, cuando no sabemos, o cuando sabemos parcialmente. Necesitamos quitarnos el grillete de la ignorancia. El primer paso es ser consciente de nuestra ignorancia. Cuanto más sabe uno, más se da cuenta de lo poco que sabe. El hombre sabio es humilde. No nos es posible tener todo el conocimiento. Siempre habrá en cada uno de nosotros lagunas que pueden ser trampas para nuestro pensamiento. Uno puede llevar una inmensa carga de erudición, y sin embargo ser un completo necio. Por otro lado, es posible ser un sabio con pocos conocimientos. Me imagino que tal sería el caso, cuando un alma profundamente madurada en sabiduría toma un cuerpo infantil y mora en él a través de los años de la adolescencia.

La sabiduría depende menos de lo que aprendemos y más de nuestras reacciones a ese aprendizaje: menos de la cantidad y más de la calidad de nuestro saber; menos de la acumulación de hechos y nomenclaturas, más del conocimiento de principios; menos de la posesión de ideas y más del recto empleo de ellas; en una palabra: menos de todo lo que acumulamos y deberemos arrojar, y más de lo que asimilamos en el tejido de ese Ser que es un reflejo inmortal del Espíritu universal.

La Sabiduría de Dios es un atributo de Su naturaleza. En el sentido más elevado, El es el principio de Sabiduría, o Sabiduría en lo abstracto, con una infinita potencialidad de manifestarla en todas las formas posibles en cada nivel. La naturaleza del no-Ser, cuando se reordena con sabiduría, es asimilada por el Ser. El orden es la primera ley del Cielo, pero es un orden divino, que al brotar a la existencia reúne la Tierra y el Cielo.

Cuando pensamos en la sabiduría de Dios, tenemos que pensar en un principio creador activo. Es femenino cuando se refleja en el aspecto madre o forma, y construye el orden que refleja la cualidad que se manifiesta. Toda forma que tiene significado es cierto orden, un orden en el tiempo, un orden en el espacio. Un orden es una curva perfecta, sea cual sea su naturaleza, que siempre sigue una Ley. Ley y orden están así eternamente conectados. La ley del Ser Divino, que es su expresión, forma el Divino Orden tanto es así que en el pensamiento Buddista la Ley ocupa el lugar del Ser. Pensamos en el Ser como una Individualidad. Cuando la Individualidad es perfecta, cuando la lógica de su formación es completa, es la manifestación de una Ley. Descubrir la ley de nuestro propio ser, y vivirla, es verdadera sabiduría.

Lo mismo que es con Dios es con el hombre. El hombre se hace sabio cuando crea la semejanza de su Ser y la creación sólo puede ser una energía que participa de su Ser.

La sabiduría es una integración natural del pensamiento. Es un florecimiento de La cualidad de la Vida, que revela el profundo significado de la Vida. Es la unidad del todo reflejada en la unidad de una parte. Es un movimiento de vida que muestra la vida en su estado mejor y superlativo. Es el pensamiento liberado de toda traba, formado por una directa

entonación desde el Cielo. Es un rayo divino que penetra el corazón y la mente y los unifica. Es el aliento de Dios, cuyo calor es vida, y cuya luz es Amor y Belleza. Es la abolición del sentido de “lo otro”.

A menudo se piensa en el mundo que la sabiduría consiste en la cautela. Idea que nace de un instinto egocéntrico. La sabiduría puede consistir más bien en la valentía. En realidad consiste en la acción segura que está por encima de los opuestos. Es sabio el hombre que por un perfecto vivir ha alcanzado el instinto de la rectitud por el cual se guía, ya sea en pensamiento o en acción, y que ha encontrado ese centro de equilibrio que está siempre sobre su punto de contacto con las circunstancias. El es el hombre en quien la Naturaleza derrama las riquezas de todos sus instintos.

CAPITULO XIII

EL CAMINO A LA REALIDAD ESPIRITUAL

La humanidad ha estado siempre empeñada en buscar lo que le satisface; búsqueda que más tarde se dirige hacia lo que promete ser real, permanente y duradero. En las primeras etapas cada uno lo busca en numerosas formas de gratificación mundana; en el poder y la posición; en comodidades físicas, emocionales y mentales, de diferentes clases; en librarse del tedio por medio de excitaciones periódicas; en sistemas, fes y prácticas que prometen seguridad aquí y en el más allá; en toda clase de cosas que ofrecen un escape y un olvido del dolor, de las dificultades, problemas y responsabilidades. En cada uno de esos puntos se busca la Realidad en lo que se imagina que puede dar el máximo estremecimiento de felicidad y la satisfacción más duradera. Pero una y otra vez el individuo encuentra que esas cosas a las que se ha aferrado, son en verdad falsas y engañosas y acaban por no satisfacerlo más.

Sus creencias no lo han conducido sino a refugios temporales y a creaciones mentales, islas en la corriente del progreso, islas de seguridad, de aislamiento y diversas formas de mantenimiento del yo. Por fin llega un momento en que lo que el mundo tiene que ofrecerle, y todas las creaciones de la mente, cesan de satisfacerle, y el individuo empieza a buscar una Realidad que esté fuera de la naturaleza de las experiencias que ha tenido, de las gratificaciones que han resultado tan transitorias y desilusionantes. Sin embargo, es solamente en una etapa comparativamente tardía de su evolución que el individuo empieza a contemplar seriamente la posibilidad, de que exista algo desconocido y diferente a lo que hasta entonces ha experimentado. Piensa en algo Real como diferente a lo irreal.

Pero ¿qué es Realidad? ¿Es un conocimiento directo de primera mano, una experiencia de alguna relación primordial entre el Espíritu y la materia, del estado de algo Absoluto en medio de lo relativo, de algo que conecta el origen con el fin? ¿Es una Verdad, un Principio, un estado de consciencia en el que hay una integración de los tres elementos: el conocedor, el conocer, y el objeto del conocimiento? ¿O es la esencia de todas nuestras experiencias en cada nivel; un estado de unión con todo lo que sentimos se parado de nosotros; una felicidad no dentro del tiempo sino en la Eternidad; un amor elevado a la máxima potencia; un estado en el que todo el proceso universal y uno mismo se perciben en términos distintos a los que ahora comprendemos, y desde una dimensión completamente nueva?

De alguna manera, tiene que ser TODAS estas cosas, e infinitamente más de lo que estas palabras nos dicen, y más de lo que jamás podemos adivinar ahora. Cualquier Realidad que se busca con intensidad tiene que ser de la índole de lo desconocido, pues todos los conceptos contruidos sobre recuerdos de lo conocido tienen que ser de misma naturaleza que las experiencias que se recuerdan. Podemos especular sobre la naturaleza de este desconocido, pero lo hacemos con una mente condicionada por experiencias previas. Al especular, formamos imágenes que pueden resultar meros telones que obstruyen la verdad, impedimentos para la búsqueda misma en que estamos empeñados. Si la Realidad no tiene límites, o sea que no hay sensación de limitación al experimentarla y en consecuencia no tiene líneas de demarcación, y no es objetiva, tiene que ser de un orden que trascienda a todos los niveles de nuestro conocimiento actual. Ninguna descripción puede darnos esa Realidad, porque todas ellas nos llevarán a una identificación equivocada con una mente limitada al campo de su propio pasado. Hay descripciones del Ser -palabra a la que por el momento podemos darle la equivalencia de Realidad- en los UPANISHADS y en el BHAGAVAD GITA, escritas en términos poéticos. Pero sólo hablan de la Realidad, y la describen como indescriptible.

Si la realidad es una X en una ecuación que incluye varios otros términos de nuestra experiencia, puede deducirse su naturaleza por los términos conocidos. Pero esa deducción sería en primer lugar un concepto puramente mental, y en segundo lugar no sería una experiencia que trascendiera a lo conocido. Sin duda alguna la vida y la mente y las impresiones sensorias, son manifestaciones de Algo que podemos llamar el Todo pero entonces el Todo debe incluir infinitamente más. Si estas manifestaciones son apenas una indicación, una sombra, no sabemos qué es lo que indican. No podemos conocer la relación entre lo Real y lo Irreal, hasta que conozcamos lo Real, sea cual sea esa relación. Lo superior puede incluir un conocimiento de lo inferior; pero desde el nivel de lo inferior no podemos adivinar la naturaleza de lo superior.

Cuando miramos las cosas, ya sean objetos tangibles o situaciones, estamos usando nuestras mentes solamente para interpretarlas de cierta manera. Pero la verdad que buscamos debe ser no una interpretación sino una verdad de por si, conocida con la más absoluta certeza, una verdad de primera mano y no un conocimiento transmitido, para que podamos estar en condición de decir como San Pablo, que aunque todo el mundo la negara seguiríamos sosteniendo su autenticidad nosotros solos.

Podemos decir muy legítimamente que para nosotros la Realidad está en toda cosa bella de la Naturaleza, en el arte, en el amor, en los pensamientos y expresiones humanas más fieles y más maravillosas. Sin duda que todas estas cosas hablan de algo, pero todavía nos falta llegar a ver cara a cara la Realidad que está EN TODO, hasta en lo falso que exhibe su falsía. De vez en cuando tenemos un estremecimiento lejano, pero nuestros momentos de felicidad y belleza perfecta son pocos y espaciados, y así la mayor parte del tiempo la pasamos ante el problema de nosotros mismos.

La Realidad no puede alborear para nosotros sino cuando estemos listos para ella. Está siempre presente y resplandeciendo, pero brillará para nosotros sólo cuando le demos el rostro, volviendo toda nuestra naturaleza para recibir su luz. Como la búsqueda de la Realidad depende tantísimo del individuo, de las experiencias de su pasado, a nadie le es posible discutirla con otro, excepto en los términos más generales.

Los más grandes instructores espirituales del mundo dan testimonio de que EXISTE una Realidad por encontrar, y, más aún, que a cada ser humano le es posible descubrirla y llegar a ella por si mismo.

Cualquier acercamiento meramente mental a la Realidad, ha de ser necesariamente superficial. Pues en todos nosotros la mente es una cosa y la vida otra. Lo que la mente define

no es lo que se experimenta en la plenitud del vivir. Lo que la mente sabe está basado en conocimiento adquirido por los sentidos, y no es sino conocimiento deducido; lo que la mente cree está basado en premisas insuficientes, e inevitablemente es resultado del pensamiento-deseo. En cualquier caso, una creencia, ya sea mental o emocional, no es sino una creencia, y no totalidad de un ser activo. Cuando la fuerza motriz no es una atracción de las emociones, suele ser una repulsión de las circunstancias, que lleva el pensamiento a un opuesto imaginario. Ya sea una búsqueda de gratificación o un deseo de escaparse, ambos son factores de determinismo emocional, que actúan por medio de una mente imaginativa y tienen que crear formas de acción y de pensamiento adecuadas a las emociones soterradas y a la mente que colabore con ellas.

¿En qué dirección, pues, proseguiremos? Esto lo determina la naturaleza del motivo, que al fin y al cabo también determina el fin. No sólo tenemos que preguntarnos: ¿Qué estoy buscando?, sino también: ¿Por qué busco? El motivo no es menos poderoso porque esté bajo la superficie, o sea en el sub-consciente. Es más difícil tratar con lo que está en el sub-consciente que con lo que está en la mente consciente. Generalmente, además del motivo del que el individuo es consciente, hay factores que se pasan por alto porque son automáticos.

Si el objeto de la búsqueda es alguna forma de apoyo oculto para una incapacidad físicas para un estado de desequilibrio penoso o incómodo, la búsqueda terminará cuando se encuentre tal apoyo. Cualquier cosa que se busque para mantener el yo -poder, posición aún afecto y adulación- es una especie de apoyo del cual depende ese yo. Y mientras persista esa sensación del yo (que implica una relación de oposición a otro o al resto del mundo) la consciencia estará obviamente atada a las cosas que crean esa sensación.

La única fuerza motriz que resulta en un ensanchamiento de la consciencia en vez de limitarla más, es el amor en su sentido más puro, más inegoísta y no separatista; o la compasión una simpatía universal, tal como la que movió al Señor Buddha como Príncipe Siddharta a emprender Su búsqueda. Si el motivo es personal, el fin queda limitado por los factores presentes en esa aspiración personal. El amor es libertador, pues en la naturaleza misma del amor puro, imparcial beneficiante y no-posesivo, que sólo busca servir y no gozar y retener, hay prescindencia de todo lo que ata y encierra al hombre como un yo separado.

La expresión “auto-encierro” que se usa en los escritos de J. Krihnamurti, arrojan maravillosa luz sobre este problema. Presentan ellos, de manera fresca y original, ideas que el hecho de encontrarse en otros términos en enseñanzas antiguas muestran que la búsqueda de la Realidad en un mundo humano, por mucho que ese mundo haya variado en lo externo, tiene que girar necesaria mente en torno de los mismos factores fundamentales.

¿Cómo podemos evocar este amor en nosotros mismos, o alcanzarlo? No podemos crear el amor. Pues nosotros somos la mente que crea esa limitación que es una negación del amor. Pero la vida, que es un incesante módulo de acción, tiene en sí misma una capacidad inherente para amar, cuando cesa de estar desfigurado por la antítesis del yo-y-el-otro.

El método de descubrir la Realidad ha sido descrito en los antiguos libros hindúes como el camino de la repudiación, de desechar las formas de lo irreal desprendiendo de ellas nuestros pensamientos y emociones. Esto parece negativo, pero en realidad no lo es. Cuando uno no sale a identificarse con lo falso, la Verdad que está dentro se manifiesta. El camino no se nos abre desde afuera, sino que nosotros abrimos el camino momento a momento con nuestras propias realizaciones. El camino está dentro de nosotros. Los UPANISHADS hablan de este camino, de repudiación en las palabras: “esto no, esto no”, lo cual no es una fórmula para escaparse o huir de la responsabilidad, sino un camino de auto-ascensión.

Todos creemos que nos conocemos, pero sólo conocemos la superficie de nosotros

mismos. La consciencia que está en cada uno de nosotros, y con la cual hacemos frente al mundo que se nos viene encima, es afectada por ese mundo y modelada por sus influencias. Es un proceso de acondicionamiento al que hemos estado sometidos desde el momento de nacer. Pero a medida que nos damos cuenta de los modos en que somos acondicionados, nos apartamos de esos modos. Percibimos una distinción entre nosotros mismos y ese acondicionamiento. Esta línea de separación entre el Ser y el no-Ser, se traza una y otra vez. Pues el no-Ser no es sola mente el mundo externo, sino también algunas partes de nosotros mismos. La mente, las emociones, y la consciencia en el cuerpo físico, son todas ellas modificaciones de la consciencia original.

La consciencia de todos nosotros como niños es semejante en su pureza, sensibilidad y libertad para ser configurada en cualquier forma. Al crecer, nuestra mentalidad se endurece y se diferencia mucho de la de los demás. En cada uno de nosotros se convierte en una estructura individual, compuesta de ideas distintivas, hábitos, prejuicios, etc., que se van incrustando en ella.

En A LOS PIES DEL MAESTRO se traza de una manera simple pero práctica la distinción entre el Ser y el no-Ser formado por la mente, las emociones y el cuerpo físico, como formas de discernir entre lo Real y lo irreal. Se nos dice allí que lo Real no es el cuerpo físico, al cual se le compara con un caballo que hemos de cuidar y utilizar; y que tampoco es la mente ni los deseos. Tal discernimiento parece sencillo, pero si se alcanza perfectamente nos llevará a un plano de percepción pura en el que la consciencia no está circunscrita por las formas de su propia actividad.

Es comparativamente fácil separarnos de nuestros cuerpos físicos, pero es completamente distinto cuando se trata de nuestros estados psicológicos, de esa naturaleza en nosotros que constantemente está siendo moldeada por impresiones recibidas consciente o inconscientemente. La consciencia es una energía explayante que sale de dentro del ser de cada uno, y que es condicionada no sólo por las circunstancias externas sino también por sus propios pensamientos y actos. Esa consciencia que originalmente era pura libre, sensitiva, dúctil y capaz de ser moldeada en cualquier forma necesaria para expresar lo que lleva dentro de sí, pierde esas características. Se divide en estratos de subconsciencia y consciencia que actúan unos sobre otros manteniendo siempre el presente en un estado de continuidad activa con el pasado.

El discernimiento es en realidad como ir despojándose sucesivamente de numerosas capas de limitación e ilusión en las que el ser se ha arropado y envuelto. Tenemos que desenvolver el paquete para encontrar la inapreciable perla de la Realidad.

Fundamentalmente, es el deseo el que adhiere la mente a la sensación y crea la forma codiciada, lo ilusorio, lo irreal. Experimentamos cierto placer, y nos apegamos a él. La sensación de ese placer se adhiere a la mente y dirige sus operaciones. Por medio de la memoria se mantiene el deseo de esa sensación. Cuando por el deseo la mente está apegada a una cosa, por asociación el apego se extiende a otras; así se forma una red de apegos, en la que la mente queda aprisionada. Podemos describir fielmente el deseo como la cera que se adhiere a la miel de todo placer. Cada sensación, ya sea de dolor o de placer, tiende a acondicionar la mente por apego o por temor. Todo goce produce esta cera que se adhiere a la mente a menos que sea un goce que tenga la naturaleza pura de la percepción consciente como la luz que puede caer sobre cualquier cosa pura o impura, pero en sí misma permanece limpia. Uno puede experimentar las sensaciones más agudas y darse cuenta de todos sus matices, y sin embargo permanecer incólume, si la consciencia es nada más que consciencia en el verdadero sentido de la palabra, y no reacciona ante la sensación de una manera que atraiga fuerzas que permanecen en ella y la organizan en una forma por medio de la cual tenga que actuar de ahí en adelante.

El sentido de “yo-idad”, del yo y de buscar para uno mismo, nace del deseo. Se le ha dado el nombre de “auto-personalidad”, término que lo distingue del de la personalidad pura que un individuo puede ser; y es uno de los primeros grilletes de que hay que despojarse: primero en el sentido de primacía, pues todos los demás se derivan de él. El Señor Buddha habló de que la ilusión del ego (el yo separativo) era la causa raíz del dolor, y también de la sed de existencia consciente que produce esa ego-idad. El no se limitó a explicar el dolor de modo de reconciliar con él al hombre, sino que como Príncipe Siddharta buscó solución al problema de acabar con el dolor, y lo resolvió primero en Él mismo. Habló del Nirvana -que significa literalmente apagar o extinguir-como la extinción de ese yo personal, de esa llama que para existir depende de la mecha y el aceite del apego a las experiencias personales.

Antes de que podamos superar la “yo-idad”, tenemos que hacernos conscientes de cómo ella penetra todo el campo de nuestro pensar y sentir, sutil o abiertamente. Este es realmente el proceso de la involución humana. Hay la involución de la vida en condiciones de materialidad, de la cual procede la evolución; hay una involución similar de Manas en su propio ciclo, en todas las cosas de los sentidos, y en este proceso de involución hay una continua modificación del principio “Yo”, en cuya modificación toda la fórmula central es “Yo quiero”. La mente-deseo tan ilusoria como variable, es la que juega la carta de triunfo del “yo”.

Si el deseo fuera malo de por sí y no se le hubiera asignado un papel en nuestra evolución, no necesitaríamos haber sido enviados al mundo del deseo. Tenemos que entender las interioridades de sus procesos. Si es el deseo lo que ata, ¿cómo podemos matarlo o trascenderlo? Cada uno tiene que usar su propia inteligencia deliberadamente para libertar su naturaleza y su pensamiento de los anillos en que han quedado envueltos.

El proceso de libertarse uno mismo del deseo está tan dentro del esquema de las cosas como la previa involución. La purificación gradual, a través de una inevitable selección de las experiencias, es el método lento de la Naturaleza: pero con la ayuda de su inteligente hijo, el hombre pensante, se puede acelerar mucho ese proceso. Se puede comparar con la acción de un jardinero inteligente capaz de aventajar los procesos de la “selección natural”. El deseo no se mata ni con la indulgencia ni con la represión. La indulgencia alivia la acción de anhelar, pero sólo por muy breve rato. La represión entierra el deseo sin matarlo. Su fantasma queda, esperando el ciclo de reemergencia y actividad; cuando llega ese momento, vuelve a actuar con violencia acumulada. Del mismo modo que una retorta sellada con ciertos cultivos ayuda a multiplicar las bacterias y a desarrollar su fuerza, así también sabemos que las emociones reprimidas, del sexo, la envidia, el resentimiento, etc., aumentan en fuerza y estallan repentina e incontrolablemente. El gran principio incorporado en el Noble Octuple Sendero del Señor Buddha, fue el de la rectitud en pensamiento, en palabra, en acción, en los medios de ganarse la vida, y en todo lo demás, pacientemente buscada y establecida.

La mejor manera como podemos marchitar el deseo es exponiendo la verdad acerca de él ante una inteligencia dispuesta a ver las cosas como son, sin ningún deseo de ver las de otra manera. Podemos descubrir la naturaleza engañosa y rápidamente disfrazable del deseo, su forma y actuación múltiples, escudriñando su acción con nuestra inteligencia. Pero nos inclinamos a posponer esa acción hasta que la amarga experiencia rompe esa tendencia dilatoria. Acumulamos un montón de experiencias puramente repetidoras, antes de empezar a evaluar nuestras experiencias; rechazamos la fruta venenosa sólo después de haberla comido muchísimas veces... y haber sufrido. Esto no significa que debemos prescindir de lo agradable: pues todas las experiencias son agradables o dolorosas en algún grado, y no podemos evitar las experiencias. Pero toda sensación de placer puede experimentarse como viene, sin propensión. Y si no se busca gratificación, ni en pensamiento ni en acción -lo cual es verdadero ascetismo- cesa todo apego. Uno acepta cualquier cosa que venga, contentándose con dejarla estar ahí mientras dure. Esa aceptación, que es verdadero desapego, es libertad de la contradicción de

los opuestos, y posee una cualidad de trascendencia compañera de la verdadera comprensión.

Nuestro estado interno en cualquier experiencia de placer puede ser simplemente el de registrar la experiencia sin ningún apego a la cosa que causa el placer. Ese es un estado de inmaculada pasividad sensitiva en el cual experimentamos sin deseo. En ese estado está la libertad del apego a posesiones y placeres, y la mente queda suelta de todas las formas de irrealidad en que ha entrado. Cuando hemos gozado y sufrido lo suficiente, cuando hemos experimentado los pares de opuestos, debe sernos posible situarnos aparte de todo ese proceso de auto acondicionamiento, y contemplarlo todo en forma objetiva para nosotros.

Si podemos ser absolutamente objetivos con respecto a nosotros mismos, podemos darnos cuenta de la naturaleza, origen y efectos de cada uno de nuestros deseos. Cuando pensamos en nosotros mismos en relación con nuestros actos, tendemos a crear un cuadro que se acomode al sutil propósito de la mente pensante, o sea al de mantenernos alejados de la verdad desnuda del problema. Pero el fenómeno que queremos entender, el proceso total en nosotros mismos, se hace objetivo cuando nos retiramos a mirarlo como sobre un telón blanco limpio, sin ponerle interpretaciones ni paliativos. Puede describirse esto como un estudio del yo inferior a la luz del Superior, siempre que comprendamos correctamente lo que se quiere indicar por inferior y por superior.

Cuando nos damos cuenta de lo que está ocurriendo, ¿en qué estado somos conscientes? Cada uno tiene que averiguar ésto por sí mismo. Somos conscientes con algo que trasciende el campo del pensamiento y del deseo, o KAMA-MANAS. Estos dos marchan juntos en la filosofía hindú. A KAMA-MANAS, se le ha llamado alma animal, para distinguirla del alma espiritual. Esta mente-deseo es la mente disipada, rancia y condicionada, versada en sofistería, que se turna en el mando con el deseo. Viaja por laberintos, extraviada por sus propias sombras, a las que persigue como un gato que persigue su propia cola.

Cuando la mente está coloreada por el deseo, la auto-percepción que tiene su centro en la mente toma equivocadamente el color por ella misma, y así se forma la idea falsa del yo separativo. Cuando todos los deseos se han ido, la mente queda purgada de sus impurezas, y en vez de ser opaca como antes se convierte en una lente pura y cristalina a través del cual resplandece la clara luz de Buddhi. Es entonces BUDDHI-MANAS.

Buddhi ha sido traducido como “la Razón pura” y también como “Intuición”, pero ninguno de estos términos da el sentido completo. BUDDHI-MANAS es aquella mente iluminada que ve la verdad en cada forma de pensamiento y experiencia.

MANAS es una escalera con una serie de peldaños. Es el poder que, reduce, y que eleva, que contrae y que dilata. Es el poder que está tras el espacio y el tiempo, el poder de Brahma: el manifestado Aliento del universo. La escalera es una escalera de consciencia que cambia de nivel. En el nivel humano transforma los objetos con los que se identifica. En el proceso de la evolución podemos ver que cambia sucesivamente su punto de apoyo. Desde el físico se mueve hacia el emocional y el mental, y desde estos tres, que constituyen el campo de nuestra etapa actual, hacia BUDDHI-MANAS. Alzándose hasta este nivel superior puede mirar hacia atrás y comprender las actuaciones en los niveles inferiores.

Cuando la mente pura, BUDDHI-MANAS, mira las operaciones de la mente-deseo y las acciones causadas en el cuerpo, es el Ser en cierta etapa de auto-realización que observa las operaciones del no-Ser.

Entonces termina la identificación de consciencia o el ser (pues donde está la conciencia está el sentimiento de un ser consciente) con la mente-deseo y el cuerpo. La larga asociación entre MANAS y KAMA, nada feliz o loable, se disuelve al fin.

Cualquier cosa imaginada por la mente o la consciencia a cierto nivel, pertenece

esencialmente a ese nivel, aunque bajo condiciones especiales una fuerza perteneciente a un plano superior puede operar en uno inferior, y la calidad de consciencia de ese plano superior puede ser reducida y manifestada en el inferior. Hasta cierta medida limitada, siempre hay una infiltración desde arriba; ideas que pertenecen al nivel intuicional se filtran en la mente. El hombre un canal para esa infiltración, pero es un canal muy pobre por ahora. Por lo tanto, cuando la mente busca y halla algo que llamamos superior, puede que eso sea o no realmente superior.

Cuando el no-ser, como mente objetiva, trata de conocer la naturaleza del Ser como Realidad subjetiva, construye una imagen de esa realidad de acuerdo con sus propias propensiones o conveniencias, con su propia naturaleza. Pero cuando el Ser subjetivo ve lo que es objetivo para él en la consciencia, ve lo objetivo como es. Imaginar el sujeto es un proceso de idealismo; ver el objeto como es, es un acto de realismo. Cuando vemos una cosa claramente como es, nuestra visión está en foco perfecto. Una visión que ve las cosas como son, es más pura y más veraz que una, fantasía ego-céntrica que busca su propia gratificación, que se divierte con colores a gusto de su vanidad, engañándose a sí misma y a los demás. Hay en la evolución un continuo trascender de lo que ha sido; lo que es subjetivo en una etapa se vuelve objetivo en el proceso de manifestación.

Separarnos de la mente y ver el no-Ser en sus operaciones, no es fácil en nuestra etapa. Podemos hasta cierta medida repudiar nuestros deseos, pero aún eso puede ser solo teórico. Pues la mente y el deseo están muy entremezclados. Como quiera que la mente que repudia es ella misma un envase del deseo, ese repudio por parte de la mente tiende a ser un acto diplomático, con reservas mentales, conscientes o inconscientes. Cuando renunciamos a las cosas desde corazón, desde lo más íntimo de nosotros, entonces quedamos libres de ellas. Cuando se renuncia, a todas las cosas (a las que están apegados los sentidos, la mente sensoria y la mente-deseo) lo que queda es el Ser que brilla a través de cada una de sus vestiduras.

El Ser es el sujeto puro, sin extensión pues donde hay una extensión hay partes. En el sujeto no hay transformación, pues transformarse es una extensión en el tiempo. Extensión significa relación de sujeto a objeto. Por lo tanto, el sujeto puro está fuera del tiempo y del espacio, y debe estar relacionado igualmente con todo espacio y tiempo. Puesto que no hay en él ninguna extensión, es un punto en el cual está la esencia del Ser, un centro del Ser en el que hay poder para crear perfecto acuerdo entre lo que manifiesta y su campo de manifestación.

SAT, CHIT, ANANDA, era la antigua trinidad India de atributos en que se dividía la Existencia Una. SAT, significa “es” o Ser, y se indicaba con un punto; CHIT indicaba los rayos de percepción o conocimiento, y se indicaba con los radios; ANANDA es Felicidad, que está contenida en sí misma, y es el continente o circunferencia.

La búsqueda de la Realidad no se hace fuera sino dentro de uno mismo. Pero fuera y dentro son términos relacionados, y para conocer cualesquiera de ellos debe conocerse la relación entre ellos. De ahí que la búsqueda no pueda ser afuera de nuestra propia vida. El pensamiento y la acción son complementos recíprocos necesarios. Cuando la acción es recta, todo lo que se expresa en esa acción es verdad. Pero ¿qué es recto? Eso requiere conocerse uno mismo.

La senda hacia la realidad no está, obviamente, en buscar gratificaciones de ninguna clase, lo cual es un proceso interminable; ni puede hacerla una mente moldeada por el deseo, pues tal mente es repetidora indirecta y adhesiva, o sea que no es libre. Sea cual sea la realización que se alcance, tiene que tener en sí una cualidad de percepción directa, la vitalidad de un entusiasmo puro, la objetividad del científico, la admiración y belleza que hay en la mente del artista, una integridad de comprensión, y por encima de todo, el altruismo de un hombre de acción y de un filántropo. La búsqueda de la Realidad debe ser guiada por una

fuerza que no determine previamente el final. Por lo tanto debe haber una ausencia de deseo y de todo pensamiento anheloso, y debe estar presente el amor. Sin amor, toda búsqueda es búsqueda de sí mismo. El amor excluye la idea del yo, y sólo busca dar de sí mismo. Es una fuerza que irradia en todas direcciones

El Cristo dio la nota: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Con sólo que pudiéramos hacer ésto tan dulcemente como suena, conoceríamos la Realidad por nosotros mismos. El Señor Buddha habló de un amor como el que siente una madre por su hijo primogénito, pero dio como especial enseñanza Suya la extinción del deseo, que es la antítesis del amor por ser la causa del egoísmo en todas sus formas. Dando, más bien que recibiendo, es como nos inundan las agua de vida y se abren y se limpian los canales de nuestro ser.

La senda hacia la Realidad está en trascender nuestro propio yo. Por lo tanto cada uno tiene que hollar la senda a su propia manera y por sí mismo. Cuando, no buscamos nada para nosotros mismos, todo lo hallamos.